

La otra historia

Un libro para sorprenderse



Descárgalo
gratis
+
Dona 2€ a
Solidarios para
el desarrollo

33 artículos.

Obra solidaria de divulgación

La otra historia

Un libro para sorprenderse

Obra solidaria de divulgación

*Puedes descargar este libro **gratuitamente**, sólo te pedimos que aportes una donación de **2 €** a un proyecto de la ONG Solidarios para el Desarrollo: la compra de lectores de libros-e para mantener su proyecto de **clubes de lectura inclusivos**.*

En la web de Solidarios entra en:
QUIERO HACER UNA DONACIÓN
y dona tus 2 €.

Es fácil, tienes muchas formas de hacerlo: con tarjeta, por Bizum o PayPal, mediante transferencia...

Murcia - 2020



Edita:

Ediciones Dokusou.

Agosto de 2020. Edición no venal.

Textos:

Juan Abenza Valverde, Jam Albarracín, Bandinnelli, Marina Beltrán, Manuela Caballero González, Sacra Cantero, Rubén Castillo Gallego, Florentina Celdrán, Tania Costa, José de Paco Navarro, Paco Fernández Mengual, Marta Ferrero, José Antonio García Ayala, Aurora Gil Bohórquez, Antonio Gómez Ribelles, Marisa López Soria, Juana María Madrid Marín, Miguel Manzano García, María Nieves Martínez-Hidalgo, Víctor Martínez López, Manuel Moyano, Fuensanta Muñoz Clares, Antonio Parra Sanz, Patricio Peñalver Ortega, Asensio Piqueras, Basilio Pujante, Pedro Pujante, Pedro Quílez Simón, Elisa Reche, Antonio Rentero, Ángel Salcedo Santa, María José Sevilla, Daniel Torregrosa y María José Villarroya.

Ilustración de la cubierta:

La Sorpresa (autorretrato de Joseph Ducreux, 1790).

Licencia: dominio público.

[Cortesía del Museo Nacional de Suecia.](#)

Idea, diseño y maquetación:

Pedro Quílez Simón.

Maquetado con Scribus.

Licencia:

Creative Commons - Reconocimiento.



ISBN: 978-84-120953-8-8

D.L.: MU-616-2020

Esta obra a 68 manos -llena de sorprendentes hechos reales- nació con un objetivo claro tras poner a prueba unas cuantas ideas:

*que el mundo es sorprendente,
que la cultura es diversa,
que siempre aporta más de lo que recibe,
que es solidaria,
que hay mucho talento en el sureste
y que la generosidad tampoco escasea.*

Nuestro objetivo es extender y facilitar el hábito de la lectura, especialmente entre quienes tienen más dificultades para adquirirlo, porque creemos en ella como fuerza transformadora del ser humano.

Por eso, si te interesa el fomento de la lectura, si te gusta este libro, si te parece un buen proyecto, si quieres colaborar de algún modo: dona, difunde, regala, comenta...

Queremos llegar a todas partes.

Índice

- 9 *Bioleyenda de Georg Karl Tänzler*
María Nieves Martínez-Hidalgo
- 21 *Bunga, bunga*
Antonio Parra Sanz
- 29 *Cine y revisionismo*
José de Paco Navarro
- 35 *Clarín, Reina Madre*
Pedro Quílez Simón
- 41 *De fronteras, medianeras y otros dominios*
José Antonio García Ayala
- 55 *Dios, raza y otros fantasmas.*
Vida y obra de Charles Lee Smith
Víctor Martínez López
- 65 *Edison y el teléfono de los muertos*
Manuel Moyano

- 71 *El Arte y la Historia nos cuentan las enfermedades del tiroides*
Juana María Madrid Marín
- 83 *El día del fin del mundo*
Tania Costa
- 91 *El efecto Roseto o los beneficios de la convivencia en armonía*
Aurora Gil Bohórquez
- 103 *El increíble caso de los cuentos menguantes*
Basilio Pujante
- 113 *El ordenador de agua*
Miguel Manzano García
- 123 *El papa Gerberto, Silvestre II*
Sacra Cantero
- 133 *El «testamento de Heiligenstadt» de Beethoven*
Marina Beltrán
- 139 *García Lorca dibujó su muerte*
Rubén Castillo Gallego
- 147 *Gatos negros, ratas negras, Peste Negra y una bula papal en la Edad Media*
Elisa Reche
- 159 *Inventos patentados en la Región de Murcia. De lo útil a lo sorprendente*
Manuela Caballero González

-
- 177 *Joaquín Belda, el escritor cartagenero de «libros retozones»*
Ángel Salcedo Santa
- 187 *La muerte de Rasputín*
Daniel Torregrosa
- 195 *Letrismo, nueva literatura*
Asensio Piqueras
- 203 *Los ataúdes con campanilla*
Marta Ferrero
- 215 *Los campos de concentración estadounidenses para japoneses*
Bandinnelli
- 223 *Los Mopses: un intento de romanizar la masonería*
María José Sevilla
- 233 *Los moriscos hornacheros (de agricultores a corsarios)*
Juan Abenza Valverde
- 243 *Marina Vega, la espía española de la Resistencia*
María José Villarroya
- 253 *¿Qué quiero decir cuando digo/escucho Jazz?*
Paco Fernández Mengual
- 267 *Siluro y Sakura, el Gran terremoto de Kantō*
Fuensanta Muñoz Clares
- 277 *Stalin y el planeta de los simios*
Pedro Pujante

- 283 *Todo está en las canciones*
Jam Albarracín
- 299 *Unas pinceladas sobre Eugenio Noel*
Patricio Peñalver Ortega
- 307 *Verne llegó primero*
Antonio Rentero
- 317 *Zinaída Serebriakova: color y nieve*
Marisa López Soria
- 329 *Zoológicos humanos y otras exhibiciones*
Florentina Celdrán, Antonio Gómez Ribelles
- 341 *Han escrito*

Bioleyenda de Georg Karl Tänzler

María Nieves Martínez-Hidalgo

Prefacio

Georg Karl Tänzler (1877-1952), radiólogo alemán, enigmático e introvertido, asumió distintas identidades a lo largo de su vida. Viajó por todo el mundo y miles de personas le admiraron por su conducta romántica, generándose en torno a su figura un halo de misterio y de leyenda más propios de una novela gótica que de las memorias y recuerdos de un científico.

En un primer momento y ante la tarea encomendada de redactar un breve texto sobre la vida de Tänzler, me cuestiono si su trayectoria vital podrá ser recogida de forma fiel, pues no sé con certeza si las fuentes de información con las que cuento serán suficientes o acaso totalmente fiables.

Sin embargo, un descubrimiento fortuito, me infundió ánimo y esperanza. Entre otros autores del siglo XX, mi admi-

rado Gregorio Marañón también defendía la legitimidad de la leyenda y el mito como fuentes de información biográfica apoyándose en el argumento de que facilitan una mejor construcción del personaje y la selección de los hechos «esenciales».

Escribir su biografía se plantea como un reto difícil de abordar que afronto, sin embargo, con la decisión de reconstruir de forma retrospectiva los rasgos más destacables de la historia del que también firmaba como Conde Karl von Cosel y, de este modo, alcanzar una comprensión psicológica de sus actos.

La bioleyenda¹ y la autopsia psicológica² de Georg Karl Tänzler son dos cabos que engarzados conforman un buen punto de amarre para una inmersión segura en las profundidades de su inconsciente, lugar en el que se hallan las claves de su estructura de personalidad y las motivaciones de su excéntrica y delictiva conducta.

I. De la oscuridad a la luz

De la familia de Georg Karl Tänzler se sabe muy poco. Únicamente se conoce a ciencia cierta, según relata el propio Karl en su autobiografía, que sus padres tuvieron otras dos hi-

1. En relación al término *bioleyenda*, hasta donde alcanzan los conocimientos de la autora, no ha sido utilizado todavía para definir un determinado género biográfico. Sin embargo, para poder construir este relato biográfico, una de las piezas fundamentales del puzzle es la leyenda existente en relación a los hechos acontecidos en la vida de Georg Karl Tänzler.

2. *Autopsia psicológica*: término utilizado por vez primera en los años '50 por Shneidman y Farberow, investigadores del Centro de prevención de suicidios de Los Ángeles. Técnica de investigación criminal para desarrollar perfiles psicológicos de asesinos en serie que también tiene otros usos como herramienta epidemiológica o para precisar el estado de salud mental de una persona en el momento de su muerte.

jas; la mayor se marchó a vivir a Florida con su marido y la menor se quedó con la madre al fallecer el padre. Sobre sí mismo Tänzler afirma que nació el 8 de febrero de 1877 en Dresde, ciudad perteneciente a la desaparecida República Democrática Alemana, tan hermosa y con tal patrimonio histórico que ha llegado a ser conocida como la Florencia del Elba.

Karl tuvo la fortuna de crecer en el campo, en Villa Cosel, una especie de castillo encantado, propiedad de su familia. El chico quedó impactado de por vida cuando su madre le contó que en esta mansión se aparecía una ilustre antepasada suya, Anna Constantia von Brockdorff (1680-1765), mujer de extraordinaria belleza que recibió el título de Condesa von Cosel cuando, siendo la amante oficial del rey de Polonia, Augusto II el Fuerte, tuvo con él dos hijas y un hijo. Mas, su suerte cambió y se vio obligada a vivir en soledad en la fortaleza de Burg Stolpen en Sajonia. Durante sus últimos cuarenta y nueve años, Anna permaneció confinada, dedicándose al estudio de la física, la química y la alquimia, disciplinas por las que Karl sintió una atracción obsesiva.

Impresionado por el misterio que envolvía aquella casa y enardecida su fantasía por la historia de su antepasada, a la edad de doce años, Karl Tänzler tuvo su primera alucinación. En su autobiografía³ describe que tuvo la visión de una hermo-

3. «El secreto de la tumba de Elena» es el relato autobiográfico firmado por Karl Tänzler von Cosel y publicado en la edición de septiembre de 1947 de la revista «Fantastic Adventures». En esta revista, fundada en 1939, se publicaban historias de ciencia ficción y fantásticas y estaba incluida dentro de la literatura «pulp». A simple vista, no parece la revista más apropiada para publicar una biografía, pero si quizá para una bioleyenda.

sa joven vestida de blanco. Este tipo de alucinaciones y otras más complejas se fueron sucediendo con el transcurrir de los años. No obstante, ni el propio Tänzler, ni sus familiares o conocidos imaginaron que pudiera llegar a padecer una enfermedad mental.

A medida que Karl se iba haciendo mayor, continuó alimentando ese interés por el mundo de los espíritus que su madre le había inculcado. Durante la etapa de educación secundaria, arrebatado por las Valquirias Voladoras⁴, Tänzler construyó un avión planeador que se estrelló contra el suelo. A pesar de las risas de los presentes, Karl siguió con sus experimentos. Se acomodó en una de las estancias del jardín de Villa Cosel que contaba con un gran laboratorio en el que podía utilizar electricidad de alto voltaje. Allí construyó un barco y dos globos aerostáticos. La buena relación existente con su madre se hace patente en el hecho de que ella y una modista cosieron durante dos meses la tela de seda que Karl necesitaba para hacer volar los globos. Su madre y él siempre mantuvieron una estrecha complicidad respecto a la creencia de que el espíritu de la condesa⁵ les acompañaba y de que la muerte no siempre era definitiva.

4. Valquirias Voladoras: figuras sobrenaturales asociadas con el destino que aparecen en los relatos de una saga islandesa del S. XIII, entre otras.

5. La madre de Karl le contó que siendo ella bien pequeña vivía asustada por si veía el fantasma de la condesa. Sin embargo, le pidió a su hijo que instalase una campanilla eléctrica en su dormitorio para que si la condesa volvía a aparecer la llamase de inmediato.

Fue en este laboratorio, donde tuvo otra visión que luego pudo interpretar como una llamada de atención de su antepasada. Lápices, libros, material del laboratorio e incluso una pesada mesa de madera comenzaron a volar por toda la estancia. En sus memorias, Karl describe con gran riqueza de detalles varias visiones que ocurrieron mientras estudiaba a la luz de una lámpara de queroseno. Una noche el cortinón que separaba el laboratorio del cuarto oscuro donde revelaba las imágenes de Rayos X, comenzó a arder y los cuatro discos centrales de vidrio de la bobina de Tesla se rompieron por la mitad, sin que encontrase explicación alguna para ello.

Karl no tenía más intereses que la música, la pintura y la ciencia. Las chicas no existían para él. De hecho, cuando terminó sus estudios en la Universidad de Leipzig, contaba con veinticuatro años y había conseguido graduarse como maestro de arte en medicina, filosofía, matemáticas, física y química. Mas, de nuevo, fue visitado por el fantasma de la condesa, esta vez en compañía de una dama cubierta con un velo blanco que ella levantó ligeramente para encontrarse con la mirada de Karl mientras le sonreía dulcemente. La condesa la presentó como la novia que un día encontraría. Karl quedó fascinado por la indescriptible belleza de su rostro y de su larga melena color azabache, comenzando una particular odisea, un viaje de varias décadas, de continente en continente, siempre guiado por un impulso que le llevaba hacia el este, buscando de forma obsesiva, cual caballero errante, a la mujer de su vida.

Karl viajó por Italia y, durante su visita al Camposanto de Génova, tuvo una alucinación frente a la marmórea figura de una hermosa chica llamada Elena fallecida a la edad de veintidós años. La estatua se desdobló y pareció cobrar vida, Karl se quitó el sombrero para saludarla. Ella le sonrió y salió corriendo con su largo vestido blanco, perdiéndose en el laberinto de esculturas del cementerio. Karl la siguió sin éxito. Tampoco ninguno de los que allí estaban la había visto.

Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial, Karl se encontraba en Australia trabajando como ingeniero y constructor de botes. Resultó preso y al ser liberado regresó a Alemania. Su padre había fallecido. En este momento, cumplidos ya los cuarenta y tres años, contrajo matrimonio con Doris Anna Shaffer. Con ella tuvo dos hijas, Ayesha (1922) y Crysta (1924), pero como su madre continuaba animándole para marcharse rumbo a Florida, país donde residía su hermana mayor, en 1926 Tänzler se marcha a Estados Unidos. Posteriormente, viaja el resto de la familia, de la que se vuelve a separar para ir a trabajar como patólogo y radiólogo en el Hospital de la Marina de Key West (Florida).

Es en este hospital, donde surge el encuentro tanto tiempo esperado. María Elena Milagro de Hoyos, una joven de veintiún años que tiene tuberculosis accede como paciente y es Karl el radiólogo que tiene que estudiar su caso. Elena es una modelo cubano-americana, hija de una pobre familia de ci-



Carl Tanzler (Conde Carl von Cosel) radiólogo en el hospital de la Marina de los Estados Unidos en Cayo Hueso. Imagen: colección en Flickr de las bibliotecas públicas de Los Cayos de la Florida. Licencia: CC-BY.

garreros que ha sido abandonada por su esposo al saber que padece una enfermedad incurable. Conocida en la isla por su belleza, Karl reconoce en ella a su prometida y comienza el «enseñamiento terapéutico» con el fin de salvar su vida. Compra una bobina de Tesla para inducirle descargas curativas e inicia

un tratamiento experimental y novedoso. La familia no ve con buenos ojos la obsesión del médico, los caros regalos entregados a Elena. Mas, como el único deseo de ambos padres es que su hija sane, llegan incluso a permitir que el doctor resida con ellos para prestar sus servicios las veinticuatro horas del día. Elena nunca correspondió en vida a su amor. Finalmente, Karl no lo-



Elena Milagro Hoyos. Imagen: colección en Flickr de las bibliotecas públicas de Los Cayos de la Florida. Licencia: CC-BY.

gra salvarla y construye un mausoleo en cuyo diseño había incluido unos conductos para poder escuchar a su amada. Cada noche pasa largas horas hablando con ella. En una ocasión, Elena, cansada de sentirse prisionera en su ataúd de metal, le pide que la lleve a casa junto a él. El radiólogo, emocionado, solicita permiso a la familia para realizar unas obras en el panteón que impidan las peligrosas filtraciones de agua existentes. Karl aprovecha para llevarse el cuerpo de su prometida y reparar su avanzado deterioro. Construye una máscara para su cara. Le pone unos ojos de cristal y una peluca; rellena su cuerpo con yeso de París, cera, sedas y telas y une sus extremidades con ganchos de metal.



El conde Carl Tanzler von Cosel ante su laboratorio de la avenida Flagler sobre 1940. Imagen: colección en Flickr de las bibliotecas públicas de Los Cayos de la Florida. Licencia: CC-BY.

Durante siete años, el conde Karl von Cosel⁶ convivió y durmió con su prometida. Fue feliz hasta que los rumores extendidos por toda la isla que, entonces, contaba con unos veinte mil habitantes, hicieron que la hermana de Elena descubriera los hechos por los que fue detenido. Las pruebas médicas no detectaron problema psiquiátrico alguno y mientras los cargos contra él pusieron el foco en la profanación de la tumba, el cuerpo de Elena era expuesto en una funeraria por la que pasaron casi siete mil personas. Sus admiradoras, que eran miles por considerarle un romántico excéntrico, le llevaron regalos e incluso pagaron la fianza establecida de mil dólares. Cuando se celebró el juicio el delito de profanación había prescrito y Karl quedó libre sin cargos. No obstante, otro examen realizado décadas después, reveló la existencia de un tubo metálico que el conde utilizaba para mantener relaciones sexuales con su amada, hecho que demostró la parafilia del conde.

Aunque las autoridades mantuvieron en secreto el lugar donde la enterraron, su amor no tuvo fin y Karl fue encontrado muerto abrazado a la efigie de Elena.

II. Cartografía de una mente diversa

La autopsia psicológica evidencia, a nivel clínico, la existencia de un delirio erotomaníaco de acuerdo con los criterios

6. *Conde Karl von Cosel*. Con este nombre y autoproclamado título nobiliario Karl firmaba las historias clínicas de sus pacientes en el Hospital de la Marina.

de Clérambault, no la necrofilia, puesto que, para Karl, Elena seguía viva. También se plantea la sospecha del diagnóstico psiquiátrico de «Folie á deux» o «folie imposée», en la que la madre como figura dominante induce una idea delirante en su hijo a la edad de once o doce años que es cuando Karl tiene su primera visión. La identificación y el fuerte apego a su madre pudo incrementar la impresión recibida de niño cuando ella le cuenta la existencia de un fantasma que se aparece desde hace siglos en Villa Cosel. La idealización del espíritu de la condesa le conduce a seguir sus pasos, en cuanto a la pasión por las ciencias y sus indicaciones en relación a la persistente búsqueda de la que, según ella profetizó, sería su prometida.

El análisis de su perfil de personalidad, resalta su introversión, afabilidad, perfeccionismo, obsesión, autosuficiencia y apertura al cambio. El radiólogo pasaba largas horas realizando experimentos a solas y gustaba de compartir sus descubrimientos. A sus colegas, médicos y científicos, les sorprendía por sus brillantes habilidades e inteligencia. Sin embargo, Karl se hallaba preso de la convicción delirante de que viviría junto a su amada, aquella dama de blanco que se esfumaba cual rayo de luna becqueriano en cada nuevo encuentro. Tras cuatro décadas de viajes y visiones, el conde Karl von Cosel, reconoce en la modelo hispana a su prometida que, después de un año de intensos cuidados, fallece. La frustración, el terrible e inconsolable dolor por la pérdida de Elena causan un trauma que proyecta la sombra de un delirio post mortem.

Unos días antes de que Elena abandonase este mundo, Karl le dijo: «... quiero ser tu amante, tu marido (...), quiero cuidar de ti para siempre o volar contigo a las estrellas». El radiólogo cumplió su promesa y la llevó a vivir al hogar que había construido para ella, un imponente avión que bautizó con el nombre de Condesa Elena⁷.

7. Avión reconstruido («vuelto a la vida») con el fuselaje y las piezas halladas en un viejo hangar militar abandonado.

Bunga, bunga

Antonio Parra Sanz

El 7 de febrero de 1910, la Royal Navy recibió uno de sus mayores agravios, proveniente además de sus propios compatriotas, cuando varios miembros del Círculo de Bloomsbury, encabezados por el poeta Horace de Vere Cole, se hicieron pasar por príncipes abisinios concertando una visita de alto protocolo al acorazado Dreadnought.

Horace de Vere Cole desempolvó su disfraz de abisinio, el mismo con el que en 1905 tentó a la suerte embromando al rector de la Universidad de Cambridge. Habían pasado cinco años y no parecía tener daño alguno, más bien le miraba desde el baúl como agradeciéndole la segunda oportunidad de lucimiento que iba a darle.

Aquel 7 de febrero de 1910 el día había roto muy encapotado, aunque conteniendo la lluvia, y los seis miembros de

la comitiva se adecentaban con profesionalidad casi teatral en la residencia del poeta. Junto a él, se iba vistiendo el psiquiatra y escritor Adrian Stephen, su hermana, la también escritora Virginia, posteriormente conocida como Woolf, y los otros tres miembros, Guy Ridley, el autor y naturalista Anthony Buxton, y el artista Duncan Grant.

Los cuatro miembros iniciales habían visto cómo en los últimos días se añadían a la fiesta la hermana de Stephen y el citado Duncan Grant, dándole a la embajada un mayor empaque, a juzgar por las barbas con las que la joven Virginia iba cubriendo su rostro.

Como orgullosos miembros del Círculo de Bloomsbury, tenían previsto seguir a rajatabla la máxima de romper con los principios culturales y estéticos de su época, y para ello nada mejor que elegir a la Royal Navy y la visita al acorazado Dreadnought como centro de la chanza, siendo como era una institución marcadamente clasista y rígida, a través de la cual pretendían escenificar la liquidación de los valores victorianos en cuanto a moralidad represiva y actitudes aristocratizantes, así como la violencia y el imperialismo.

Al terminar la metamorfosis, Cole miró orgulloso a sus compañeros de protocolo, y los cinco varones no pudieron ocultar su asombro al comprobar el efecto que causaba la ahora travestida Virginia, que incluso había cortado su cabello

dejándolo como el de un hombre, lo cual, junto a su barba, había logrado un efecto en verdad hechizante.

Una vez se colocaron los turbantes, ya eran príncipes etíopes, acompañados por el intérprete alemán, Herr Kauffmann, cargo desempeñado por Adrian Stephen, y comandados por Cole en su papel de representante del Foreign Office.

Con todo el boato posible, la comitiva real acudió a la estación londinense de Paddington, donde Cole asumió del todo la personalidad de Herbert Cholmondeley, solicitando con toda la flema del orbe británico un tren especial a Weymouth, ante lo cual el jefe de estación no tuvo más remedio que habilitar un transporte para visitantes tan ilustres.

Justo después de la partida del tren, un cómplice cuya identidad jamás se supo envió un telegrama a la Royal Navy, avisando de la llegada de una comitiva real abisinia que tenía la intención de visitar el buque Dreadnought, orgullo de la marina británica, que estaba amarrado en la isla de Portland.

El mensaje especificaba que el buque debía estar preparado para la visita de un grupo de príncipes de Abisinia, y quedó firmado, supuestamente, por el subsecretario del Foreign Office Sir Charles Hardinge, que aún tardaría varios días en ser informado del engaño.

La escena estaba ya servida, y los miembros de la armada británica estuvieron a la altura de las circunstancias, o

casi. Honraron a los «príncipes» con una guardia de honor, alfombra roja, banda de música, vestimenta de gala y un coche que los esperaba para llevarlos al puerto, donde fueron incluso recibidos por el almirante Sir William May, que les rindió honores. La perfección del protocolo no la alcanzaron puesto que, al no encontrar bandera alguna de Abisinia, izaron la de Zanzíbar, e incluso interpretaron el himno de este país. Aun así, los egregios representantes abisinios pasaron revista a una nutrida guardia antes de iniciar la visita del buque.



El engaño Dreadnought de 1910. A la izquierda del grupo caracterizado, Virginia Woolf, a la derecha, Horace de Vere Cole (1920). Fuente: Daily Mail, 1930. Imagen: Ihcoyc (Wikipedia), licencia CC0.

Cole y los suyos estaban disfrutando como niños en día navideño, manteniendo el tipo mientras se comunicaban entre sí en una mezcla de improvisado suajili, sazonado con fragmentos de citas de Homero y Virgilio en griego y latín. Para hacer más creíble su asombro ante el talento naval británico, de vez en cuando se detenían y exclamaban, casi a voces, «bunga, bunga», como muestra de admiración ante tamaña embarcación.

Pero como todo no podía ser perfecto, la lluvia al fin hizo acto de presencia, y el maquillaje de la comitiva corría serios riesgos de diluirse, incluso el bigote postizo de Anthony Buxton se desprendió de un estornudo, aunque logró recomponerlo antes de que Cole solicitara acceder al interior del barco, prolongando la visita otros cuarenta minutos más.

No contentos con eso, pidieron alfombras de oración y llegaron a ofrecer falsas condecoraciones militares a algunos de los oficiales, uno de los cuales incluso conocía personalmente a Cole y Virginia Stephen, aunque no los reconoció al tenerlos delante. La visita finalizó con la interpretación del *God save the queen*, y el grupo tomando el tren de regreso a Londres.

El colofón lo puso el propio Cole, quien contactó con la prensa dando cumplido detalle de la visita y enviando una foto de los «príncipes» al Daily Mirror, haciendo así público el engaño. En menos de una semana, varios diarios londinenses se hicieron eco de la burla.



Humor gráfico de William Haselden sobre el engaño Dreadnought. Tras el engaño se corre el riesgo de ofender a unos visitantes auténticos. Fuente: Daily Mirror, Febrero de 1910. Licencia: dominio público.

En contra de lo que podría pensarse, la broma no tuvo graves consecuencias para los oficiales de la armada, salvo el escarnio público que intentaron minimizar declarando que no se habían creído del todo la superchería pero que se limitaron a no hacer nada, lo cual para la prensa aumentó aún más la humillación que había sufrido la armada británica.

El asunto llegó hasta el parlamento, y la Royal Navy solicitó el arresto de Cole, a pesar de que ni él ni ninguno de los ilustres miembros de la comitiva abisinia había cometido delito alguno. El único infractor fue el encargado de enviar el telegrama con la firma falsa, pero ya se encargaron los seis miembros del grupo de que su identidad nunca fuese revelada.

En lo social sí hubo algunas repercusiones más, algunos oficiales, muy indignados, se presentaron en casa de Cole dispuestos a azotarle a él a y a los demás participantes, a lo que el poeta replicó que quizá los azotados deberían ser ellos por haberse dejado engañar. Aun así, se instó al grupo a acudir a las oficinas del Primer Lord del Almirantazgo para presentar sus disculpas, sin que se tenga noticia de que alguno fuera recibido.

En cualquier caso, el evento principesco se encargó de darle más lustre al acorazado, hasta el punto de que algunos visitantes mostraban su admiración por el mismo con el ya famoso «bunga, bunga». Incluso el emperador de Etiopía, en un viaje posterior a Inglaterra, quiso visitar las instalaciones de la Armada, aunque el almirantazgo rechazó tal posibilidad.

En 1915, en plena Primera Guerra Mundial, el acorazado Dreadnought embistió y hundió al submarino alemán SM U-29, y entre los telegramas de felicitación hubo uno cuyo texto era un lacónico y exaltado «bunga, bunga». Es de suponer que su Graciosa Majestad tendría noticia del hecho protagonizado por Cole y sus cómplices de Bloomsbury, pero se desconoce si al enterarse haría honor a su apelativo.

Cine y revisionismo

José de Paco Navarro

Suceden cosas muy curiosas en este siglo XXI, extraño y apocalíptico, cosas que tienen que ver con la cultura y no siempre buenas, al contrario, como mínimo algunas de ellas son para ponerlas en cuarentena, por utilizar un adjetivo muy a la moda en estos tiempos convulsos.

A raíz de una labor de selección para una guía de cine y literatura de la Biblioteca Regional de Murcia -pensada para darla a conocer en esta extraña estación estival- se me vino a la cabeza algo que sucede demasiadas veces en estos últimos tiempos, a saber: poner en tela de juicio todo lo que se hizo en tiempos pasados en contraposición con las costumbres actuales. Quizá lo más importante ahora mismo sería pararse y mirar al futuro.

Actualmente con el asesinato de George Floyd y las multitudinarias y justas protestas raciales en calles y redes sociales protagonizadas por el movimiento #BlackLivesMatter y lo

que sucedió no hace tanto tiempo con el movimiento #MeToo, han sacudido los cimientos de parte de la sociedad y también, cómo no, de la cultura de casi todo el mundo. En concreto, vamos a referirnos al mundo del cine y la televisión.

Fue Ludwig Wittgenstein, el filósofo vienés, quien dijo aquello «de lo que no se puede hablar hay que callar», y eso parece haber sucedido en la sociedad americana durante más de 150 años, desde que acabó la Guerra de Secesión y que *supuestamente* servía para finalizar con el esclavismo en la mayoría de los Estados del Sur. Siguiendo fielmente este precepto, parte de la cultura americana se tapó los ojos a lo que sucedía a su alrededor en temas de racismo. El pueblo norteamericano, muy permeable a la influencia de todo lo que se dice en televisión y medios de comunicación, se mueve convulsamente de un estado de opinión a otro. Más ahora, con Donald Trump de presidente reinando en las redes sociales.

Así pues, tras el horrible asesinato, presenciado en directo en casi todo el planeta, a través de las redes, el mundo de la cultura, principalmente el cine y la televisión, se ha visto demandado a tomar partido. Numerosas productoras y cadenas de televisión han suspendido y en muchos casos cancelado series y proyectos cinematográficos que, aún hoy, se podían tildar de cierto racismo y en otros casos de misoginia, y aunque parezca increíble que todavía estemos a vueltas con estas taras, está muy bien que se pasen por un tamiz cuestiones de discriminación que suelen darse todavía con demasiada frecuencia.

El hecho de que HBO haya retirado durante unos días *Lo que el viento se llevó* de los listados de la plataforma, para incluir un rótulo inicial dando explicaciones de lo malo que es el racismo, me parece de una hipocresía rayana en el esperpento y que solo sirve para aplacar conciencias. Todo esto pone en relieve el daño que sigue haciendo la falta de una educación audiovisual, y es que parece más fácil prescindir de un contenido que preocuparse de desarrollar una mirada crítica sobre aquellos hechos que nos inquietan. Michael Moore en su película *¿Qué invadimos ahora?* se plantea el tema de la educación en EE.UU. en contraposición con el sistema educativo europeo de los países del norte. Así, destaca que los estudiantes alemanes incluyen en su plan de estudios numerosas referencias a las brutalidades del periodo nazi de su historia más reciente, mientras que los alumnos estadounidenses pasan casi de puntillas sobre las consecuencias y los intereses económicos derivados del esclavismo en su país. Con estos mimbres es muy fácil continuar con los estereotipos y desigualdades.

Pero volvamos a *Lo que el viento se llevó*, se puede decir que es racista, sí, por supuesto, pero también se podría decir que es feminista, con esa mujer dura que se adapta a casi todas las situaciones y sale airosa, y no es por quitarle hierro al asunto del racismo, pero fue la primera vez que se concedió un Oscar a una actriz negra, Hattie McDaniel. Y es que, si una obra cultural se descontextualiza del tiempo en la que se hizo, a veces no tiene sentido y otras hasta resulta ridícula, como por ejemplo, *El nacimiento de una nación* de D.W. Griffith, la-

mentablemente de un racismo sangrante y con un mensaje que ya hubiera querido para sí el mismísimo Adolf, pero si logramos abstraernos de esta inmundicia, la película está considerada como el origen del lenguaje cinematográfico y es la que empieza a sentar las bases de la narrativa del cine clásico. Por supuesto, con la mirada de hoy en día, estos contenidos hay momentos que nos avergüenzan y decepcionan, pero el valor intrínseco de la obra de arte debe permanecer, por sí misma, y por que es más necesario que nunca estudiar nuestro pasado para tener conocimiento de lo que se hizo mal e intentar no repetirlo. Esconder debajo de la alfombra la basura para que ésta desaparezca nunca ha sido una buena solución.

Va a ser muy difícil encontrar la película redonda: *El último tango en París*, de Bertolucci, es profundamente machista, *La naranja mecánica*, de Kubrick, además de machista es excesivamente violenta, *La ciudad de las mujeres* de Fellini, es un disparatado homenaje a su propia misoginia. Y si destripáramos casi cualquier película producida por Disney, encontraríamos clichés machistas, racistas, homófobos,... Todas ellas podrían entrar en la lista de las siguientes a eliminar de las parrillas televisivas, pero a lo mejor si lo hacen se quedarían cerca de agotar los contenidos que si se podrían visualizar. Deberíamos preocuparnos mucho más de las barbaridades que se realizan en la actualidad.

Por otro lado, se piensa más habitualmente de lo que pensamos -otro posible estereotipo-, que las mejores películas

feministas sólo pueden hacerlas mujeres y por el contrario, que las mejores películas de acción son los hombres los que sólo pueden idearlas. Es cierto, que el porcentaje es así, pero no por ello debemos dejar de mencionar ejemplos que se salen del ideario común y que se deberían implementar más a menudo: Katryn Bigelow ha realizado algunas de las mejores películas de acción del género, con Oscars incluidos, como la película *En tierra hostil*; Mimi Leder ha dirigido numerosas cintas de acción y thriller, entre las que destacan la película *Deep Impact* y la serie televisiva *The Leftovers*; Mary Harron ha dirigido una de las películas de culto de la violencia extrema y el crimen como es *American Psycho*; Anna Borden fue la primera mujer en dirigir una película del sello Marvel, *Capitana Marvel*; y así podríamos seguir con muchos más precedentes. En cuanto a los hombres que se hayan zambullido en el universo femenino y feminista, siempre se cita a George Cuckor por los numerosos filmes protagonizados por mujeres con historias de mujeres; en suelo patrio cabría destacar, por supuesto, a Pedro Almodóvar, pero sin olvidar al Juan Antonio Bardem de *Calle Mayor*, o Miguel Picazo y su versión de *La tía Tula* de Unamuno, en tiempos en los que hacer ciertas cosas estaba perseguido. Pero volviendo a los USA, John Ford realizó en el crepúsculo de su magnífica carrera un alegato de empoderamiento femenino poco visto en Hollywood, con la película *Siete mujeres*; *Johnny Guitar*, de Nicholas Ray posiblemente es una de las primeras películas del género western en donde las mujeres son las auténticas protagonistas en las que se sostiene la trama.



*Afiche publicitario de 7 mujeres, película de John Ford. Fotografía: Joseph La Shelle.
© John Ford Productions y Bernard Smith Productions (distribuída por Metro-Goldwyn-Mayer, Inc.).*

En definitiva, dejemos de hacer aquello que normaliza lo que nunca debió convertirse en rutina y seamos más críticos con las cosas que nos rodean. Miremos los hechos pretéritos como una lección de aquello que no debemos realizar de nuevo si en su momento ya estuvo mal hecho. Todavía tenemos tiempo como sociedad. Mañana lo mismo ya es un poco tarde.

Clarín, Reina Madre

Pedro Quílez Simón

La angustia ante la hoja en blanco es un terror clásico entre los creadores literarios y el esfuerzo por superarlo a satisfacción, sobre todo en el comienzo a una obra, es un empeño fatigoso para todo escritor.

Como es sabido, uno de los sistemas más socorridos para acabar con la inexpresividad de la hoja es el plagio. No digo que sea recomendable, aunque hay excepciones de las que podríamos hablar en las que la copia mejora sustancialmente al original, pero sí digo que ha existido y existe en toda la historia de la Literatura. Y no en poetas y novelistas menores, que también, sino que sobre nombres como Neruda y el «Poema XVI», Cela y *La Cruz de San Andrés*, Racionero, Etxebarría, Monzó (por citar algunos medianamente cercanos) o el mismísimo Jack London, ha planeado la sombra de la copia flagrante.

Hoy quiero hablar de una acusación de plagio que ya no despierta pasiones, pero que me va a permitir presentar (a aquellos que no tengan noticia de su existencia) a un insigne y particularísimo periodista español: Luis Bonafoux Quintero, escritor «poco propenso a adquirir amigos», según sus propias palabras, lo que no podemos poner en duda tras leer apenas un par de sus artículos al azar. La pluma de Bonafoux, que conocí gracias a un amigo que ha recogido pacientemente varias obras suyas (por lo general descatalogadas), no deja títere con cabeza y políticos, militares, jueces, dramaturgos, novelistas o compañeros de la prensa pasan por su particular picadora saliendo descuartizados moralmente, zaheridos por un lenguaje directo, cortante, cáustico y, en muchas ocasiones, malsonante.

Por lo que se sabe, Leopoldo Alas Clarín tuvo la mala tentación de copiar algunas escenas de Zola o Flaubert e incluso algún personaje de otro escritor y crítico llamado Fernanflor (Isidoro Fernández Flores) para su novela corta *Pipá*. No está totalmente claro que fuera así y hay quien defiende, hoy, que todo fue una maniobra política de sus enemigos por el enfrentamiento del autor de *La Regenta* con Cánovas. Pero Clarín tuvo peor fortuna, aun acostumbrado a la polémica como lo estuvo siempre, al topar con Bonafoux, amigo de Fernanflor (a quien Luis tenía verdadera consideración como autor).

«Yo y el plagiario Clarín» titula Bonafoux su artículo más extenso para ofrecer sus razones y su resumen de la situación, y



Caricatura de Bonafoux. Fuente: Wikipedia. Autor: Don Hermógenes (Manuel Tovar Siles), revista Don Quijote, número del 8 de agosto de 1902. Licencia: dominio público.

aclara, para no ser acusado de descortesía en el lenguaje, «Yo y mi criado —decía Fígaro.— Por esta vez sacrifico la urbanidad a la verdad. Fui yo primero en pegar; y el que da primero, da dos veces...».

En el texto relata cómo en abril de 1881 publicó los artículos «Novelistas tontos» y «Clarín folletista», en los que descarga su batería de acusaciones con andanadas como calificar a Leopoldo Alas como novelista insustancial «y el más grande de

los tontos en prosa naturalista» o manifestar que «Don Leopoldo no será novelista; pero no cabe negar que es una hormiguita para su casa, una especie de Rata I del naturalismo». Clarín no contesta... de inmediato y la *Víbora de Asnières*, que también se conoció así a Bonafoux, comenta: «Bramó D. Leopoldo; pero, colérico y todo, resolvió, en sus altos designios, que no me contestaría en los días de su vida. Ese Real decreto de S. M. la Reina madre de la crítica española me afligió profundamente».



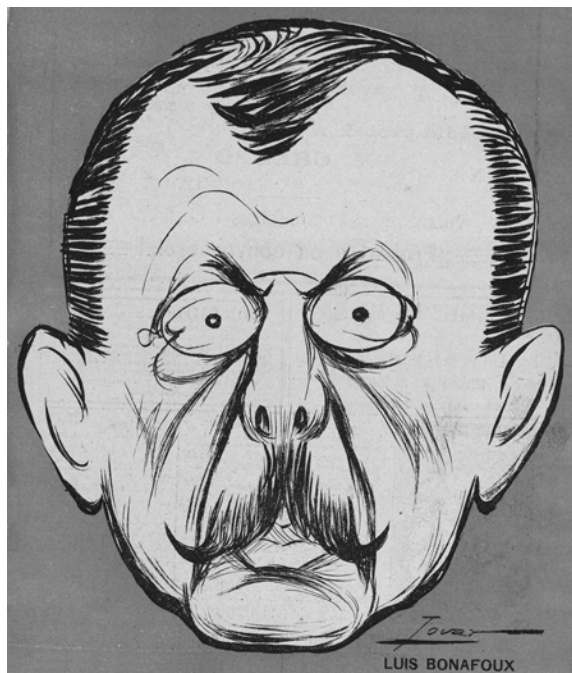
Cubierta de Bilis, una de las obras más populares de Bonafoux que incluye el artículo «Yo y el plagiario Clarín». Licencia: dominio público.

Sin embargo, el estado anímico del asturiano presagia réplica: «me escriben -decía- que S. M. la Reina madre de la crítica está atacada del furor uterino, digo, teutónico, que diría Bismarck». Clarín respondió, con bastante habilidad, por cierto, pero Bonafoux cargó de nuevo y la polémica se extendió y subió de tono, dejando un reguero de recriminaciones que llegaron hasta lo personal: «como usted tiene tanto de chismoso», dice Bonafoux, «como poco de crítico, ha querido exhibir trapos, creyendo que me asusta, sin saber que yo voy a todas partes y que, aun a riesgo de faltar al público, soy muy capaz de sacar, a usted y a los suyos a la vergüenza pública, en la Puerta del Sol [...] Y puesto que me llama usted escritor inca, y se pone en fuga, le recuerdo que mis ascendientes -unos salvajes, indios chunchos- tenían la costumbre de cortar la cabellera al vencido, con unas tijeras de esquilar. En cuanto regrese a España, voy a Oviedo...».

Sería lógico pensar que la cuestión se zanjó con la muerte de Clarín, pero eso sería desconocer los «mosquetazos de Aramis», a juicio de Bonafoux, el único mosquetero que ni olvidaba, ni perdonaba. Lo cierto es que, desde París, Bonafoux le dedicó una necrológica en la que expresaba sin rodeos su alegría por la desaparición de tan poco estimado escritor.

A quien tenga curiosidad por ésta y otras mil polémicas de la *Víbora de Asnières* (localidad francesa donde pasó, como corresponsal y semi-exiliado, gran parte de su vida) le recomiendo que si tienen la suerte de encontrarla, lean la biografía

escrita por José Fernando Dicenta (nieto de Joaquín Dicenta, autor dramático que fue gran amigo de Bonafoux) que incluye una selección de artículos.



Caricatura de Luis Bonafoux. Fuente: Wikipedia. Autor: Manuel Tovar para la revista Madrid Cómico, número del 9 de abril de 1910. Licencia: dominio público. Pueden leer a Bonafoux en la Biblioteca Digital Cervantes virtual (clicar en la imagen).

De fronteras, medianeras y otros dominios

José Antonio García Ayala

Lejos quedan aquellas Españas de Felipe II de veinte millones de kilómetros cuadrados (extensión equivalente al doble de Europa) en donde, según se decía, «nunca se ponía el sol». Muchos de aquellos territorios se perdieron por guerras en su mayor parte, otros por abandono, o incluso algún caso hubo por olvido como veremos más adelante.

Cinco siglos después, la superficie de nuestro país es de quinientos mil kilómetros cuadrados, que se distribuyen en la península ibérica, archipiélagos balear y canario y norte de África. Sin embargo, a una escala menor descubriremos algunas particularidades bastante curiosas. De hecho hay algunas tierras singulares entre las que nos encontramos una compartida con el vecino de arriba, otras reclamadas al señor que vive al lado; con el vecino de abajo también compartimos algunas lindes de lo más peculiar: la del muro medianero pero llevada

al extremo. Y es en estas particularidades territoriales y en lo que tiene que ver con regiones fronterizas y confines donde me voy a centrar en este ensayo.

Acepto si alguien me dice que las fronteras son las «cicatrices de la historia», no sería el primero, ya las han denominado así numerosos estudiosos; o que sólo sirven para separar a los pueblos, tampoco sería una novedad. De hecho, admito que todo es verdad, las lindes son un artificio, aunque a los geógrafos (probablemente no a todos, pero a mí sí) nos llaman la atención. Lo reconozco, siempre me ha gustado poner un pie a cada lado de una de esas líneas imaginarias (porque, que nadie se llame a engaño, lo de las equis dibujadas en el suelo también es mentira) y tener mitad del cuerpo en un lugar y la otra en otro.

En cualquier caso, a pesar de las desventajas de los términos, que las hay, no soy partidario de modificar las (supuestas) equis del mapa, y no por mi supuesta afición a las mismas, sino porque siempre que alguien decide que necesita más espacio hay otro que lo pierde. Y no nos engañemos, estas cosas siempre terminan costando vidas humanas, y no lo digo yo, es un hecho histórico probado.

Llegados a este punto, y antes de seguir divagando por los cerros de Úbeda, creo que ha llegado la hora de entrar de pleno en materia. Para ello comenzaremos con la que llaman

la «Raya ibérica», el límite entre España y Portugal; dibujado entre las provincias de Pontevedra y Huelva por 5.228 mojones o mugas, de granito en su mayor parte, a lo largo de aproximadamente 1.290 kilómetros lineales. Se ha modificado en numerosas ocasiones desde el siglo XII porque es que nunca hemos llegado a ponernos de acuerdo del todo, ni siquiera en la actualidad lo estamos totalmente, tal y como vamos a ver en breve. En 1864 se firmó el tratado de Lisboa, que entró en vigor cuatro años más tarde y que junto con el acuerdo de Límites de 1926 dibujarían la «Raya» tal y como la conocemos en la actualidad. Aunque entonces quedaría resuelta la disputa de los llamados «pueblos promiscuos» (aquellas localidades que quedaban divididas por la frontera y que se vincularían con el país en el que tuvieran mayor parte de su término y que de seguir existiendo como tales, seguro que harían bastante más largo este capítulo), no todo quedó solucionado: La cuestión principal es la referente a los municipios extremeños de Olivenza y Táliga, que hasta 1801 fueron alentejanos y que tras la guerra de las Naranjas nos las trajimos a este lado de la cicatriz. Por otra parte también está la cuestión de las islas Salvajes: un pequeño archipiélago de tres islas, de algo menos de tres kilómetros cuadrados, entre las Canarias y Madeira, aunque más cerca de las primeras; que pertenece a los lusos, sobre las que mantenemos reclamación territorial. En ambos casos, y dentro de un ámbito europeo en el que el tratado de Schengen propicia la colaboración entre las naciones, aunque la disputa



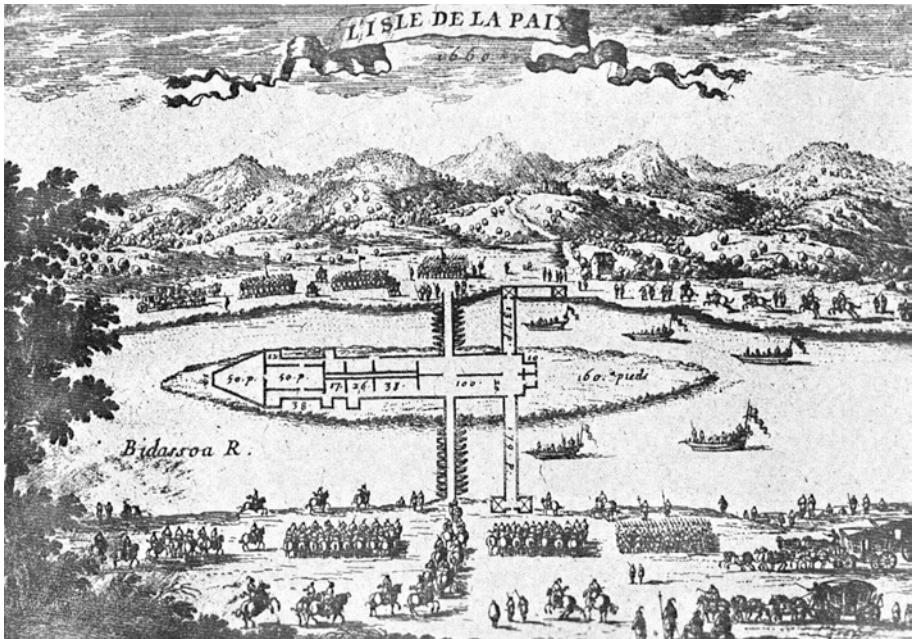
Detalle del mapa «Royaumes d'Espagne et de Portugal» de Gilles Robert de Vaugondy, 1750. Fuente: portal Gallica (Biblioteca Nacional de Francia). Dominio público.

sigue vigente, ambos estados han sabido relativizar este asunto, en aras del fomento de la cooperación ibérica. En este sentido, en 2008 se creó la primera eurorregión ibérica que aglutina a nueve municipios de ambos países y que comparten proyectos europeos: parece que el actual deseo de Madrid y Lisboa es invertir la tendencia secular de sangría económica y demográfica en la región fronteriza. A ello se debe añadir el hecho de que los ciudadanos de Olivenza y de Tálaga que lo deseen, podrán optar a tener doble nacionalidad: la española

por defecto y la portuguesa si así lo desean. Sin duda se trata de una interesante y bonita forma de solucionar los conflictos fronterizos; en lugar de excluir, sumar nacionalidades.

Cambiando a un ámbito más septentrional, la frontera natural con Francia la ha formado desde siempre la divisoria de aguas de los Pirineos; al menos es así como siempre se entendió y como se estableció de forma genérica en el tratado de los Pirineos del siglo XVII. Aunque, como en el caso anterior, si reducimos la escala, encontraremos sendas particularidades, que por supuesto son de nuestro interés. Un total de 647 mugas separan España de Francia y Andorra. Sin embargo, no ha estado todo tan claro desde el seiscientos y hubo de firmarse los conocidos como tratados de Bayona a finales del XIX para terminar de perfilar las lindes.

La primera particularidad con que nos encontramos es el condominio que compartimos con Francia. Se trata en concreto de la isla fluvial de los Faisanes en el río Bidasoa, en el País Vasco. Fue allí precisamente donde se firmó entre España y Francia el tratado de paz de los Pirineos el 7 de noviembre de 1659, por el cual se trazaba la frontera entre ambos países. Esta isla cuenta con algo más de seis mil metros cuadrados que fue tierra de nadie entre el siglo XVII y el tratado de Bayona de 1856. En este último documento se estableció que de febrero a julio aquellos son dominios españoles, y de agosto a enero franceses. Se buscó una solución salomónica que pusiera



«L'Ile de la Conférence en 1660» (Isla de los faisanes). Grabado de la época, autor desconocido. Fuente: Musée pyrénéen du Château-fort de Lourdes (Wikipedia). Dominio público.

fin a los conflictos entre pescadores galos e hispanos, así como la impunidad de ladrones y contrabandistas que utilizaban aquella superficie alega para que sus fechorías permanecieran sin castigo. Fue precisamente en aquel lugar donde se reunieron, en varias ocasiones don Luis Méndez de Haro y el cardenal Jules Mazarino para establecer las cláusulas de la paz de los Pirineos que ponían fin a una larga disputa entre los dos países. Así nos lo recuerda un monolito que no puede verse, ya no porque está escondido entre la vegetación sino porque no se puede acceder a la isla, al menos de forma ordinaria. Asimismo fue allí donde también se acordó el matrimonio entre Luis XIV y la hija de Feli-

pe IV, María Teresa de Austria, hecho que unas décadas más tarde traería la casa Borbón a este lado del Bidasoa. Por cierto, a pesar del nombre, no hay faisanes en la isla tal y como afirmó Víctor Hugo en 1843; el nombre parece venir de algún error de traducción (todo apunta a que «faisans» es una readaptación fonética francesa del término euskera «pausu», que en castellano significa simplemente «paso»).

Si seguimos hacia el este unos cuantos mojones, a la altura de la Comunidad Foral Navarra, llegaremos a una comarca denominada Quinto Real. La particularidad que nos llama la atención de este rincón se basa en una figura foral de derecho privado que es la «facería» consistente en el aprovechamiento comunal de los pastos. De hecho, en los tratados de los Pirineos de 1659 y de Bayona de 1856, que reconocen como española esta comarca al norte de la divisoria de aguas, se concede el aprovechamiento de los pastos a los ganaderos del otro lado a cambio de una renta anual (que en la Edad Media se denominaba «quinta»).

El valle de Arán es otro ejemplo de comarca que se ubica más allá de la divisoria de aguas, aunque esto se remonta a tiempos de la Marca Hispánica; de hecho es ahí precisamente donde nace el río Garona, que desembocará muy cerca de Burdeos.

Pero, avanzando hacia levante, lo que más me ha llamado siempre la atención es el caso del municipio catalán de Llivia. Se tra-

ta en este caso de una villa española de unos 1.400 vecinos y unos 13 kilómetros cuadrados que está dentro de Francia (rodeada de hecho por Francia). Es lo que en geografía llamamos exclave. Esto es precisamente lo paradójico: a pesar de estar (políticamente) en España, Llivia se encuentra (físicamente) fuera de España, a unos dos kilómetros aproximadamente por la carretera nacional N-154 (cuya denominación francesa es departamental D-68). Parece que esta localidad de la Cerdaña sigue siendo española por un error de traducción: y es que el emperador Carlos V le concedió el título de villa y merced al tratado de los Pirineos, España cedió los pueblos (nadie dijo nada de villas) de esta comarca, por lo que Llivia se quedó en España. Al final de la Guerra Civil los nacionales hubieron de pedir permiso a Francia para entrar en la villa, pues para llegar allí, debían adentrarse entre uno y dos kilómetros en tierras galas. En cuanto a la conexión por carretera con el resto del país, el



Mapa de la zona de Llivia. Fuente: Esri maps.

tratado de Bayona de 1866 estableció que el camino que unía a Llívia con Puigcerdá sería de tránsito libre, aunque en los años setenta del pasado siglo derivarían en lo que se conoció como «guerra de los stops» debido a la disputa entre los dos países tras la construcción por parte francesa de dos carreteras que cruzaban esta vía y que obligaban a los llivienses a detenerse en las nuevas señales de stop, que fueron arrancadas de cuajo con nocturnidad y alevosía en repetidas ocasiones. Una década más tarde se puso fin a esta situación; al fin y al cabo la cosa tampoco era tan grave como para que una rotonda y un puente no pudieran resolver el problema.

Una vez descritas las particularidades de la frontera hispano-francesa es hora de dirigirnos a África y relacionar algunos de los solares más peculiares que nuestro país posee allí. Y no estoy aludiendo a las archiconocidas Ceuta y Melilla, españolas ya en la Edad Moderna y con estatus de «ciudades autónomas» desde 1995. Hago referencia más concretamente a las denominadas plazas menores de soberanía desde la conferencia de paz de Algeciras de 1906 (antes se llamaban «presidios») como son las islas Chafarinas, las islas Alhucemas o el peñón de Vélez de la Gomera, que fue isla hasta los años 30 del siglo pasado, cuando quedó unida físicamente a Marruecos por un trozo de tierra de unos 80 metros tras un seísmo.

Estos territorios son dominios, sin apenas valor económico o estratégico al menos aparente; de hecho, ni siquiera



Mapa del sur de España. Autor: Ecemaml (Wikipedia), licencia CC BY-SA.

están dentro de la organización territorial del Estado puesto que son terrenos militares gestionados por el ministerio de Defensa, a diferencia de la isla de Alborán que a pesar de encontrarse a mitad de camino entre España y África, pertenece al municipio de Almería, y por tanto a la provincia homónima y a la comunidad autónoma de Andalucía. ¿Y qué interés podríamos en estos trozos de tierra de tan baja tasación? Parece que el tema es más estratégico de lo que parece: se mantienen para contener las posibles demandas territoriales alauitas.

Si las plazas menores de soberanía son reconocidas a nivel internacional y la única población que tienen son destacamentos militares más o menos permanentes. El caso de Perejil (o Laila como llaman los marroquíes) es más bien lo que

se conoce como tierra de nadie o terra nullis. Todos recordamos el conflicto entre España y Marruecos allá por el verano de 2002, nada grave afortunadamente al fin y al cabo, pero que ocupó su tiempo en los telediarios de la época. Al final, después de todo, la solución fue volver a lo que se denomina *statu quo* anterior: todos piensan que es suya, aunque nadie la ocupa, todos ganan, nadie pierde.

El siguiente caso, una vez que dejamos los bordes con Marruecos y nos trasladamos a otro ámbito mucho más lejano, parece más bien una historia de ciencia ficción; pero es real, y además de lo más curioso y por eso lo mencionamos...

En concreto nos referimos a la antigua Micronesia española, que lo fue desde que Magallanes arribara por aquellos lares en 1521 hasta finales del siglo XIX, al menos esa es la versión que entendemos más razonable en la actualidad. Tras el desastre de 1898, decidimos deshacernos de las últimas colonias y proporcionar algo de liquidez para nuestras maltrechas arcas. Alemania, que había llegado tarde al reparto colonial, deseosa de conseguir notoriedad en la nueva esfera internacional, adquirió por veinticinco millones de pesetas los archipiélagos de Marianas (salvo Guam que ya estaba en manos de EEUU desde el final de la guerra), Carolinas y Palaos, tal y como establecía el acuerdo firmado por Francisco Silvela y ratificado por la regente María Cristina de Habsburgo-Lorena por parte española. Sin embargo, a la hora de realizar el inventario, varios archipiélagos, islas y atolones, por algún tipo de increíble despiste, no fue-

ron inventariadas (ya hubo un olvido en el tratado de París de 1898 firmado con EEUU que hubo de subsanarse en 1900) hasta que en 1948, el investigador Emilio Pastor y Santos se dio cuenta de este descuido. Por ello, Pastor propuso reclamar la soberanía de estos territorios y pasar a denominarlos Provincia Oceánica Española. Esta supuesta provincia abandonada estaría compuesta por los archipiélagos de Güedes (llamada Mapia en la actualidad), Coroa (atolón deshabitado con 17 islas que hoy se llama Rongrik), Pescadores (Kapingamarangi si alguien desea buscarlo en un mapa) y Ocea, Nukuoro en su acepción contemporánea.



Fragmento de un mapa del siglo XIX con el archipiélago de Güedes señalado. Fuente: Biblioteca Nacional de España, Atlas universel historique et géographique composé de cent et une cartes, de A. Houzé, 1846. Licencia CC-BY-NC-SA.

Sin embargo, Franco pensó que mejor sería dejar las cosas como estaban por diversos motivos más que obvios. El asunto cayó en el olvido... tanto es así que en 1986, los Estados

Federados de Micronesia se constituyeron como estado independiente (incluyendo estas tierras que Pastor reclamaba como tierra patria); nación con la cual España decidió establecer relaciones diplomáticas con normalidad desde el principio.

De vez en cuando, parece que alguien se encarga de recordar o de cuestionar la supuesta españolidad de aquella región; de hecho, en 2014, se volvió a preguntar al Gobierno a propósito de este asunto; la respuesta fue clara: no existe en la actualidad la Micronesia española; puesto que, a pesar del conocido error en el inventario, la intención de España en 1899 era deshacerse de todas sus posesiones en la región.

Para terminar me gustaría mencionar nuestras sedes en la Antártida, que no son territorio español en sentido estricto, pero precisamente por ese estatus tan particular, creo que deben aparecer aquí. Y es que el del continente helado es un caso bastante especial; puesto que, tal y como se estableció en el tratado de Washington o tratado Antártico de 1959, es una extensión de todos, pero de nadie a la vez. Es decir, a pesar de la gran cantidad de reclamaciones territoriales pendientes sobre la región, y que seguramente seguirán siendo eso, reclamaciones, durante la vigencia del tratado que se presupone (o al menos se espera) indefinida; los países pueden establecer bases de investigación científica y los humanos que allí se encuentran se someten a las leyes de la bandera de la base en cuestión. Sin embargo, el territorio en sí no está sujeto a régi-

men alguno de propiedad: es algo parecido a lo que en términos jurídicos comunes consideraríamos un usufructo, o similar. España mantiene durante el verano austral dos bases: en concreto la base Juan Carlos I en la isla Livingston desde 1988 y la base Gabriel de Castilla (se llama así en honor al descubridor de la Antártida) en la isla Decepción, que sirve de apoyo a la primera y que se inauguró un año más tarde.

Fronteras, medianeras y otros dominios de lo más variopinto que tiene España: mi labor era hacer una relación de los mismos; me atrevo a decir que estoy satisfecho porque creo haber cumplido con mi tarea. Espero haber conseguido que el lector se haya interesado y si encima ha pasado un buen rato, mejor. Bueno, por lo menos si no se ha aburrido, ya es bastante, que el tema en sí ya es interesante... Si además, ha abierto un atlas o Google Maps, mi satisfacción es total, equivalente incluso a la de cruzar una frontera (pero de las de cambio de hora...). En un caso o en otro: gracias.

*Dios, raza y otros fantasmas.
Vida y obra de Charles Lee Smith*

Víctor Martínez López

A Charles Lee Smith, nacido en 1887, le pusieron su segundo nombre en homenaje a Robert Edward Lee, general estadounidense conocido por comandar el Ejército Confederado de Virginia del Norte durante la Guerra de Secesión. Seguramente sus padres, pertenecientes a la iglesia metodista, esperaban de él que, como el general Lee, fuera un caballero cristiano del Sur «como Dios manda», así que le matricularon para estudiar teología en la Epworth University de Oklahoma, históricamente vinculada también a la iglesia metodista. Hasta aquí, todo según lo previsto. Sin embargo algo debió de ir mal, porque de este periodo formativo y tras leer los textos de Thomas Jefferson, Smith no salió convertido en el hombre piadoso que se esperaba, sino en un ateo militante, convencido de la necesidad inaplazable del librepensamiento. Nos cuesta actualmente entender este tipo de ateísmo, al que algunos auto-

res llaman «ateísmo evangélico, dirigido por personas que estaban convencidas de que tenían la obligación, no solo de dudar de la existencia de Dios en privado, sino de convencer a otros de abandonar sus creencias religiosas».

Pero Smith no estaba dispuesto a quedarse en casa como un «no practicante» más, y consagró su vida a luchar por el destierro de la religión de cualquier espacio público y a promover el abandono de la fe de cuanta más gente mejor. En 1925 fundó la Asociación Americana para el Avance del Ateísmo, más conocida como «The 4 A's» (Las 4 Aes). Y aunque la asociación tenía su sede en Nueva York, lo cierto es que pronto creó una importante estructura en universidades y escuelas secundarias de todo Estados Unidos, con al menos 30 sucursales caracterizadas por sugerentes denominaciones, como «Las Almas Malditas» en Rochester, «La Oveja Negra de Dios» en Filadelfia, «El Círculo de los Sin Dios» en Wisconsin o «La Legión de los Malditos» en Dakota del Norte.

Pensará el lector que, con estos nombres, bien se podría hacer una película. Y en cierto modo así fue: en la sucursal de Los Ángeles, llamada «The Devil's Angels», militaba la joven filósofa humanista Queen Silver, cuyo activismo ateo con las 4Aes inspiró la última película muda de Cecil B. DeMille, *The Godless Girl*, en 1928. Esta película narra el romance entre dos adolescentes diferentes: una joven atea, Judith Craig, y el jefe de una organización juvenil cristiana, Bob Hathaway. La pelí-

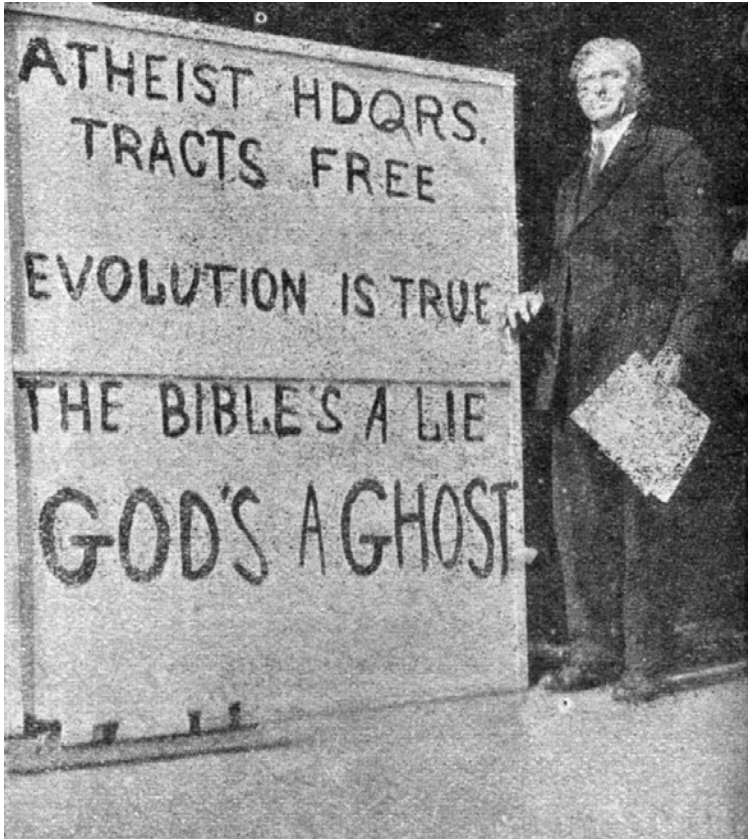
cula fue muy popular en la URSS y en Alemania, aunque en los Estados Unidos fue un fracaso de taquilla. Se cree que la popularidad de la película en la Unión Soviética se debió en parte al hecho de que los censores de aquel país editaron la conversión final del personaje principal al cristianismo.

Las 4 Aes fueron investigadas también por el Comité Especial de Actividades Antiamericanas, que recogió en su informe cómo «la Asociación Estadounidense para el Avance del Ateísmo está tratando de derogar leyes que imponen la moral cristiana; detener el 'contrabando de religión en las escuelas públicas'; detener 'la emisión de proclamaciones religiosas de funcionarios gubernamentales, como Acción de Gracias, etc.', así como gravar y nacionalizar la propiedad de la iglesia».

Una de sus acciones más populares fue el «Día de culpar a la culpa» o Blamesgiving: «Una protesta contra la negligencia divina, que se observará cada año en el Día de Acción de Gracias. Mientras que otros expresan su agradecimiento por las cosas buenas del año pasado, no puede haber daño en hacer una lista similar de cosas que no fueron tan buenas».

Pero volvamos en concreto a Lee Smith. Entre 1926 y 1928, nuestro protagonista se dedicó a polemizar con destacados antievolucionistas: fue el caso del pastor John Roach Straton, que terminó demandándole por acoso postal. Por esa misma época alquiló una tienda en Little Rock, Arkansas, en la que se dedicó a

repartir de forma gratuita literatura antirreligiosa. Un cartel en el escaparate anunciaba: «La evolución es verdadera. La Biblia es una mentira. Dios es un fantasma». Ante el escándalo de la vecindad biempensante, no tardó en ser acusado de violar la ordenanza de la ciudad contra la blasfemia. El proceso judicial



En la imagen, Charles Lee Smith. «La evolución es cierta, la Biblia es mentira, Dios es un fantasma». Revista rusa Bezbozhnik (El ateo), 1930, núm. 10, p. 8. Imagen: Wlbw68 (Wikipedia), licencia CC-BY.

subsiguiente no pudo ser más estrambótico: en su condición de ateo militante, Lee Smith se negó a jurar decir la verdad sobre la Biblia en la corte de justicia tal y como ordenaba la normativa, y no se le permitió declarar en su propia defensa. El juez desestimó la acusación inicial, transformándola en un posible delito de distribución de literatura obscena. Smith fue finalmente condenado al pago de veinticinco dólares y a veintiséis días de prisión, sentencia que cumplió religiosamente —si se me permite la expresión— y que, en realidad, le sirvió de extraordinaria propaganda, ya que todo su affaire legal fue seguido muy de cerca por todos los medios nacionales.

Tras salir de la cárcel reanudó sus actividades de forma inmediata, pero volvieron a acusarle de blasfemia y, esta vez sí, fue condenado. En su juicio, una vez más se le negó el derecho a declarar tras negarse a prestar juramento religioso, y fue sentenciado a noventa días en prisión y una multa de cien dólares. Smith fue liberado bajo fianza de mil dólares y apeló el veredicto, un procedimiento que se prolongó durante varios años, hasta que finalmente se desestimó tras toda una serie de acontecimientos tanto procesales como mediáticos, incluyendo una huelga de hambre del propio acusado. Incluso uno de sus adversarios, el ministro bautista fundamentalista Ben M. Bogard —conocido por promover con éxito una ley estatal de Arkansas que prohíbe la enseñanza de la evolución en las escuelas públicas— defendió el derecho de Smith a la libertad de

expresión. En el fondo entendía que podía vencerle en un debate público y que todos estos fuegos de artificio no hacían más que aumentar la popularidad y la difusión de las ideas de este irredento ateo.

Como es de suponer, en una época y lugar en el que numerosos grupos cristianos enarbolaban —aún lo hacen— la bandera del creacionismo, la defensa de Darwin y su teoría de la evolución fue uno de los grandes caballos de batalla de Smith y las 4Aes. Por ejemplo, en 1934 Smith debatió con Aimee Semple McPherson sobre la evolución. Fundadora de la Iglesia Cuadrangular, McPherson era una pionera en el uso de los medios de comunicación modernos, y usaba la radio para aprovechar el creciente atractivo del entretenimiento popular en Estados Unidos y así llevar sus ideas a miles de hogares.

Un año más tarde, y quién sabe si al comprobar la dificultad de polemizar «uno a uno» con estos grandes comunicadores cristianos, Smith tomó la iniciativa y publicó *The Bible in the Balance* —spoiler: el balance era negativo—. El libro es una feroz crítica a la Biblia como fraude al conocimiento, y se convirtió en un importante documento para sus seguidores.

Sin duda se trató de una buena puerta de entrada al mundillo editorial, que se confirmó cuando en 1937, Smith fue nombrado editor de *The Truth Seeker*, la revista de librepensamiento con más influencia y difusión en todo Estados Unidos

durante las primeras décadas del siglo XX. Smith sería ya su editor hasta su muerte en 1964 y, ojo a este dato: durante su dirección editorial, subtítulo *The Truth Seeker* como «The Journal for Reasoners and Racists» («El diario para razonadores y racistas»). Y es que, aunque desde una perspectiva actual pueda parecernos extraño, Lee Smith era defensor de la razón y ferviente evolucionista, pero también y sobre todo heredero de una marca particular de darwinismo que combinaba el ateísmo con el racismo y el supremacismo blanco. Llegados a este punto viene bien recordar esta anécdota: en la década de 1920, cuando el biólogo ruso Ilya Ivanovich Ivanov presentó al gobierno soviético un proyecto para hibridar humanos y simios mediante inseminación artificial, la Asociación Estadounidense para el Avance del Ateísmo inició una campaña de recaudación de fondos para apoyar el proyecto, con un enfoque claramente racista. En la idea de Ivanov de fecundar a hembras humanas con esperma de otros primates vieron la posibilidad de demostrar la naturaleza desviada de lo que ellos consideraban razas inferiores.

Una buena descripción de sus ideas sobre la necesidad de la segregación racial, con tintes eugenésicos incluidos, la encontramos en su libro en dos volúmenes *Sensism: The Philosophy of the West* (1956), en el que además de reiterar su consideración de que todas las religiones sobrenaturales y sus patrones de pensamiento son basura, dejó bastante expuesta

su ideología. Por un lado proclamaba que el reino espiritual no tenía significado alguno fuera de la mente de las personas, siendo los datos sensoriales la única fuente de análisis posible —postulado que suscribiría cualquier científico—, y por otro lanzaba una crítica frontal al concepto de igualdad. Smith argumentó que la doctrina de la igualdad espiritual del cristianismo no era racional, y que el comunismo y el cristianismo eran igualmente peligrosos. «El evangelio cristiano y el mensaje marxista es el igualismo», afirmaba. Con el declive de la fe en la Biblia, intuía, era inevitable que el igualismo se expresara en forma de comunismo.

En el pensamiento de Lee Smith no todas las vidas eran iguales; y algunas vidas, especialmente las de los negros, no valían la pena. De particular preocupación para Smith fueron «ciertos profesores en algunas de nuestras universidades que enseñaron que los nórdicos y los negros son iguales en cualidades mentales y morales. Quien considere fríamente el problema racial debe concluir que la preservación de la raza blanca requiere una reducción del porcentaje de negros». La solución más lógica para los problemas del país pasaba, según él, por «legalizar y subsidiar el aborto para evitar el nacimiento de un mulato o un negro».

Bajo la dirección editorial de Smith, *The Truth Seeker* perdió una porción significativa de sus lectores, ya que no muchos ateos estaban dispuestos a seguir las posturas supre-

macistas de Smith. Ya hemos dicho que subtuló la revista como «The Journal for Reasoners and Racists», pero no se quedó ahí, y coqueteó con activistas políticos del underground neonazi como James Madole, el líder del Partido Nacimiento del Renacimiento. Este partido había sido la primera organización neonazi de la posguerra en los Estados Unidos.

Pero fomentar el activismo antirreligioso o sus labores editoriales no fueron los únicos frentes cultivados por Smith, que ayudó económicamente también en casos notorios sobre la pertinencia de la educación religiosa en las escuelas. Así hizo en 1948 con Vashti McCollum, demandante en el histórico caso de la Corte Suprema *McCollum v. Board of Education*, que anuló la educación religiosa en las escuelas públicas. Y una década después hizo lo propio en el proceso *Murray v. Curlett*, en el que se intentó declarar inconstitucional la lectura de la biblia en las escuelas, esta vez sin éxito.

Charles Lee Smith falleció el 26 de octubre de 1964 en San Diego, California. La Asociación Americana para el Avance del Ateísmo subsistió hasta la muerte de su sucesor, James Hervey Johnson, en 1988. Su biografía compone para el lector de hoy un retrato pintoresco, una fotografía en tono sepia de bordes rasgados que nos retrotrae a otra época en la que las distintas corrientes científicas y filosóficas de la Ilustración discurrían desembocando en las ideologías modernas; unas esperanzadoras, otras aterradoras. Muchas de ellas tuvo tiem-

po de verlas puestas en práctica, y no parece que eso le hiciese alterar en modo alguno sus postulados, sus creencias y sus no creencias. Y es que Smith dedicó su vida a exorcizar el fantasma de Dios de la educación y las instituciones de su país, pero a su vez fue víctima y creyente en otros espectros de su tiempo, como los que llevan a caer en el trampantojo del racismo.

Edison y el teléfono de los muertos

Manuel Moyano

Existen antecedentes. Isaac Newton, el genio científico capaz de entrever que el mundo está gobernado por fórmulas matemáticas aplicables tanto a la Tierra como a los cuerpos celestes, dedicó los últimos años de su vida a oscuros estudios alquímicos –los firmaba como Jeova Sanctus Unus– y a calcular la fecha del fin del mundo reinterpretando el bíblico *Libro de Daniel* –la estableció en 2060–. Por su parte, el médico y escritor Arthur Conan Doyle, creador del ultracélebre Sherlock Holmes, defendió la existencia de las hadas confiando ciegamente en la autenticidad de unas fotografías que, en realidad, habían sido falsificadas por un par de niñas con ganas de bromear.

Hoy día, cualquier persona con un nivel cultural medio identificará a Thomas Alva Edison como el prototipo universal de inventor. Nacido en el estado norteamericano de Ohio en 1847, llegó a registrar con su equipo más de un millar de pa-

tentes. Resulta difícil precisar cuáles pueden atribuírsele a él sin vacilar, pero, en todo caso, tuvo una participación decisiva en la aparición del fonógrafo, de la cámara de cine, de la batería eléctrica para coches y de la bombilla incandescente. Desarrolló el sistema de generación y distribución de energía eléctrica que permitiría a ésta llegar a viviendas y fábricas, lo cual transformó por completo la sociedad y sentó las bases de nuestro modo de vida actual.

Curiosamente, había sido calificado de «estéril e improductivo» por un maestro durante su infancia, lo que determinó que abandonara la escuela y fuese educado en casa por su propia madre. Aunque, en los últimos tiempos, al totémico Edison le han surgido no pocos detractores –le acusan de robar ideas ajenas, de inventar la silla eléctrica y hasta de padecer alcoholismo–, fue el modelo estadounidense de hombre hecho a sí mismo, individualista, emprendedor, soberbio, tenaz, gran publicista de su propia imagen y avisado empresario. En definitiva, una persona eminentemente pragmática. En 1910, durante una entrevista concedida a *The New York Times*, se manifestó agnóstico y declaró no creer en la inmortalidad del alma ni en la existencia del cielo.

Por ello, a nadie pudo dejar de sorprenderle que, diez años más tarde, se descolgara afirmando ante las revistas *Scientific American* y *The American Magazine* que estaba construyendo una máquina para comunicarse con «personalidades que han

dejado esta Tierra» pasando «a otra existencia o esfera». Es decir, una máquina para hablar con los muertos. Edison se basaba en una hipótesis tan difícil de comprender como de explicar. Según él, el cuerpo y la mente eran resultado de reacciones químicas y físicas que daban lugar a unas unidades infinitesimales –cada célula contenía cinco mil– en la que estaban configuradas nuestras emociones, nuestra memoria, nuestros deseos... Una vez fallecido el cuerpo, estas «unidades de vida» quedaban liberadas. En esto consistían los espíritus con los que trataba de comunicarse.

«Si nuestra personalidad sobrevive, entonces es estrictamente científico y lógico asumir que retiene la memoria, el intelecto y otras facultades y conocimientos que hemos adquirido en la Tierra», afirmó. Se dice que su interés estaba relacionado con dar consuelo a los miles de familias que habían perdido a sus hijos en el frente de la Primera Guerra Mundial, así como con el deseo del propio Edison por volver a saber de su madre. Es más que probable que lo animara, también, el anhelo de sobrevivir a la propia extinción física. El anuncio de aquella máquina provocó un verdadero aluvión de cartas a los directores de ambas revistas, algunas con admoniciones tales como: «¡Este teléfono nos matará a todos!»; o: «¡Los espíritus que contestarán a este teléfono son malvados!».

No se sabe muy bien qué aspecto exacto tenía aquel teléfono espiritual o máquina del más allá. Se parecía a un

fonógrafo e incluía una bocina acanalada con un electrodo y un micrófono que, por su extrema sensibilidad, recogería las vibraciones producidas por esas entidades etéreas. Otras versiones sostienen que consistía en una célula fotoeléctrica que emitía un potente haz de luz. La idea era que, al ser atravesado por esas «unidades de vida», el mecanismo registraría la huella de su paso. Parece que, hacia 1920, Edison congregó a un equipo de científicos y espiritistas para mostrarles el funcionamiento del aparato. Desdichadamente, y pese a los esfuerzos de los médiums por invocar a algún espíritu, aquél no registró ninguna clase de presencia sobrenatural.

No se sabe muy bien si, después de este contundente fracaso, Edison desistió de su invento o si, por el contrario, siguió intentando perfeccionarlo hasta el fin de sus días. No se han hallado diagramas o esquemas ni, por supuesto, un prototipo almacenado en ninguna parte. Hay quienes dicen que lo guardó a buen recaudo y que impartió instrucciones para su uso post mortem a un círculo de confianza. Los aficionados al esoterismo han hecho no pocas especulaciones y experimentos desde entonces, y no faltan quienes afirman haber conseguido hablar incluso con el propio Edison.

Sea como fuere, lo indudable es que «el Mago de Menlo Park», como lo bautizó la prensa, murió el 18 de octubre de 1931, a los 84 años, en West Orange, Nueva Jersey. Aquejado de uremia, asistido por su médico personal Hubert Howe y

EDISON'S Own SECRET

Edison, though materialist-minded, was yet willing to accept spiritual beliefs if they could be proven by scientific tests. Here is described one of his amazing secret experiments whereby he sought to lure spirits from beyond the grave and trap them with super-sensitive instruments.

ONE black, howling wintry night in 1920—just such a night when superstitious people would bar their doors and windows against marauding ghosts—Thomas Edison, the famous inventive wizard, gathered a small group of scientists in his laboratory to witness his secret attempts to lure spirits from beyond the grave and trap them with instruments of incredible sensitivity.

Until recently only the few favored spectators ever knew the outcome of this sensational experiment. Only the few Edison intimates, assembled like members of a mystic clan, ever knew what unearthly forms materialized in the scientist's labora-

tory that night to give proof or disproof of existence beyond the grave.

For thirteen years results of Edison's astounding attempt to penetrate that wall that lies beyond mortality have been withheld from the world, but now the amazing story can be told.

In a darkened room in his great labora-



Thomas Edison, inventor of the electric light, holding in his hand one of his first creations, the carbon light. Left—A modern 150,000 c.p. light.

Though of an avowed materialistic cast of mind, Edison nevertheless bestowed great benefits on mankind. At the left he is seen in his laboratory conducting experiments to find a method of making rubber out of goldenrod. Drawing above illustrates the operation of the photo-electric cell in detecting smoke crossing its "line of vision." Similar set-up was used in detecting presence of spirits.

tory, surrounded with beakers, generators, and other experimental equipment, Edison set up a photo-electric cell. A tiny pencil of light, coming from a powerful lamp, bored through the darkness and struck the active surface of this cell, where it was

Artículo en Modern Mechanix magazine, octubre de 1933, sobre los experimentos de Edison (Foto: dominio público)

por su hijo Charles, regresó de un coma intermitente para exclamar estas últimas palabras: «¡Allí hay mucha belleza!». ¿Seguía creyendo en el más allá? Mientras estaba exhalando su último aliento, Charles le acercó a la boca un tubo de ensayo que, inmediatamente, selló con parafina. El corazón de Edison acabó apagándose y, como homenaje póstumo, también las luces de varias ciudades fueron apagadas durante un minuto.

Al parecer, si Charles capturó el último aliento de su padre no fue motu proprio, sino a petición de Henry Ford. Gran amigo y admirador de Edison, entre ambos habían sentado las bases de la industria automovilística que transformaría el mundo. Pese a ello, Ford sufría también querencias espiritualistas y estaba convencido de haber conservado el alma de Edison al haber atrapado su último hálito. No sabemos si intentó comunicarse con ella. A la muerte de Ford, en 1947, se encontró –junto a los zapatos de Edison– aquel tubo de ensayo sellado con la etiqueta «Last Breath Edison». A día de hoy, aún sigue expuesto en el Henry Ford Museum de Dearborn, estado de Michigan.

El Arte y la Historia nos cuentan las enfermedades del tiroides

Juana María Madrid Marín

Las enfermedades del tiroides son frecuentes entre nosotros, seguro que has oído hablar de ellas o incluso puede que padezcas alguna. No es extraño, ya que estas enfermedades de la glándula tiroides afectan a millones de personas en todo el mundo. Hasta finales de 2010 se estima que había 800 millones de personas en riesgo de padecer la enfermedad tiroidea por carencia de yodo, 190 millones padecían bocio y 3 millones cretinismo.

Estas enfermedades no son mortales, son fáciles de tratar con la medicación actual, pero todavía no están suficientemente consideradas en los programas de salud pública. Las deficiencias en yodo conllevan un trastorno del desarrollo intelectual en niños, agrandamiento de la glándula, bocio, y problemas en las hormonas tiroideas en todas las edades.

El problema viene de lejos, así que vamos a realizar un recorrido histórico a través de los registros de que disponemos.

Las enfermedades de la glándula tiroides conocidas con el nombre de bocio y cretinismo, son enfermedades que se han manifestado desde la época del Antiguo Egipto hasta la actualidad, Las zonas de mayor expansión son los continentes de la actualidad.

Desde antes de nuestra era hasta el Siglo XIX encontramos tratados de medicina, pinturas o esculturas que estipulan en mayor o menor medida los remedios para paliar estas enfermedades.

Shen – Nung, emperador chino (2838 – 2898 a.C.), menciona en su libro, *Tratado de las hierbas y de las raíces*, el empleo del alga Sargassum para tratar esta dolencia, hoy en día sabemos que era una fuente de yodo adecuada como tratamiento. Otro remedio usado por la civilización china era el consumo de cenizas de esponjas marinas, también ricas en yodo.

En el sur de Asia se encuentran recetas hindúes en el libro llamado, *Atharva-Veda*, uno de los cuatro textos sagrados del hinduismo, que se usaban como remedio para los cuellos grandes e incluso existen cánticos hindúes sobre el agrandamiento del cuello.

Más adelante, en el papiro de Ebers, un tratado médico del 1500 antes de nuestra era, se recomienda que se tomen sales originadas en el bajo Egipto.

Hipócrates, Aristóteles, Galeno y Plinio hacen referencia a este problema en sus escritos. Específicamente, Hipócrates y Plinio relacionan la enfermedad con el consumo de agua y promueven el cambio de residencia a las personas que lo padecen.

En Roma, Julio César observó que el cuello grande era una particularidad de los galos. Marco Vitruvio, excelente arquitecto romano dotado de buena capacidad de observación por su profesión, describió perfectamente la anatomía de un cuello con bocio. Además, lo relacionó con la calidad del agua que bebían los pobladores de las Médulas y de los Ecuos en Italia.

Pablo de Egina, médico bizantino (620–690), en su compendio de medicina de siete volúmenes *Epítome*, lo describe como el broncocele aneurismático.

Abulcasis, gran médico árabe y padre de la cirugía moderna (Córdoba, 936) publicó en el año 1000 su tratado de cirugía con 30 volúmenes, *El método de la medicina*, donde describe la enfermedad como «un elefante en la garganta».

A partir de la Edad Media, se relaciona el agrandamiento del cuello con el consumo de agua.

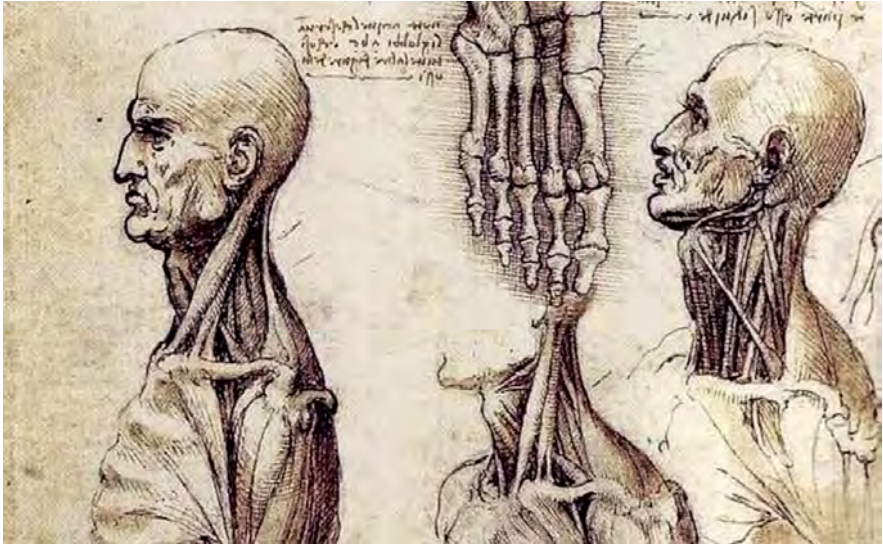
En las poblaciones alpinas había muchísimas personas que presentaban un crecimiento anormal y notable del cuello, se daba frecuentemente el bocio y el cretinismo (lo mismo pasó posteriormente en las poblaciones andinas). En esta época

ca, para tratar estos problemas, se usaban las cenizas de esponjas marinas. Actualmente, sabemos que algas y esponjas carbonizadas y trituradas proporcionan yodo y este elemento es necesario para el buen funcionamiento del tiroides.

El gran médico suizo Paracelso (s. XVI), padre de la química médica y contrario a tratamientos de herboristería, escribe sobre estos hechos relacionando la enfermedad con la composición del agua de Transilvania. En sus tratados describe zonas endémicas con bocio, así como también relata que de padres con bocio, suelen nacer hijos con cretinismo.

En el Renacimiento, Leonardo da Vinci trabaja con la Escuela de Padua, y con la protección de una bula del Papa Julio II se permite la disección de 30 cadáveres, algo totalmente prohibido en esa época. Esta experiencia le permite dibujar en sus estudios anatómicos, tanto glándulas tiroides normales como cuellos grandes, bocios. Hasta este momento, la glándula todavía no estaba delimitada como tal, fue Vesalio, padre de la anatomía moderna quien la describió como «Glandulae laryngis» creyendo que su función era lubricar la laringe. Posteriormente Giulio Casserio la delimita y la dibuja por primera vez como una glándula única que sirve para rellenar espacios vacíos.

Debido a las alteraciones tiroideas en esta época, el tener el cuello grande y grueso estaba normalizado y eso llegó a



Estudio de anatomía de Leonardo da Vinci. Licencia de la imagen: dominio público.

determinar un modelo de belleza femenina que se reflejó en el arte, principalmente en la pintura. El cuello se pintaba redondeado y grande, disimulando las marcas de la nuez que en el hombre son tan patentes. En un estudio se analizaron 2.989 retratos en la ciudad de Berna entre los siglos XIV y XX y todos ellos mostraron síntomas de bocio.

Es muy frecuente observarlo en las pinturas de embarazadas o madonas con niño. Sabemos que, en estas etapas, la demanda de yodo aumenta y el tiroides enfermo aumenta de tamaño. Lo podemos comprobar en numerosas pinturas que han llegado hasta nuestros días, como en las obras de: Jan Van Eyck, Rogier Van der Weinden, Piero de la Francesca, Manteg-

na, Botticelli, Leonardo da Vinci, Tiziano, Lucas Van Leyden o Cranach el Viejo.

En las siguientes imágenes se observa lo anteriormente descrito.



La Virgen con el niño (*Andrea Mantegna, 1448*).

Licencia de la imagen: dominio público.



*Flora, detalle de La Primavera (Sandro Botticelli, 1477).
Licencia de la imagen: dominio público.*

En los siglos siguientes, se continúan pintando personajes con bocio, pero con menos asiduidad y así lo vemos en las obras de Velázquez, Rubens o Manet.

Después de la Edad Media, el humanismo renacentista y la reforma protestante impulsan la revolución científica y comienza la Ilustración: negación del autoritarismo, impulso al razonamiento, espíritu crítico, confianza en la ciencia y búsqueda de la felicidad. Llegan buenos tiempos ya que se va investigar más atentamente esta patología.

Thomas Wharton, anatomista inglés, fue el primero que realizó una investigación completa sobre las glándulas del cuerpo humano y la publicó en su tratado, «Adenographya» (1656). Él reconoció y denominó esta glándula como glándula tiroides (glándula = bellota pequeña, tiroides = con forma de puerta).

Durante el siglo XVIII, grandes médicos como Morgagni, Lalouette o Von Haller continuaron su investigación. La única solución que se vislumbraba en muchos casos era la cirugía tiroidea, actuación que no era del gusto médico, ya que se consideraba muy peligrosa debido a la vascularización e inervación de la zona en donde se encuentra el tiroides, esta es la razón por la que entre 1600 y 1800 no se realizaron más de 10 extirpaciones de tiroides.

A partir del siglo XIX, el veloz y fructífero progreso de la ciencia en general, y en la medicina en particular, conlleva un notable avance del conocimiento sobre el tiroides. Llama la atención el caso atribuido a Napoleón Bonaparte, el que después de su campaña en Italia, no aceptó en su ejército solda-

dos con bocio por su baja capacidad militar. Posteriormente, el gobierno francés realizó un estudio a varones mayores de 20 años y detectó que 370.403 padecían bocio y 120.000 eran cretinos. En Italia se había realizado ya un estudio que arrojaba resultados similares.

En esta misma época, se describe el carcinoma primario de tiroides y se descubre el yodo. Fue Bernardo Courtois quien descubrió el yodo por serendipia, mientras buscaba la forma de obtener nitrógeno (nitrato potásico) con el objetivo de fabricar pólvora para el ejército de Napoleón. Courtois oxidó algas marinas del género *Fucus* con ácido sulfúrico, obteniendo un compuesto que no coincidía con lo que esperaba. Durante el desarrollo del proceso químico se generaban vapores que condensaban en cristales con forma de aguja de color violáceo y brillo metálico. Creyendo que se trataba de un nuevo elemento, dio una muestra de este a varios químicos, entre ellos Gay-Lussac y Davy, lo que desencadenó un enfrentamiento científico entre ambos, finalmente Gay-Lussac en 1814 determinó que se trataba de un nuevo elemento y lo llamó yodo, «color violeta».

Años después, en 1820 Coindet relacionó el bocio con la deficiencia de yodo y empezó a tratar a los enfermos. Explicaba que tomando cenizas de esponja los bocios se reducían y si era necesaria la extirpación, este tratamiento era muy adecuado antes de la intervención.

Como hemos visto, los tratamientos empleados para curar esta enfermedad se basaban en el conocimiento adquirido a través del tiempo por la técnica de ensayo y error. Sin embargo, la función de esta glándula como productora de una hormona, es decir, de una sustancia química con una función determinada, no se conocía. Lo que realmente se creía era que este órgano le daba forma al cuello, mantenía el calor de la laringe para el habla y ayudaba a la circulación sanguínea entre el corazón y el encéfalo.

Fue la escuela quirúrgica suiza la que describió la glándula formalmente por primera vez. La relación directa entre bocio y deficiencia de yodo la demuestran Prevost, Maffoni y Chatin. En 1895 Baumann demuestra que el tiroides tiene una gran cantidad de yodo y consigue aislar la iodotironina.

En el siglo XX comienzan a usarse las sales de yodo, aplicándose vendas con yodo alrededor del cuello. También se suplementa en mujeres adolescentes la cantidad de 9 mg/día a partir del conocimiento que proporcionan estudios previos realizados en animales.

Theodore Kocher ganó el Premio Nobel en 1909 por sus investigaciones en fisiología, patología y cirugía de la glándula tiroides al estudiar los efectos de sobredosificar el yodo. Fue reconocido como una autoridad en el tratamiento del tiroides porque consiguió disminuir la mortalidad en sus pacientes.

Estos conocimientos desembocan posteriormente en un tratamiento de salud pública en EEUU, en donde se suministró a la población tabletas de sal yodadas, provocando una significativa disminución de los casos de bocio simple. En España, Gregorio Marañón escribe en su obra, que no se puede señalar la morbilidad de esta enfermedad endémica, porque los enfermos solo acuden al médico cuando los casos son muy graves y llamativos.

A la misma vez, el químico norteamericano Kendall aisló la tiroxina en 1915 y Charles R. Harington la sintetizó en 1926. Estos hechos hicieron que se perdiera la perspectiva en el tratamiento de las enfermedades tiroideas en la década de los años 30. Se trata a los enfermos con tiroxina y no con yodo. El yodo participa en la formación de la hormona, un tratamiento más sencillo y adecuado a nivel de salud pública para frenar la aparición de bocio en los ciudadanos.

En la segunda mitad del siglo XX, el análisis de la situación a nivel global determina una serie de actuaciones por parte de la OMS, del Consejo Mundial de Alimentos y del Consejo Internacional para el Control de los Desórdenes por deficiencia de yodo (ICCIDD), con el fin de modificar la tendencia endémica de los desórdenes del tiroides.

El bocio y las enfermedades del tiroides han estado presentes en la humanidad desde sus comienzos y nos han

acompañado a través de la historia, el arte ha hecho evidente la situación histórica y la ciencia continúa investigando sobre estos desórdenes. Ahora, en el siglo XXI, el problema de la nutrición de yodo sigue sin estar resuelto a pesar de que su deficiencia causa trastornos del desarrollo intelectual en los niños, bocio y otras enfermedades del tiroides en todas las edades.

Necesitamos seguir avanzando en ciencia mediante la inversión y la investigación con la perspectiva que la historia y el arte nos proporcionan.

«Cultivemos la ciencia por sí misma, sin considerar por el momento las aplicaciones. Estas llegan siempre». Ramón y Cajal.

El día del fin del mundo

Tania Costa

Elmira Shkrebtan chapoteaba en un pantano. Los pies se le hundían en el barro y, aunque conseguía nadar, no encontraba fuerzas para salir. Sergey la llamaba, pero ella no podía hacer nada por reunirse con él. Se despertó asustada. Otra vez su vecino Stanislav Petrov. Llega cada día al amanecer y pega un portazo. Idiota, piensa Elmira.

Stanislav es un tipo raro. A Elmira no le gustan sus ojos. Los tiene muy separados. Si ella fuera una bacteria necesitaría un puente para viajar de uno a otro. El hombre tiene las cejas asustadas, como pidiendo peine con urgencia. Un sin sal.

Hoy Stanislav no ha entrado en casa. Se ha quedado en el porche mirando al cielo. A Elmira le gustan los hombres callados. Sin proponérselo ha descubierto en su vecino un no sé qué que le ha hecho olvidar la pesadilla.

Stanislav siempre va de uniforme. Es teniente coronel de las Tropas de Defensa Aérea Soviéticas y le gustaría ascender, pero, cuando se llega tan alto, es difícil seguir escalando. Los de arriba no mueren y, sin una guerra de por medio, cualquiera hace méritos.

Ha sido una noche difícil. Ha tenido que tomar la decisión de su vida. La ha tomado. ¿Y ahora qué?, se pregunta.

Han pasado solo tres semanas desde que las fuerzas soviéticas abatieron el vuelo de pasajeros 007 de Korean Air cuando sobrevolaba el espacio aéreo de la URSS. Los rusos siempre han dicho que no sabían que era un avión civil. En medio de la Guerra Fría, cualquier error se paga. El incidente dispara la alarma por guerra nuclear. Todo es posible.

Stanislav no quita ojo del sistema satélite. Es medianoche. Para ser exactos, las 00:14 horas. No se lo puede creer. Tiene ante sus ojos lo que lleva años esperando ver. Los americanos acaban de lanzar un misil desde Montana. En 20 minutos caerá sobre la URSS. Detrás, han lanzado otros cuatro. Él está al mando del búnker Serpújov-15, centro de mando de la inteligencia soviética. Tiene orden de alertar a sus superiores ante cualquier incidente. Pero no lo hace. No se cree lo que ven sus ojos. Nadie ataca a Rusia con cinco misiles. Nadie empieza una guerra nuclear así.

Esperó. Sabía que el sistema podía fallar. Estaba solo. Esto podía costarle la vida. La suya y la de su familia. Pero no había



Stanislav Petrov. Fuente: RT news (<https://www.rt.com/>).

nadado tanto para ahogarse en la orilla. Llevaba años vigilando el satélite. Y justo a él no iba a tocarle empezar una guerra.

Nunca había tenido suerte para las grandes ocasiones. Lo sabía. Se lo dijo Katya, la chica morena que le quitó el sueño durante toda su juventud. Le encantaba su sonrisa pícaro, pero él no se atrevía a acercarse. Se le encogía todo cuando la veía y ella no paraba de repetirle: «Hay, pero no te toca».

Todavía, cuando cierra los ojos, piensa en ella. Nunca la tuvo cerca. Él no es de esos hombres que saben lo que quieren. Lo piensa todo muchísimo. La miraba de lejos como si temiera que se diera por enterada. «Hay, pero no te toca».

Esa noche del equinoccio de otoño, Stanislav Petrov no dio la voz de alarma. Se quedó petrificado ante lo que veían sus ojos, pero su sentido común le dijo que nadie empieza la guerra de las galaxias con cinco misiles. Si quieres acabar con la URSS, tiras a matar. En cuestión de segundos comprobó que su instinto no había fallado. Una conjunción astronómica entre la Tierra, el Sol y el sistema satélite OKO, que él vigilaba, había creado un efecto óptico similar al de un ataque nuclear que nunca había tenido lugar.

Elmira sigue en la ventana. Tiene que volver a la cama, pero se pregunta por qué su vecino, Stanislav, no entra en casa. Está sentado y no se mueve. ¿Y si está muerto? Puede que lo esté, pero la gente rara no se muere tranquilamente en el porche de su casa. Los raros no son tan raros a la hora de morir.

De pequeña, a Elmira le gustaba ir con su abuela a los entierros. Recuerda aquella época como un tiempo de muchos muertos. De niña se asomaba a los féretros para ver qué cara ponía la gente antes del viaje.

Sin quererlo, Elmira deseó que su vecino estuviera muerto. Así se ahorra tener que escuchar el portazo que pegaba cada mañana. Pero el hombre estaba vivo y la estaba mirando. Se sintió incómoda y cerró la persiana de golpe. Vaya, sabrá que lo espío.

Stanislav la miró como si la viera por primera vez. ¿Qué hacía su vecina a esa hora figoneando por la ventana? La gente se aburre. No hay nada peor que una mujer aburrida.

Estaba agotado. El mundo seguía siendo mundo porque él acababa de tomar la decisión correcta. No podía creerlo. Él, que se había casado con la mujer equivocada; que había comprado la casa que nunca quiso, que jamás reparaba en la ropa que se ponía, que no vivía la vida que quería ni tenía el trabajo que esperaba. Él, un simple mortal, había salvado al mundo de la catástrofe.

¿Por qué? Por sentido común. Su madre nunca le lanzaba una zapatilla, sino dos. ¿Por qué iban los americanos a atacar a la Unión Soviética solo con cinco misiles? Nadie empieza una guerra con cinco misiles. ¿Y si hubiera fallado?

Stanislav Petrov sabía que sus jefes no le perdonarían lo que había hecho. Los soldados están para cumplir órdenes. Y las suyas eran muy claras. Ante cualquier incidente había que dar la voz de alarma.

Nadie a su alrededor creyó que, llegado el momento, a Petrov se le había aparecido la Virgen. Nadie a su alrededor creyó en su versión. Podía imaginar lo que pensaban todos: que se quedó bloqueado, que perdió la voz; que no pudo avisar. Y luego, pues bueno, tuvo suerte. Él, que nunca había tenido suerte para nada, esa noche tuvo suerte.

Elmira se mete en la cama. ¿Qué pasa?, le pregunta Sergey. Nada, el comemierda del vecino, que me ha despertado.



Stanislav Petrov recibe el Premio Internacional de la Paz Dresde. Fuente: entidad organizadora, Internationaler Friedenspreis Dresden-Preis (<http://dresdner-friedenspreis.de/preistraeger/>).

Stanislav Petrov sigue sentado en el porche. Sabe que lo van a desaparecer del mapa. Conoce a sus jefes. Son unos mediocres. Están donde están por una conjunción errónea de la Tierra, el Sol y algún satélite. Lo van a fulminar por incumplir una orden. Da igual que haya evitado una guerra. Los mediocres disfrutan con las batallas innecesarias. En cuanto meten la pata en un charco y el barro les llega a la rodilla necesitan un culpable. En su infinita ignorancia creen que los demás son tan estúpidos como ellos; que los demás se creen su relato. Al mediocre le puedes adelantar por la derecha o por la izquierda. Puedes ponerte delante de él, pero nunca le quitarás su lugar porque el mediocre se aferra a su sitio y está dispuesto a matar por él. Llegado el momento, mataría. No les tiembla la mano. Lo llevan en la sangre. La mediocridad es una inmensa comunidad en la que, si no encajas, estás muerto.

Petrov está convencido de que ha hecho lo correcto. Nadie empieza una guerra con cinco misiles, pero eso no convence a los mediocres. Ellos no entienden de esas cosas. Están donde están por obra y gracia del espíritu divino, que en su infinita grandeza es otro mediocre.

Ahora, ¿cómo le explico a mi mujer que hemos caído en desgracia? Con lo fácil que es pasar desapercibido y llevar una vida normal, ¿por qué lo complico todo? De nada han servido tantos años repitiéndome: «Participa, pero no destaques». Ella tiene razón, soy un trozo de mierda que no huele.

Elmira sigue sin pegar ojo. Vuelve a la ventana. Su vecino está entrando por fin en casa. Se le nota derrotado. Ese hombre ha perdido una guerra, pensó.

El efecto Roseto o los beneficios de la convivencia en armonía

Aurora Gil Bohórquez

Roseto de Valfortore es un pequeño pueblo italiano de la provincia de Foggia, en la región de Apulia, de casas de piedra y tejados a dos aguas. Sus calles estrechas, en cuesta, a veces se desdoblán en empinadas escaleras de acceso a las viviendas, las puertas de entrada en lo alto, lejos del suelo. Tres fuentes llevaban el agua fresca a sus habitantes y cinco iglesias (la de San Filippo Neri, la de San Nicola de Bari, la de Santa María Lauretana, la capilla de la Croce, y la Madre de Santa María Assunta, donde está esculpida la rosa canina o la rosa silvestre que da nombre al pueblo) ofrecían y siguen ofreciendo el consuelo espiritual. Un pequeño museo etnográfico conserva el único horno de paja de la zona. Roseto está rodeado de bosques y manantiales, en la falda del Cornacchia, el pico más alto de las Daunias, a 658 m. sobre el nivel del mar. El valle del río Fortore se contempla cercano, inmenso y bello desde las alturas del pueblo. Las rosas silvestres crecen por to-

das partes, y a los rosetianos les gusta adornar sus ventanas y jardines con ellas. Actualmente ronda los mil habitantes y está considerado como uno de los pueblos más bonitos y pintorescos de Italia, uno de los «11 magníficos» de la Apulia.



Imagen de Roseto Valfortore (Foggia, Italia) Fuente: Google street.

La población de Roseto, unos seis mil habitantes en 1861, empezó a disminuir considerablemente hacia finales del siglo XIX, cuando el trabajo de las canteras cercanas tuvo menos demanda y una enorme crisis agrícola dejó en la penuria tanto a los campesinos de la zona como a millones de italianos. Los impuestos que exigía la tortuosa unificación italiana y el que no se llevara a cabo la reforma agraria prometida por Garibaldi y Cavour, provocaron la gran desbandada por el mundo de los italianos y de los rosetianos.

¡Emigraron más de cuatro millones de italianos!

En 1894, mil doscientos residentes de Roseto de Valfortore solicitaron sus pasaportes a los Estados Unidos para trabajar en las canteras de pizarra del Valle de Lehihg, en Pennsylvania. Fueron estos primeros rosetianos los que llamaron después a otros familiares y convecinos de su pueblo para que se fuesen a América, la tierra que les iba a dar la oportunidad de prosperar.

Entre 1900 y 1914 se trasladaron a EE.UU. dos millones de italianos... La falta de trabajo, las enfermedades (sufrieron epidemias de cólera y malaria), los bajos niveles educativos, el hambre, la pobreza, la explotación, el buen hacer de las navieras, que supieron inculcar el deseo colectivo de habitar en una tierra llena de oportunidades y riquezas, consiguieron que la mitad de los desesperados habitantes de Roseto se marchara a hacer «la Merica».

No fue fácil: el viaje era largo y caro; iban hacinados en los barcos, enfermaban durante la larga y penosa travesía, muchos niños morían al no resistir las condiciones tan tremendas del trayecto... Y al llegar a Estados Unidos, tenían que enfrentarse a una dura cuarentena, a los complicados trámites burocráticos, a una nueva lengua, al desprecio xenófobo de muchos americanos, incluso en algunos estados fueron perseguidos, cuando ya estaban asentados en tierra americanas, por el Ku Klux Klan, y por seguir la religión católica. Hacían tra-

bajos no cualificados, manuales, pavimentando calles, excavando túneles, colocando tuberías, vendiendo frutas, cosiendo en fábricas de ropa. Zapateros, albañiles, mineros, barberos, cocineros... Aunque los italianos eran entonces los trabajadores peores pagados de Estados Unidos, poco a poco se iban haciendo con un dinerillo que les permitía vivir y ahorrar. Se unían en barrios y en guetos cerrados, las «Little Italy», manteniendo sus costumbres familiares y sociales.

En 1912, unos cuantos rosetianos lograron unirse y comprar unas tierras para vivir juntos; vivir como vivían en su pueblo, allá en Italia. Fundaron un asentamiento en el condado de Northampton, en Pennsylvania, al que pusieron el mismo nombre de sus orígenes, Roseto. Un auténtico *borghe* italiano en tierras americanas. Hicieron una iglesia de madera y construyeron sus casas familiares con sus tejados a dos aguas, con sus pequeños huertos, sus corralitos, sus viñas y sus rosas.

Y pasaron del valle del río Fortore, al valle del río Lehigh. De los Apeninos a los Apalaches. De Foggia a Pennsylvania. Siete mil ciento cincuenta y cinco kilómetros entre los dos Roseto, en el mismo paralelo.

Poco a poco trazaron sus calles y plazas, nombraron una especie de alcalde, iniciaron los trámites para tener entidad civil, crearon una escuela... Poco a poco fueron creando sus propios negocios, sus comercios, su consultorio médico. Celebraban la fiesta a la Virgen del Carmen, y la sacaban en

procesión. Trabajaban en las canteras de pizarra cercanas. Se amparaban entre sí. Se visitaban. Hacían sus vinos por los que rivalizaban, celebraban sus navidades, bautizos, bodas, entierros al modo italiano, hablaban su lengua y su dialecto, comían sus platos populares, seguían sus tradiciones y costumbres... Jugaban a las cartas napolitanas. Vivían felices y tranquilos.

Lograron crear un micro-mundo autosuficiente, familiar, cerrado, una «little Italy», donde el 95% de sus habitantes procedían directamente del Roseto italiano. Una especie de arcadia feliz, ajena a los modos americanos de vida, al individualismo y a la soledad. Mantenían sus principios morales del cristianismo, respetaban a sus ancianos, convivían bajo el mismo techo varias generaciones, grandes familias (abuelos, tíos, primos, hijos nietos...) que se ayudaban unos a otros sin discriminación de ningún tipo. Compartían alegrías y problemas.

En 1961, Roseto de Pennsylvania se hizo protagonista de una interesante investigación médica. El médico que atendía a los habitantes de la zona observó que muy pocos de los rosetianos americanos padecían enfermedades cardíacas y coronarias, y que no había muertes súbitas por infartos de miocardio, ni siquiera en varones con edades de riesgo, de los 55 a los 64 años. Empezó a comparar sus observaciones con datos de los pueblos vecinos, Bangor y Nazareth, y con las cifras y estadísticas nacionales. La tasa total de mortalidad era un 35% menor que la del resto de América.



Imagen de Roseto (Pensilvania, EE. UU.) Fuente: Google street.

Pensó que esta ausencia significativa de problemas coronarios se debería a la dieta mediterránea, al aceite de oliva, a una vida saludable... Pero no. Los rosetianos ya comían hamburguesas y salchichas, crema de cacahuets y patatas fritas, como cualquier americano. Muchos eran obesos. Fumaban como carreteros, cigarrillos sin filtros; bebían con frecuencia y en cantidades generosas el vino que ellos mismos producían; y raras veces practicaban ejercicios físicos y deportes. Eran sedentarios de libro. Además, muchos varones tenían graves problemas respiratorios propios de los mineros, tras trabajar años en las minas de pizarra. Compartían los factores de riesgo de las localidades vecinas, pero los habitantes de Roseto no enfermaban del corazón, morían más viejos. Tampoco requerían con la misma frecuencia que sus vecinos de los otros

pueblos los servicios de urgencias; y los delitos y alteraciones de la convivencia apenas existían. No había suicidios, ni alcoholismo, ni drogadicción.

¿Razones genéticas, quizás?

Comprobaron que los rosetianos que habitaban en otros lugares de Estados Unidos enfermaban como la media americana. Solo los habitantes de Roseto permanecían inmunes a los problemas coronarios y a los de convivencia.

El doctor Stewart Wolf, entonces catedrático jefe del departamento de Medicina Interna de la Universidad de Oklahoma, y el doctor John Bruhn, sociólogo, después de estudiar todos los indicadores y factores de este fenómeno, y de descartar también condiciones climáticas y medioambientales, determinaron que las bajas incidencias de enfermedades coronarias y muertes súbitas de Roseto se debían a los valores sociales orientados hacia la familia, hacia la convivencia solidaria; la armonía y el respeto entre padres e hijos, el apoyo entre los vecinos, las amables relaciones de sus habitantes les hacía inmune a los ataques cardiacos. En definitiva, la ausencia de estrés en la convivencia diaria.

Los rosetianos y sus formas generosas de convivencia demostraron que la naturaleza social del ser humano es esencial para sobrevivir mejor, más tiempo, con más alegría.

Por esta razón, a las consecuencias beneficiosas para la salud que conllevan la concordia familiar, el generoso trato entre convecinos, la alegría de compartir... se denominó el Efecto Roseto.

Y se hicieron famosos por lograrlo.

En los años setenta, Carla Bianco, folklorista americana, se asombraba de la conservación insólita de las tradiciones italianas que pervivían todavía en ese enclave italo-americano de Pennsylvania. En su libro *The Two Rosetos* (1974) recoge poesías, oraciones, refranes, cuentos, tradiciones religiosas, supersticiones, cantos y juegos en la lengua italiana, en el dialecto regional, conservados como un tesoro único, pasado de padres a hijos de forma oral.

¿Qué pasó después?

Los rosetianos no supieron o no pudieron continuar con la vida sosegada y compartida.

Treinta años más tarde, las tasas de infartos y de enfermedades coronarias de Roseto se habían igualado con las del resto de EE.UU. La forma tradicional de vida se fue diluyendo hacia el modelo americano, generalizándose el individualismo egoísta de los países desarrollados, la independencia, la soledad, el estrés.

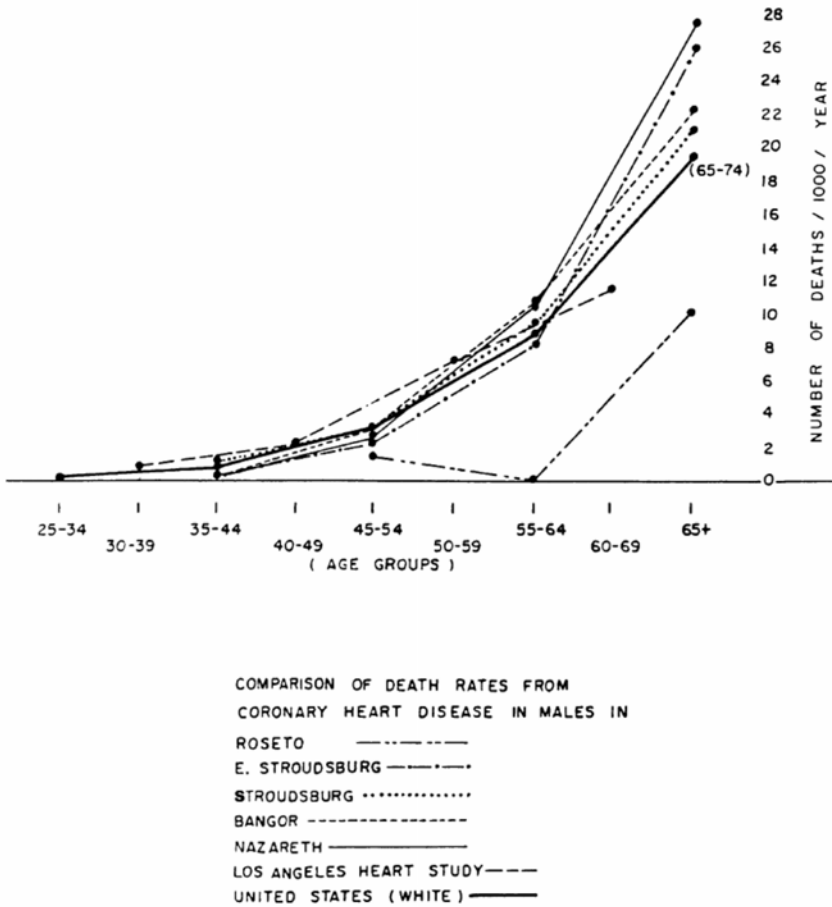


FIG. 1. Comparative mortality from myocardial infarction in men Roseto, 4 nearby communities, the Los Angeles heart study and white males in the U.S. at large.

Gráfico extraído de Wolf, S & Herrenkohl, R & Lasker, Judith & Egolf, Brenda & Philips, Billy & Bruhn, J. (1989). «Roseto, Pennsylvania 25 years later—highlights of a medical and sociological survey». *Transactions of the American Clinical and Climatological Association*. 100. 57-67.

Y, como se sabe, el estrés acrecienta peligrosamente la elaboración de cortisol, una hormona producida por las glándulas suprarrenales que actúa como un neurotransmisor en nuestro cerebro y ayuda a nuestro organismo a mantenerse activo y no decaer. Pero cuando el nivel de cortisol es demasiado alto, lo que ocurre con las situaciones de tensiones, prisas, desasosiego, miedos, inseguridades, sube la presión arterial y aparecen los problemas cardiacos incontrolables.

Las familias dejaron de ser numerosas; los matrimonios no duraban toda la vida; los ancianos terminaban sus años en residencias especializadas. Las jornadas de trabajo duraban de la mañana a la noche. No quedaba tiempo para la convivencia entre vecinos, para conversaciones, arreglar el huerto, las comidas familiares, los cuentos por la noche, las partidas de cartas, o las celebraciones colectivas de bautizos o entierros.

La vida acelerada, las nuevas tecnologías, el individualismo feroz, van imponiendo unas condiciones de vida que nos alejan de las normas esenciales y placenteras del vivir en comunidad. Nos alejamos cada vez más de la tradición, del respeto, de la solidaridad, de contar con quienes nos rodean.

Roseto de Pensilvania es hoy un pequeño borough americano, de unos mil ochocientos habitantes. Alrededor de quinientas familias siguen viviendo en las casas bajas, con patio y jardines donde antes se cultivaban las rosas, las hortalizas y las viñas.

Ahora hay cercas y vallas que las aíslan unas de otras, y pequeñas piscinas rodeadas de césped. Ya no conviven en ellas tres generaciones, ni fabrican vino casero, ni tienen gallinas, cerdos y cabras para completar sus dietas. Tres iglesias (dos católicas, y otra presbiteriana) se reparten los fieles que van quedando, porque tampoco ahora acuden todos a los actos litúrgicos. El antiguo convento de monjas carmelitas, Nuestra Señora del Monte Carmelo, sigue acogiendo la escuela infantil y primaria. La escuela de secundaria Pío X sigue regida por algunas, pocas, monjas salesianas. Aunque no haya escuelas públicas, se invierte más en educación que la media nacional, y el promedio de alumnos por profesor es de catorce.

En comparación con el resto del país, el coste de vida de Roseto es un 8,7% más bajo. La media de edad de su población ronda hoy los 40 años. Un 58.9% de sus habitantes están casados y un 6.7% de la población está divorciada. Hay familias monoparentales, y la media de hijos por familia no llega a dos. Una alcaldía, un parque infantil, un campo de beisbol y otro de baloncesto. Una estación de bomberos, una ambulancia, un servicio de policía... El mercado italiano de Ruggiero, en Dante Street, sigue abriendo cada mañana. Y la larga vía Garibaldi sigue siendo el centro de la vida. Aún quedan la barbería, un restaurante, una panadería de entonces... Las fiestas de la Virgen del Carmen congregan cada año a la población de la comarca.

Se podría seguir viviendo bien. A 120 km. de Nueva York, rodeados de bosques.

Pero las nuevas tendencias individualistas, la incomunicación, las nuevas formas de vida, no solo van en contra de la salud de los rosetianos actuales, también de la felicidad de vivir bajo el efecto de las rosas.

El increíble caso de los cuentos menguantes

Basilio Pujante

Miguel de Cervantes necesitó más de mil páginas para modificar la historia de la literatura. En las dos partes de su inmortal libro asistimos a las aventuras y, sobre todo, desventuras del hidalgo Alonso Quijano que recorre España con el nombre de Don Quijote de La Mancha y que, finalmente, vuelve a su lugar para morir como Alonso Quijano, el Bueno. Desde entonces, han sido muchos los novelistas que al igual que el inmortal soldado de la batalla de Lepanto han necesitado de un gran número de páginas para poder contarnos esas historias que tenían dentro. Casos como el *Ulises* de James Joyce, *Guerra y Paz* de Tolstoi o el más reciente *La broma infinita* de David Foster Wallace son verdaderos ochomiles literarios en los que muchos lectores no logran hacer cumbre. Mención aparte merecen las sagas narrativas que alargan las vicisitudes de sus personajes a lo largo de varios volúmenes, creando verdaderas cordilleras formadas por varios libros de cientos de

páginas cada uno, como hiciera J. K. Rowling con el afamado aprendiz de mago llamado Harry Potter.

Sin embargo, existen narradores que optan por la concisión y ofrecen a sus lectores historias que se pueden leer de una sentada o contar mientras que un niño se duerme. Me refiero al inmortal género del cuento, uno de los tipos de relatos más longevos y viajeros de la Humanidad. Se conservan hoy relatos escritos hace miles de años y se ha constatado que algunos de los textos de las colecciones españolas medievales vivieron un periplo que los llevó desde la India hasta la Península Ibérica pasando por Persia o Egipto. Por supuesto, cada cultura fue adaptando a su realidad el cuento, lo que en las riberas del Ganges era un brahmán en *El conde Lucanor* se convierte en un sacerdote, pero la enseñanza es la misma.

Los grandes narradores del siglo XIX, autores como Guy de Maupassant, Clarín, Edgar Allan Poe o Chejov, vieron el potencial de este milenario género y lo transformaron creando lo que hoy se conoce como «cuento literario», el hermano menor y moderno del cuento popular. Forjaron un tipo de relatos caracterizados por su concreción, por otorgar el protagonismo a unos pocos personajes y por sorprender al lector con giros inesperados en sus pocas páginas. Durante el siglo XX este género fue perfeccionándose y los lectores de cualquier lengua pudieron leer relatos breves de todo tipo y condición, desde los fantásticos hasta los humorísticos.

El cuento literario en español vivió una verdadera edad dorada a mitad del siglo XX, gracias a autores como Julio Cortázar, José Arreola, Jorge Luis Borges, Ana María Matute o Augusto Monterroso. Narradores españoles, argentinos, mexicanos o guatemaltecos que ofrecieron algunas de los ejemplos más destacados de la cuentística en español que hasta hoy hemos podido leer. En sus libros, además, empezaron a surgir una serie de relatos de una extensión inferior a la habitual y que hacían de la concisión extrema su bandera, llevando hasta su límite inferior a la narrativa. Años después, este tipo de cuentos brevísimos se empezaron a conocer con un término que acuñó el escritor mexicano José Emilio Pacheco en 1977: microrrelato.

Siguiendo a los grandes maestros de la mitad del siglo, una pléyade de escritores ha cultivado desde entonces este tipo de narraciones que ocupan normalmente menos de dos páginas impresas y en cuyo desarrollo ha sido importantísimo Internet, un medio ideal para una lectura casi instantánea como la que propone este género. Son historias caracterizadas por la elipsis, con un argumento que apenas está apuntado y en las que el lector tiene que poner mucho de su parte para captar las referencias a otras obras literarias o para completar las omisiones del autor. Dentro del género del microrrelato existe un tipo, denominado «hiperbrevé» por algunos teóricos como David Lagmanovich, que busca ir más allá y que pretende contar una historia con las mínimas palabras posibles.

Este tipo de «cuento menguante» tiene un emblema conocido por casi todo el mundo: «El dinosaurio» de Augusto Monterroso.

Plagiado, citado, parodiado, homenajeados y vituperados hasta la extenuación durante las últimas décadas, el texto de Monterroso decía así: «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí». Siete palabras. Nueve, si contamos las del título. ¿Un relato o una broma? Creo que «El dinosaurio» ha sido mal leído y poco entendido en los últimos años, por lo que es necesario ponerlo en contexto. El que hoy en día es considerado como el microrrelato por excelencia apareció en fecha tan temprana como 1959, en el primer libro publicado por Augusto Monterroso y cuyo título ya dejaba claro el tono irreverente de los textos del guatemalteco: *Obras completas (y otros cuentos)*. Tras aquel memorable nombre, el lector se encontraba con una serie de cuentos de formato normal, con varios textos algo más breves (que hoy se pueden definir como microrrelatos) como «Vaca» o «Eclipse» y, de repente, con «El dinosaurio». No sé cómo se tomarían los lectores mexicanos (en este país residía Monterroso) de aquella época aquella *boutade* o genialidad, según a quién se le pregunte, pero sospecho que pocos imaginaban el éxito que tendrían aquellas nueve palabras.

Al igual que Cervantes marcó el camino que seguirían durante siglos los novelistas hispánicos, Monterroso se convirtió en un referente para los autores que decidían probar

suerte en la minificción. Su magisterio se observa en los ya citados minicuentos o en otros posteriores como «La oveja negra», una nueva e hilarante sátira como muchos de sus primeros textos. Pero ninguno de sus relatos tendría tanto impacto como «El dinosaurio». Tito, como era conocido este autor, había mostrado que con unas pocas palabras se podía construir una historia inmortal, un texto que ha recibido en sus seis décadas de vida innumerables lecturas e interpretaciones. Su mínima extensión fue estudiada en profundidad en un extenso volumen titulado *El dinosaurio anotado* (2002), coordinado por el especialista en minificción Lauro Zavala y que se extendía a lo largo de más de ciento treinta páginas.



Fotografía: ¡Rayos! ¡El cuento más pequeño del mundo!!!! Localización: Plaza de Armas, Talca, Maule (Chile). Autor: Tomás J. Sepúlveda (Flickr), Licencia CC-BY.

Los autores de microrrelatos se han lanzado en las últimas décadas en una especie de competición por crear el texto narrativo más breve posible. Muchos de los escritores que se quedaron prendados por el magnetismo de «El dinosaurio» comenzaron a tratar de emular a Tito y a jibarizar sus historias hasta dejarlas en la mínima expresión. Los contendientes en esta especie de concurso debían respetar una regla no escrita: por mucho que redujeran al mínimo sus textos tenían que seguir contando una historia. Existe en este tipo de relatos hiperbreves una tensión entre la concisión y la narratividad: se puede echar mano de la elipsis hasta sus máximas consecuencias, siempre que se le ofrezca al lector un asidero mínimo sobre el cual (re)crear la historia. Veamos algunos ejemplos de estos «cuentos menguantes».

Nos centraremos en los escritos en castellano para apreciar más la brevedad y los juegos de palabras que muchos ponen en juego. Sin embargo, debemos recordar que se trata de un ejercicio literario cultivado en todo el mundo, como demostró Ernest Hemingway con aquel perturbador texto que decía: «Se venden zapatos de bebé. Nunca usados». Seguiremos en este viaje a la semilla de la esencia narrativa el recorrido que hace David Lagmanovich, especialista argentino en minificción, en su artículo «La extrema brevedad: microrrelatos de una y dos líneas».

Comienza este crítico por un texto, precisamente, de Augusto Monterroso titulado «El rayo que cayó dos veces en

el mismo sitio»: «Hubo una vez un Rayo que cayó dos veces en el mismo sitio; pero encontró que ya la primera había hecho suficiente daño, que ya no era necesario, y se deprimió mucho». Se trata de una especie de fábula mínima *sui generis*, como muchas de las que componen su libro *La oveja negra y demás fábulas* (1969). El mexicano José de la Colina opta por un texto casi poético en «Ardiente»: «¿Quieres soplarme en este ojo? -me dijo ella-. Algo se me metió en él que me molesta. Le soplé en el ojo y vi su pupila encenderse como una brasa que acechara entre cenizas». Por su parte, Jairo Anibal Niño, escritor colombiano, opta por un microrrelato sobre el carácter inconsistente de nuestra existencia en «Cuento de arena»: «Un día la ciudad desapareció. De cara al desierto y con los pies hundidos en la arena, todos comprendieron que durante treinta largos años habían estado viviendo en un espejismo».

Seguimos acompañando a Lagmanovich en este descenso hacia la esencia de lo narrativo que se parece al juego de la jenga, sólo que aquí no quitamos bloques sino palabras y lo que debe permanecer de pie es la narratividad de los textos, aunque poco a poco comienza a tambalearse. Recoge su artículo algunos de los relatos más breves de los clásicos argentinos del género como Jorge Luis Borges, «El adivino»: «En Sumatra, alguien quiere doctorarse de adivino. El brujo examinador le pregunta si será reprobado o si pasará. El candidato responde que será reprobado...»; Julio Cortázar, «Amor 77»:

«Y después de hacer todo lo que hacen se levantan, se bañan, se entalcan, se perfuman, se visten, y así progresivamente van volviendo a ser lo que no son»; o Ana María Shua, «Despiértese, que es tarde, me grita desde la puerta un hombre extraño. Despiértese usted, que buena falta le hace, le contesto yo. Pero el muy obstinado me sigue soñando».

Si, como ya hemos dicho, «El dinosaurio» se ha convertido en un modelo para estos autores de historias minúsculas, en algunos casos se configura, además, como un referente. Existe en la minificción una variante que tiene como finalidad el homenaje o la parodia del microrrelato más famoso de los escritos en español. Así, encontramos variantes del inmortal texto de Monterroso como «El dinosaurio» de Pablo Urbanyi: «Cuando despertó, suspiró aliviado: el dinosaurio ya no estaba allí»; «El corrector» de Jaime Muñoz Vargas: «Cuando enmendó, la herrata todavía estaba allí»; o «Cien», donde el español José María Merino lo mezcla con otra obra muy conocida: «Al despertar, Augusto Monterroso se había convertido en un dinosaurio. 'Te noto mala cara', le dijo Gregorio Samsa, que también estaba en la cocina».

Aunque estos relatos hiperbreves puedan parecer terreno más proclive a la broma o al juego de palabras, algunos autores los utilizan para contar historias fantásticas. Son narraciones que provocan la inquietud o el escalofrío en el lector mediante referencias veladas a fantasmas, asesinatos sor-

prendentes o apariciones instantáneas de muertos vivos. De esta clase son, por ejemplo, «Pequeños cuerpos» de Triunfo Arciniegas: «Los niños entraron a la casa y destrozaron las jaulas. La mujer encontró los cuerpos muertos y enloqueció. Los pájaros no regresaron»; «El sueño» del leonés Luis Mateo Díez: «Soñé que un niño me comía. Desperté sobresaltado. Mi madre me estaba lamiendo. El rabo todavía me tembló durante un rato»; «Cuento de horror» de Juan José Arreola: «La mujer que amé se ha convertido en fantasma. Yo soy el lugar de las apariciones»; o «Fantasma tradicional» de Eugenio Mandrini: «En mitad de la noche, la sábana se despertó y salió a trabajar».

La antología de Lagmanovich, que incluye más de un centenar de relatos hiperbreves en su artículo, termina con dos textos de sólo ocho palabras (incluidas las del título). Se trata de «Fiesta completa», también del argentino Eugenio Mandrini: «Y llovieron panes sobre el circo»; y de «¡Sorpresa!» del español José Costa Santiago: «La primera mañana después de mi muerte». Como podemos comprobar se trata de textos que difícilmente se pueden considerar narraciones, porque más que historias que se desarrollan en el tiempo reflejan situaciones muy concretas cuyo significado el lector debe completar. En ambos casos, el título es fundamental para que el receptor entienda correctamente el sutil juego de referencias que le propone el autor.

Podríamos pensar que aquí acaba nuestro viaje a la semilla, pero nada más lejos de la realidad. La búsqueda del microrrelato más breve escrito en español se ha convertido en una verdadera competición en la que los autores necesitan de la colaboración del lector. Son muchos los autores que lo han intentado, pero nos quedaremos con dos que llegaron a una concreción difícilmente superable. El primero de estos *recordmans* de la brevedad sería el español Juan Pedro Aparicio, que publicó en 2004 un libro titulado *La mitad del diablo* que es infundibuliforme, es decir, que como un embudo, comienza por minicuentos de varias páginas y va disminuyendo su extensión. El último de los textos se titula «Luis XIV» y se compone de una sola palabra: «Yo». Pero es que el mexicano Guillermo Samperio, autor recientemente fallecido, fue más allá y publicó un ¿relato? cuyo título era «Fantasma» y que no tenía ningún texto que lo acompañara.

Dos juegos literarios con los que terminamos y con los que te emplazamos a ti, lector, a intentar condensar al máximo una historia. ¿Eres capaz?

El ordenador de agua

Miguel Manzano García

Año 3425. El silicio de la tierra ha dejado de ser utilizable. Los ordenadores corren peligro de desaparecer en el presente de esta sociedad que no conocemos. Es posible que el silicio ya no se use y que ahora los ordenadores sean bacterias a nuestro servicio, pero eso es otra historia. ¿Es posible que se use el agua para hacer ordenadores en el futuro? Para responder a esta pregunta no hay que ir al futuro. La respuesta está en nuestro pasado.

En 1936 y hasta 1980 en lo que ahora es Rusia se extendió el uso de ordenadores que funcionaban con agua. Máquinas que ayudaron a estudiar la evolución del permafrost o a mejorar los cohetes. Estos ordenadores evolucionaron durante más de cuarenta años para acabar sustituidos por tecnología digital. Pero, ¿cómo funcionaban? ¿Quién o quiénes los crearon?

Bienvenidos y bienvenidas a 1936. Vladimir Sergeevich Lukyanov (1902-1980) desarrolló lo que sería el primer ordenador hecho con agua. No tenía pantalla, ni teclado, ni ratón pero aun así le permitió resolver el problema que tenía en su trabajo.

Vladimir, Ingeniero por el Instituto de Ingenieros de Ferrocarriles de Moscú (MIIT), quería mejorar el hormigón usado en las vías ferroviarias que unían Troitsk-Orsk con Kartaly-Magnitnaya. El problema era que aparecían grietas en el hormigón. Sabía que esas grietas tenían que ver con la evolución de la temperatura en el fraguado (el secado) del hormigón. La ecuación que debía resolver no era una ecuación del tipo: tengo 3 manzanas y quiero tener 5. ¿Cuántas manzanas necesito? (Spoiler: 2). La ecuación que tenía ante sí era una ecuación diferencial.

—¿Perdona? Para el carro un segundo. ¿Una ecuación qué?

Vale, voy, voy... supongamos que tenemos un objeto en movimiento y queremos calcular la posición de ese objeto pero sólo sabemos su velocidad. Vale, sí, velocidad es distancia entre tiempo así que la distancia no es más que la velocidad por el tiempo. En realidad este resultado viene de una ecuación diferencial. Se dice que en una infinitamente pequeña parte de tiempo (un cachito de tiempo epsilon $[(t+\text{epsilon}) - t]$) la partícula se mueve una infinitamente pequeña distancia (un cachito de distancia $[d(t+\text{epsilon}) - d(t)]$) y la división de estas dos

cantidades es lo que nos da la velocidad. Se habla de la derivada de la distancia respecto al tiempo ya que la distancia es una función del tiempo. Hemos hablado de diferencias infinitamente pequeñas. Si queremos calcular la distancia sabiendo la velocidad tendremos que usar una integral. Simplificando mucho, una integral es la inversa de una derivada. En realidad se trata de una suma infinita. En nuestro caso sumamos la velocidad, constante, por una infinidad de diferencias de tiempo. Esto es lo que hace que la posición sea velocidad por tiempo. [(integral dd) = v * integral (dt) => d = v * t]. Digamos que esta es la primera ecuación diferencial que se suele ver en la carrera de Física. A partir de aquí todo sube de complejidad. Algunas ecuaciones no son resolubles salvo usando cálculos (haciendo esas sumas infinitas). La ecuación que necesitaba resolver Vladimir era una de ellas.

Intentó resolver la ecuación a mano sin ningún éxito y entonces, basado en el trabajo de tres científicos más, creó el primer integrador hecho con agua.

A pesar de lo bien que suena esta frase, lo cierto es que la ciencia no se construye de esta manera. Esos tres científicos a su vez se basaron en otros trabajos científicos y así podríamos tirar hasta el principio de los tiempos. Un resultado científico no suele ser algo casual hecho por una sola persona. La ciencia es una disciplina de equipo.

Los trabajos en los que se basó son:

- Una computadora analógica mecánica que permitía resolver ecuaciones diferenciales (como lo que luego haría Vladimir con agua).
- Un trabajo que aseguraba que si un proceso se describe con la misma ecuación que otro se pueden descubrir nuevas propiedades de forma más sencilla usando el experimento más simple (principio de analogía de modelado).
- Una investigación que exponía cómo modelar procesos térmicos que era justo lo que necesitaba Vladimir.

Concluyó que las leyes del flujo de agua y la distribución del calor eran muy similares. Por tanto, basado en uno de los trabajos, el de la analogía de modelado, el agua podía servir para modelar el proceso térmico que estaba estudiando.

—Vale, pero... ¿cómo funcionaba esto?

Lo que hizo fue montar un circuito con tuberías, válvulas y recipientes. Cambiando las condiciones iniciales podía medir cómo evolucionaban las variables que le interesaban en el tiempo y, de esta forma, resolver la ecuación. En el caso de la velocidad las variables son: la distancia y el tiempo.

—¿Y cómo medía su valor?



«Vladimir Sergeevich Lukyanov». Fuente: autor desconocido, fotografía usada por Wikipedia Rusia (www.ru.wikipedia.org) bajo el criterio fair use.

Permíteme una analogía que se usa mucho cuando aprendes informática y, más específicamente, programación. Se habla de las variables como contenedores. Por hacer una analogía sencilla, sería como si tuvieras un vaso de los que se usan en cocina con multitud de medidas posibles: arroz en

gramos, agua en mililitros... bueno, creo que sabes de qué tipo de vaso te hablo. Y aquí tiene todo el sentido hablar de variables como contenedores ya que el resultado final se almacenaba en varios tubos, uno para cada variable que le interesaba.

Cada uno de ellos disponía de un sensor que permitía registrar, de forma externa, la cantidad de agua que había llegado para, a continuación, pintarla sobre papel milimetrado. Una vez acabada la medición, los papeles eran girados ligeramente, las condiciones iniciales se cambiaban y, entonces, se volvía a medir. La evolución de estas mediciones dibujaba unas gráficas que eran las que permitían a Vladimir llegar a la solución del problema.

De esta forma se mejoró la resistencia del hormigón usado en las vías de tren aumentado su durabilidad y evitando al máximo la aparición de nuevas fisuras en el material. Hoy en día se sabe con bastante certeza la calidad del hormigón ya que hay laboratorios que se dedican a hacer pruebas a los materiales involucrados y al producto final, buscando detectar cualquier fallo antes de lanzar toneladas y toneladas a una estructura.

La ciencia de materiales, una importante rama de la Física, busca entender cómo funcionan estos a nivel interno. Es la que nos permite tener el teflón que tantas tortillas ha salvado, un cohete que aguante las temperaturas del despegue... La

misma que está estudiando las capacidades de un material que está dando y dará mucho de qué hablar: el grafeno.

—Pero, espera, has dicho que estas computadoras acuáticas se usaron hasta 1980. ¿Cómo?



Integrador de agua de Vladimir Sergeevich Lukyanov. Imagen de la web del Museo Politécnico de Moscú. (<https://polymus.ru/>)

Sí, disculpa, es verdad. Hasta 1950 se usaba el primer modelo haciendo modificaciones. Había que desmontarlo y volverlo a montar con la disposición adecuada de los tubos y las válvulas. En 1949 se creó en Moscú el instituto NIISCHET-MASH, encargado de evolucionar y producir en masa máquinas que recibieron el nombre de IGL (integrador de sistemas hidráulicos de Lukyanov) y se introdujeron módulos intercambiables.

—¿Módulos?

En programación se usa algo que llamamos funciones. Son cajas negras donde tú pones un valor y como salida tienes ese valor transformado. Con un buen conjunto de funciones puedes resolver muchos problemas. Así que el equipo de Vladimir desarrolló diferentes módulos (funciones) que se podían intercambiar para montar una nueva máquina mucho más rápido y de manera más cómoda.

Se formó a personal de universidades y centros de investigación para manejar estas máquinas y Rusia se llenó de ellas. Aguantaron hasta que los ordenadores digitales pudieron tomar el relevo en 1980. Hace tan solo 40 años (sí, estoy escribiendo esto en plena pandemia de SARS-CoV-2).

—¿Podemos vivir hoy en día la sensación de hacer un ordenador como el de Vladimir?

Esa es una muy buena pregunta. En realidad tenemos a nuestra disposición lo que se conoce como hardware libre, esto es, soportes físicos cuyos mapas son abiertos. Arduino es una tarjeta que te permite hacer pequeños dispositivos electrónicos con capacidad de control y automatización de procesos. Con Arduino puedes construir un coche con sensores que no se choqué con las paredes, que siga un camino, un semáforo... En realidad Arduino está usándose también a nivel industrial. Es barato, fiable y tienes el control total sobre lo que se ejecuta por debajo.

Dentro del hardware libre hay un elemento al que no se le presta mucha atención ya que el salto para poder usarlo es, por su complejidad inicial, muy grande. Son las FPGAs libres. Estas tarjetas permiten hacer cambios en la circuitería a través de programas. La complejidad aumenta ya que en estas tarjetas lo que se usa no son instrucciones como las de Arduino. Se trata de definir la estructura de los circuitos, las tuberías por las que van, en este caso, los electrones. Esto se parece mucho más al trabajo que hizo Vladimir con su sistema de tuberías, válvulas y agua.

—¿Y puedo ver las máquinas de Vladimir en algún sitio?

Sí. Hoy en día hay dos ejemplares de estas máquinas expuestos al público general en el Museo Politécnico de Moscú.

Me ha encantado participar en este libro colectivo. Ha sido un auténtico placer sumergirme en la historia de este ordenador de agua. Nunca pensé que acabaría documentándome en una web en ruso y que gracias a los traductores en línea podría entender los entresijos de esta historia. Vivimos en un tiempo realmente apasionante.

El papa Gerberto, Silvestre II

Sacra Cantero

Gerberto de Aurillac fue el primer papa francés de la Iglesia Católica. Su papado duró solo cuatro años, un pontificado corto en medio de una situación política crispada en la Europa del siglo X. Pero su legado, se centra, no ya en sus actuaciones como pontífice, sino como ejemplo del renacimiento del conocimiento y el culto a los estudios en plena Alta Edad Media. Que un hombre, especialmente dedicado al conocimiento y las ciencias, llegara a ser Silvestre II tiene un contexto que es interesante conocer previamente. Hagámonos un idea de cómo era esa Europa de la Alta Edad Media, que lleva ya recorridos nueve siglos de cristianismo.

Tras la división del antiguo imperio romano, ya cristiano oficialmente, en occidental y oriental, tras unas centurias convulsas y luchas por el poder, tradicionalmente se entiende que en el año 476 se diluye el viejo imperio y se da comienzo a

nuevas etapas con nuevos repartos de poder en Europa. Los que la antigua Roma definía como pueblos bárbaros se extienden, se consolidan en el continente, unas veces cercanos a su geografía natural, otras veces más alejados, como los visigodos en la Marca Hispánica.

Esa rotura de la unidad política secular del occidente europeo será siempre una quimera que se intentará reconstruir con distintos nuevos proyectos de imperio, siempre bajo la mirada atenta del que aún se considera heredero del viejo imperio: Bizancio. En el año 800 Carlomagno, rey de los francos, después de años de extensión de su reino y conversión al cristianismo de muchas poblaciones aún paganas, y tras defender al papa León III de los propios romanos, conseguirá ser reconocido como emperador. Pero este imperio y su extensión no sobrevivirían mucho tiempo a la muerte de Carlomagno, las tensiones entre reinos vasallos, la fragmentación del territorio entre sus herederos, dejarán el título imperial en manos de reyes sin la enjundia de Carlomagno hasta la dinastía sajona de los Otones, que intentarán devolver al título su trascendencia, esta vez desde la zona oriental del reino franco, a partir del año 962, cuando nuestro Gerberto ya es una personalidad eclesiástica reconocida en el continente.

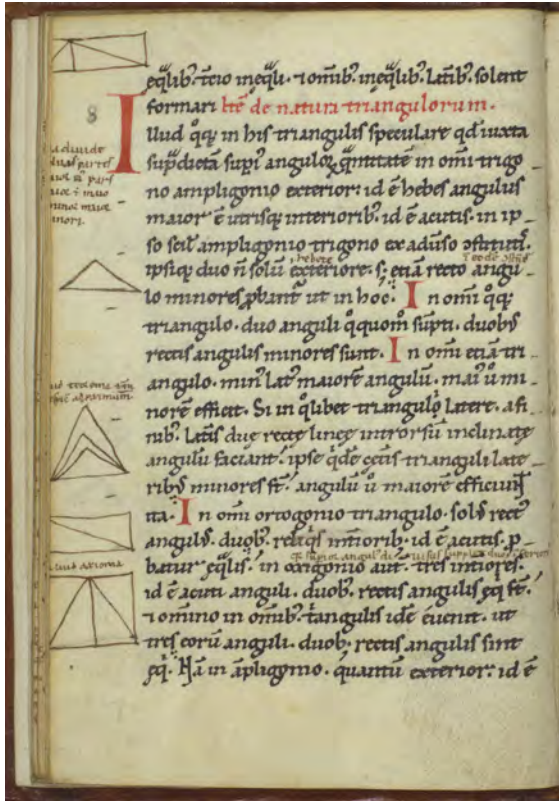
Pese a que la historia de los diversos territorios del continente, tras la caída del antiguo Imperio Romano, fue muy distinta en términos económicos y sociales al esplendor de la

antigua Roma, en términos culturales, y desde Carlomagno, con Alcuino de York como promotor, hubo un intento por mantener ciertas tradiciones académicas. En un contexto cristiano, de un cristianismo que se sigue expandiendo continuamente entre pueblos que aún son paganos, se retomará el Trívium y el Quadrivium como esqueleto del primer conocimiento de todo aquel que quisiera prosperar intelectualmente. Lógicamente en el contexto de estos estudios tradicionales debemos recordar que, el objetivo, sería el buen estudio de la Teología y las Sagradas Escrituras que la élite eclesiástica debería conocer, pero durante la vida de Gerberto, retomar las coordenadas de los estudios clásicos tradicionales, cuando hasta la geometría, la aritmética o la música, iban cayendo en el olvido en algunas regiones, fue, sencillamente, revolucionario.

Retórica, gramática, dialéctica y derecho (este último aportación de Alcuino) y geometría, astronomía, aritmética y música, estos fueron los pilares de conocimiento en los que se introdujo Gerberto, del que, nos dicen sus biógrafos, empezaría su formación en el monasterio de san Geraldo de Aurillac, en torno al año 955, quizá unos diez años después de haber nacido.

La abadía de Aurillac había sido fundada en el 863 por el benedictino Geraldo, y llegó a ser un lugar de referencia, académicamente hablando, muy cercano a otro centro de estudios muy importante en la época, fundado en 880, el del monasterio benedictino de Ripoll. Como vemos, las emergen-

tes órdenes religiosas eran las que podían recoger el testigo de la difusión de las ciencias. Y a este monasterio de Ripoll llegaría Gerberto en el 967, apadrinado por el conde de Borrell, y allí sus estudios se centrarían en el Quadrivium, desde la geometría a la música. Sería la geometría uno de sus grandes intereses, sus estudios en Ripoll aportarían buena parte del desarrollo futuro de una de sus obras: *Geometría*.



Facsimil de la Geometría de Gerberto de Aurillac (s.XVIII). Colección Schoenberg (Centro Kislak para colecciones Especiales, libros raros y manuscritos de la Universidad de Pensilvania). Licencia: dominio público.

Si por algo se distinguiría Gerberto sería por su continua inquietud por el conocimiento, si algo no tenía aún dominado, o conocía poco, se esforzaba por conocerlo y, desde luego, no parecía importarle reconocer su desconocimiento en alguna materia en la que no se hubiera empleado a fondo. Su especialidad serían las matemáticas, siendo de los primeros en conceder al sistema numérico árabe su primacía sobre los antiguos números romanos, aunque su opción visionaria tardaría doscientos años más en ser reconocida totalmente en el mundo de la ciencia. Pese a lo que se suele afirmar, no es plausible que Gerberto llegará a entrar en contacto con pensadores o científicos árabes durante su estancia en la Marca Hispánica, aunque no es desdeñable que, entre las obras que llegara a estudiar, se encontraran obras clásicas difundidas por traducciones árabes.

Tras sus primeros años de formación su primer destino como profesor sería Reims. En este contexto fue clara su evolución científica, que lo llevó a escribir varias obras de orden práctico, hemos citado una de las más celebradas, *Geometría*, pero habría otras como un manual de uso del astrolabio, otro para el uso del ábaco o incluso la creación de máquinas como relojes o un proyecto de órgano a vapor para Reims. Es sabido, por sus cartas, de sus peticiones de copias y préstamos o intercambios de libros que, en ocasiones, debían viajar muchos kilómetros hasta llegar a él, pues Gerberto aprovechaba las

numerosas relaciones y contactos que hizo en todos sus destinos como docente o autoridad eclesiástica.

Tras su etapa como docente en Reims, en torno al año 983, el emperador Oton II lo nombró abad de Bobbio, el monasterio que queda reflejado en la gran novela de Humberto Eco *El nombre de la rosa*. Pero, curiosamente y pese a la fama de la biblioteca de Bobbio, la estancia de Gerberto sería corta y volvería pronto a Reims.

Esta ciudad, de la que Gerberto llegaría a ser arzobispo en 991, fue un lugar de referencia en lo político durante siglos, ya que en su catedral se ungía a los reyes de Francia. Gerberto estuvo siempre vinculado a la dinastía sajona de los otones, como él mismo recordaría en una carta, había jurado lealtad al emperador Oton I, que lo nombró preceptor de su hijo, el futuro Otón II. La llegada de Gerberto a la silla episcopal de Reims, que pertenecía a la Francia Occidental, había sido precedida por un auténtico y complicado juego de tronos. El arzobispo de Reims, Adalberón, amigo de Gerberto, había lidiado en una compleja crisis de sucesiones en el reino franco occidental, pasando de apoyar y guardar tributo a la dinastía de los Lotario a proponer a un capeto como sucesor de éste y, más tarde, volviendo a reconocer la legitimidad de los Lotario a la corona. Cuando Gerberto llega a la silla episcopal de Reims, todas las intrigas y tensiones anteriores, lejos de desaparecer, continúan y, desde Roma, finalmente, llega su sus-

pensión como arzobispo. El refugio de Gerberto sería entonces la corte de Oton II, del que había sido tutor.

Los años de amistad de Adalberón y Gerberto se basarían sobre todo en el amor de ambos por el conocimiento, las ciencias, la pedagogía hacia sus discípulos, compartiendo proyectos y ambiciones comunes en cuanto a las reformas necesarias en la Iglesia y, especialmente, en sus comunidades monásticas.

Dirigiendo su progresión en Roma desde la corte imperial, en el 998 Gerberto sería nombrado por el papa arzobispo de Rávena. Habían pasado muchas cosas puesto que en el 996 había sido coronado emperador Otón III, con sólo 16 años. Y en el 999, fallecido el papa Gregorio V, Gerberto es elegido nuevo pontífice, y escogerá el nombre de Silvestre, el segundo en la línea de sucesión de los obispos de Roma, un nombre no elegido al azar, puesto que Silvestre I había sido el papa que gobernó la Iglesia en gran sintonía con el emperador Constantino. Si recordamos que la abuela y madre de Otón III eran princesas bizantinas, entenderemos mejor el claro mensaje que creaba la elección de Silvestre II, la decisión de recobrar de nuevo el esplendor imperial.

Pero la Roma del papa Gerberto no es la Roma tar-doantigua, de un emperador fuerte y un pontífice en plena sintonía, es la Roma de una serie de familias nobles que habían intervenido en la elección de los papas hasta mediados

del siglo X, y la familia de los Crescencios ya se había enfrentado a los emperadores anteriormente. La llegada de otro pontífice de la familia imperial, no duraría mucho tiempo ni podría abarcar todas las reformas proyectadas. Otón III tuvo que huir de Roma tras un levantamiento, junto al papa Gerberto, y muere en el 1002, intentando recuperar posiciones con su ejército. Al papa Silvestre II se le dejará volver a Roma, pero sólo sobrevivirá a Otón un año.

Para la historia política y de reinos de la Europa del momento, este era un capítulo más de las luchas de poder en el intento de unificar y elevar una vez más un poder imperial que uniera nuevamente la tradición perdida. Para la historia del papado, Silvestre II no sería un papa más, destacaría en medio de unos pontificados no especialmente relevantes. Pese a ser el papa de la familia imperial, su integridad intelectual y su intención de reformar e impulsar una Iglesia donde los obispos fueran regidos por obispos íntegros, da cierta idea de lo que podría haber sido un pontificado que marcara diferencias. Con la expansión del cristianismo a través de las conquistas de los Otones, Silvestre II apoyaría la evangelización de Polonia y Hungría y las vincularía al orbe católico creando en ellas dos nuevas provincias eclesiásticas independientes.

En pleno cambio de milenio, con los miedos irracionales que alimentaría posteriormente una crítica apócrifa absurda contra Gerberto (el mago, aquel que había vendido su alma al diablo por obtener conocimiento) el papa Gerberto represen-



El papa Silvestre pacta con el diablo. *Códices Palatini germanici 137. Chronicon pontificum et imperatorum (Biblioteca de la Universidad de Heidelberg).*
Licencia: dominio público.

ta otro intento por hacer del conocimiento y la educación una vertebración clara del poder, algo que sería apreciado por la dinastía de los Otones como ya, en tiempos de Carlomagno, se había intentado establecer. Pensemos que en la época de Gerberto, en la misma Italia, no quedaban recuerdos ni de la astronomía ni de la música, y que su aporte a las matemáticas

fue, prácticamente, revolucionario. En un contexto cultural deficiente, en una Europa donde las luchas de poder y la extensión del cristianismo parecían las únicas realidades y proyectos, el conocimiento, leer a Cicerón, Juvenal, Séneca o Boecio, escribir manuales de aritmética o pedir una esfera para poder estudiar mejor los astros, representaban casi un acto subversivo. Gerberto de Aurillac estuvo acompañado de unos pocos en ese viaje que supone la formación a través de las ciencias.

Gerberto, apasionado de las ciencias exactas, fue también una gran conocedor de la filosofía, siempre consideró que para la mejor comprensión de las cosas divinas era imprescindible la filosofía, y sus palabras, hasta hoy día, más de mil años después, aún vibran: «puesto que la moral y la retórica no están separadas de la filosofía, yo he unido siempre el estudio de una al estudio de la otra. Sin duda que es más importante el bien vivir que el bien decir..., pero para los que nos ocupamos de los asuntos públicos, uno y otro son necesarios».

El «testamento de Heiligenstadt» de Beethoven

Marina Beltrán

El mes de abril del año 1802, por recomendación de su médico de confianza, Ludwig van Beethoven se traslada a Heiligenstadt, un pueblo termal cercano a Viena, con la esperanza de recuperarse de una incipiente sordera con la que convivía en secreto desde hacía, al menos, seis años.

Transcurridos varios meses, y profundamente atormentado por la pérdida de oído, el músico de Bonn escribe una carta a sus hermanos menores, Karl y Johann, en la que les revela la razón secreta de su hostilidad hacia los demás y su aislamiento del mundo: una «enfermedad crónica» que afectaba, en sus propias palabras, a «un sentido que en mí debiera ser más perfecto que en otros, un sentido del que una vez disfruté en la más alta perfección, una perfección como pocos en mi profesión disfrutaban o han disfrutado».

Viéndose abocado a un futuro en soledad, Beethoven continúa compartiendo con sus hermanos su voluntad *heroica*, a pesar de las ideas suicidas que esta dolencia le producían, de continuar vivo «hasta haber producido todo lo que yo sentía que estaba llamado a producir».

Si bien es cierto que en la misiva Beethoven declara a sus hermanos herederos de su «pequeña fortuna» y se despide de ellos dando indicaciones acerca de cómo proceder «tan pronto como esté muerto» (textualmente dice: «si el Dr. Schmidt aun vive, pídanle en mi nombre que describa mi enfermedad y guarden este documento con la historia de mi enfermedad de modo que, en la medida de lo posible, el mundo se reconcilie conmigo después de mi muerte»), una lectura atenta de las palabras del genio alemán —sin olvidar que estamos leyendo las palabras íntimas de un hombre atribulado, impetuoso, vehementemente y desesperado— debería llevarnos a entender el testamento de Heiligenstadt, más que como un documento jurídico, como una *apología* de un corazón que sufre, o, para ser más precisos, y para ello tenemos la lengua alemana, como un *Rechtfertigungsschrift*: es decir, un documento en el que *se justifica* y expresa la crisis vital de un hombre que «pese a todos los obstáculos de la Naturaleza, ha hecho, todo lo posible para ser admitido en la categoría de los artistas y hombres de valía».

Escrita en un lenguaje dramático y exaltado, el «testamento de Heiligenstadt» se encuentra, junto a la carta a su «amada

inmortal», cuya destinataria permanece todavía ignota, entre las cartas más personalísimas, reveladoras y misteriosas del compositor de Bonn.

Porque, ¿acaso no resulta revelador conocer de su propia voz el insondable sufrimiento que asolaba a Beethoven para comprender por qué un hombre tan hosco, melancólico y, en muchas ocasiones agresivo y antipático (aunque muy pocas veces entre sus amigos íntimos), llegó a componer las obras inmortales que hoy conocemos con las que llegó a tocar el cielo?

Y aquí un excursus: ¿Pasar mi infancia y adolescencia viendo sobre el piano de mi hermana el busto de Beethoven (compartíamos dormitorio), ese cabello hirsuto, aquella mirada titánica, escuchar invariablemente el estudio de sus primeras sonatas, el claro de luna, una y otra vez el claro de luna, y, ya adulta, haberme salvado del *sufrimiento* escuchando invariablemente el concierto número 5 de Beethoven me otorga la suficiente autoridad para interpretar el texto de esta carta?

Documentándome para escribir este artículo he leído la opinión de algunos historiadores que afirman que Beethoven escribió esta carta con una clara intención de posteridad, esto es, consciente de la importancia de su obra, para que fuera leída «por el mundo» tras su muerte. La lectura detenida del texto, el estilo literario de la época en que vivió, el modo en el que fue encontrada (póstumamente en un cajón secreto junto a la carta a su «ama-

da inmortal», «su ángel, su todo, su yo») y el testimonio de algunos de sus contemporáneos me hace sin embargo dudar de ello. Hacia el año 1800, hablando con su alumno y amigo Carl Czerny acerca de la fama que ya había alcanzado en aquella fecha, afirmó: «jamás se me ha ocurrido componer por el honor y la fama. Necesito sacar lo que tengo en el corazón: por eso compongo».

Sea como sea, el hecho de que esta carta suponga un documento histórico único que revela algunas de las claves de la personalidad caleidoscópica, compleja, bondadosa, contradictoria y profundamente humana de Beethoven no son las únicas razones que han contribuido a la fama de este documento. El misterio en torno a esta carta ha contribuido sin duda también a ello. ¿Por qué Beethoven no llegó nunca a enviar la carta, a pesar de que fue estampada con su propio sello y cuatro días después de su escritura, el 10 de octubre, fue apostillada y ampliada? ¿Por qué no escribió el nombre de su hermano Johann, dejando un hueco en blanco en su lugar (puede verse claramente al inicio de la carta en el manuscrito original)? ¿Quizá por alguna desavenencia con su hermano (en la carta agradece explícitamente su ayuda a Karl, pero no la de Johann)? ¿Quizá por evitar escribir el nombre de su padre, Johann, el cual tanto le hizo sufrir en su infancia a causa de su alcoholismo y el rigor extremo con el que le educó musicalmente (su padre también era músico)? ¿Por qué guardó la carta en un cajón secreto?

La historia de la música establece el fin del periodo clásico de la obra de Beethoven, y el principio de su periodo heroico, en la escritura de este «testamento», cuando ya había compuesto su primera y segunda sinfonía, sus primeros seis cuartetos, los conciertos para piano 1 y 2 o sus doce primeras sonatas para piano, entre ellas la sonata claro de luna y la sonata patética. Cuando lo escribió, a los 31 años de edad (aunque él señala en la carta que tiene 28 años, lo cierto es que tenía dos años más, ya que su padre, obsesionado con que fuera un niño prodigio, había mentido sobre su edad en su debut como pianista) todavía le quedaban 25 años de vida en los que pudo componer, a pesar de la sordera que continuó en ascenso, entre otras muchas obras, la ópera *Fidelio*, tres conciertos más para piano y orquesta, otras veinte sonatas para piano, el resto de los 16 cuartetos de cuerda que cambiaron la historia de la música clásica, y siete sinfonías más, entre ellas la sinfonía que quiso simbolizar el «abrazo de la humanidad», la novena sinfonía.

La carta, encontrada como decíamos en un cajón secreto el año 1827 tras la muerte de Beethoven, fue publicada el mismo año en el periódico de Leipzig *Allgemeinen musikalischen Zeitung*. Perteneció a distintos dueños, entre otros a Franz Liszt. La carta original se conserva actualmente en la biblioteca estatal de la Universidad de Hamburgo.

García Lorca dibujó su muerte

Rubén Castillo Gallego

El poeta peruano César Vallejo comenzó su estremeceador poema «Piedra negra sobre una piedra blanca» con dos versos muy conocidos y que se han comentado hasta la saciedad: «Me moriré en París con aguacero, / un día del cual tengo ya el recuerdo». Y aventuró que el fallecimiento se produciría «tal vez un jueves». Con sorpresa o con cierto pasmo, sus admiradores pudieron comprobar que, en efecto, el 15 de abril de 1938, en medio de la lluvia, la respiración del vate se clausuraba. No fue un jueves, pero casi: era viernes.

Ciertos estudiosos aficionados a las analogías han señalado también que el poeta granadino Federico García Lorca, asesinado en España dos años antes (agosto de 1936), anticipó también en una de sus composiciones su propia muerte. Se trata del poema «Fábula y rueda de los tres amigos», que apareció publicado en su obra *Poeta en Nueva York* (1930) y que

contiene palabras tan duras como éstas: «comprendí que me habían asesinado [...] Ya no me encontraron. ¿No me encontraron? No. No me encontraron». El texto, desde luego, estremece. Pero no conviene olvidar que, globalmente, se trata ante todo de un ejercicio de imágenes surrealistas, y que de su acumulación de símbolos y rarezas puede extraerse esa lectura... y muchas otras.

Pero existe otro elemento en la creación de Federico García Lorca (no en el ámbito de la poesía, sino del dibujo) que contiene, en mi opinión, una carga profética mucho más asombrosa. No conozco ningún libro, ni tampoco ningún estudio, en el que se desarrolle esta hipótesis, a pesar de su llamativa contundencia y de su innegable autenticidad. Quizá no sea éste un mal sitio para darle forma.

Estamos en el año 1927 y la amistad entre el poeta granadino y el pintor de Figueras aún no se ha deteriorado significativamente. Lejos queda aún el día en que Salvador Felipe Jacinto Dalí i Domènech, al ser informado de la muerte terrible de su antiguo amigo, exclame «Olé», para sorpresa de casi todo el mundo. Aún forman una pareja sólida, que varias fotografías pueden atestiguar y que los biógrafos conocen sobradamente. Sabemos que Federico, desde la mitad de los años 20, había expresado su voluntad de mantener relaciones sexuales con Salvador y que éste, coqueto, frívolo o cruel, exigió al poeta que se acostara con Margarita Manso mientras



Salvador Dalí y Federico García Lorca en el parque de la Guineueta, 1925.

Fuente de la imagen: Wikipedia. Licencia: dominio público.

los observaba, como un sádico voyeur, para calibrar la fuerza de su anhelo erótico. Tan sólo cumpliendo ese requisito estaría dispuesto a valorar la pasión del granadino, que tuvo que convertirse en momentáneo heterosexual forzoso para conseguir su objetivo. Y sabemos que cuando Lorca intentó que Dalí cumpliera su palabra y le otorgase sus favores (precisamente en 1927), éste se negó. No son pocos los investigadores que sospechan que esa grieta marcó el comienzo del distanciamiento entre ellos, que Luis Buñuel alentó y que Salvador Dalí ensancharía unos meses después criticando con acrimonia el *Romancero gitano*.

De esa época es el dibujo que Lorca dedicó a Dalí, en el cual lo mostraba de una singular forma: con cinco peces mordiendo los dedos de su mano, con un pez de mayor tamaño colocado sobre el pecho y con una tiara coronando su cabeza.



Retrato de Salvador Dalí, *Federico García Lorca* (1927).

Fuente: Wikipedia. Licencia: dominio público.

¿Por qué una tiara? ¿Existe algún tipo de lectura religiosa en ese ornamento? Sin duda, así es; y mantiene una relación estrechísima con la vieja idea de los dioscuros, que por aquellos años burbujeaba en la mente de Dalí. Como sabemos por la mitología griega, Zeus sedujo a la reina Leda y engendró en ella dos mellizos, que nacieron de sendos huevos: Cástor y Pólux. Estos dioscuros (etimológicamente, «hijos de Zeus») estaban unidos por vínculos sagrados e indestructibles: eran dos almas gemelas y complementarias. Salvador Dalí, durante una época, pensó que esa hipótesis clásica le servía para ir buscando por el mundo a su propio álter ego. Su dioscurio inicial pudo ser Salvador Dalí, es decir, el pequeño Salvador que, habiendo muerto en 1903 y habiendo dejado desconsolados a sus padres, provocó que buscasen el nacimiento de un nuevo hijo, al que regalaron el nombre de la criatura fallecida. El pintor nació, pues, marcado por la huella incandescente del dioscurio desaparecido, del que tardaría muchos años en desprenderse del todo.

El segundo dioscurio fue Federico García Lorca, al que le unían infinitos vínculos creativos y sensuales. Federico era alegre, ocurrente, expansivo, versátil, ingenioso. Convivieron en la Residencia de Estudiantes, se involucraron en diversos proyectos juntos, se fotografiaron muchas veces. Eran (y se sentían) gemelos y complementarios. «Tú eres una borrasca cristiana y necesitas de mi paganismo», le escribe Dalí a Lorca, en una carta famosa.

El tercer dioscuro fue Luis Buñuel, precisamente la persona que, según se dice, contribuyó a separar a Federico y Salvador. Las afinidades entre el aragonés y el catalán eran, desde luego, mucho menores que las que Dalí sentía por Lorca, pero dos detalles animan a sustentar esta hipótesis: el primero, que no se acepta una injerencia tan estrepitosa en alguien con quien no sentimos una fuerte conexión; el segundo, una nueva coincidencia con el mito clásico de los hijos de Zeus: Cástor era aficionado a los caballos y Pólux al boxeo. ¿Cómo no iba a sentir Salvador, fautor de burros muertos, que le unía un notable vínculo con el aragonés, juvenil boxeador aficionado?

El cuarto dioscuro, inútil será aclararlo, fue la rusa Elena Ivanovna Diakonova, más conocida como Gala, cuya influencia se extendió sobre Dalí durante décadas, desde su matrimonio en 1932. Ella se convirtió en su dioscuro definitivo (Dalí manifestó en numerosas ocasiones que ella tenía la fuerza de la batalla de Stalingrado y que ignoraba cómo podían sobrevivir las demás mujeres del mundo sin ser Gala), en el que el pintor de Figueras encontró refugio, trinchera o espejo.

Pero volvamos al dibujo de Federico, porque aún no hemos explicado su clara condición profética... Lorca, ansioso de mantener esa conexión dioscuro con su amigo Salvador lo retrata con la tiara, para subrayar el vínculo religioso que los une. Es su forma de entrar en el juego y de sumarse a la fija-

ción mental del pintor catalán. La respuesta fue decepcionante. Salvador, lejos de emocionarse con aquel gesto, se fue distanciando cada día más de Federico, por mil razones que los biógrafos de ambos han diseccionado con minucia aséptica: las presuntas insidias de Buñuel, la aparición absorbente de Gala, la renuencia de Dalí a aceptar los nuevos caminos creativos de Lorca... La grieta se fue ampliando con el paso del tiempo. Y adquirió la condición de irreparable en el mes de agosto de 1936, cuando el poeta granadino fue encarcelado, chantajeado (aquel inicuo papel que se le obligó a firmar, en el que rogaba a su padre que entregase mil pesetas a los portadores de la misiva) y, finalmente, fusilado de manera miserable.

En un lugar indeterminado, aunque bien acotado por las investigaciones de Ian Gibson, el poeta caía respunteado de balazos. Esposado a él murió un maestro de escuela que había perdido una de sus piernas tras un accidente absurdo: se le había enredado la capa al bajar de un tranvía y éste le atrapó la extremidad contra los raíles, teniendo finalmente que amputársela para evitar la temida gangrena. Su apellido era Galindo. Su nombre, Dióscoro.



*Dióscoro Galindo González, maestro asesinado junto a Federico García Lorca.
Fuente: Asociación granadina para la recuperación de la memoria histórica.*

Gatos negros, ratas negras, Peste Negra y una bula papal en la Edad Media

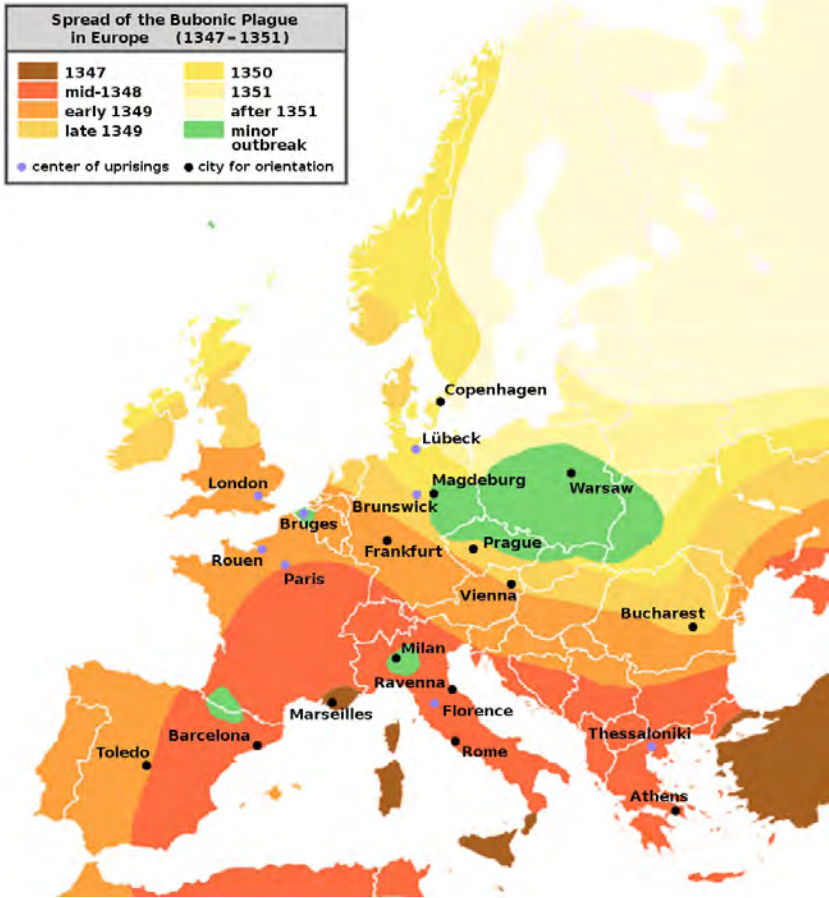
Elisa Reche

En 1346 llegaron las primeras noticias a Europa de una epidemia letal que había surgido en China y se había extendido por la India y Oriente Medio. La noticia pasó entonces bastante desapercibida. Un año más tarde, en 1347, la peste apareció en Italia y, de ahí, se extendió en poco tiempo por la cuenca mediterránea y el resto de Europa. ¿Les suena de algo la historia?

La ciudad comercial de Caffa, en la península de Crimea y a orillas del Mar Negro, estaba asediada por el ejército mongol, quien portaba la enfermedad. Cuando los mercaderes genoveses y venecianos tuvieron conocimiento de la epidemia huyeron aterrorizados llevando en los barcos ratas y pulgas infectadas a Italia y, después, al resto de Europa. Los principales focos de recepción eran las grandes ciudades comerciales: desde allí la plaga se transmitía a las villas cercanas que, a su vez, extendían la epidemia hacia el campo y a otros núcleos de población circundantes. Y vuelta a empezar.

En el transcurso de un verano hasta el 60 por ciento de la población de algunas urbes comerciales europeas -Londres, Bremen o Milán- murió de forma repentina. Otras ciudades de Oriente Medio, como El Cairo o Damasco, también registraron tasas de mortalidad similares. La Peste Negra, conocida como «la Gran Muerte» se apoderó de Europa, norte de África, Oriente Medio y Asia Central entre 1347 y 1353. Los historiadores más optimistas calculan que sólo en Europa la plaga acabó con una tercera parte de la población, unos 25 millones de personas, aunque otros cifran hasta 50 millones de muertes, la mitad de los habitantes del Viejo Continente a finales de la Edad Media. En términos absolutos los 80 millones de europeos quedaron reducidos a tan sólo 30 en esos años. Además de los afectados directamente por la enfermedad, hubo un gran impacto en las condiciones socioeconómicas y muchos ancianos y niños se quedaron sin sustento.

En Florencia y Venecia, por ejemplo, solamente sobrevivió una quinta parte de sus habitantes. Había tal cantidad de muertos que el escritor florentino Giovanni Boccaccio narra en *El Decamerón* que las iglesias no contaban con espacio suficiente para recibir los cuerpos en los cementerios que solían estar situados junto a los templos, por lo que se excavaban fosas comunes para las personas más acomodadas, mientras que en los barrios populares los cadáveres se arrojaban sin más a la calle.



*Expansión de la Peste Negra en Europa entre 1347 y 1351. Fuente: Wikipedia.
Autor: Roger Zenner. Licencia: uso gratuito bajo una licencia GNU.*

La última vez que la peste bubónica había assolado Europa había sido en el siglo VI durante el imperio de Justiniano: ocho siglos después la población no estaba inmunizada. Las condiciones de salubridad de las ciudades, el hacinamiento de las vivien-

das, la convivencia con las aguas fecales y los animales, sobre todo ratas y cerdos, no ayudaron a contener la pandemia.

A partir de este momento la peste negra volvería a visitar el Viejo Continente periódicamente hasta el último brote registrado en el siglo XVIII, aunque nunca con la misma virulencia que entonces.

Las explicaciones que se manejaban entonces para explicar el origen de las epidemias eran muy variopintas: desde las miasmas o corrupción del aire a una determinada alineación astrológica. Por encima de todo, la ira de Dios. Hasta el siglo XIX los bacteriólogos Kitasato y Yersin, de forma independiente, descubrieron que el origen de la peste bubónica era la bacteria *Yersinia pestis* que afectaba a las ratas negras y otros roedores y se transmitía a través de los parásitos que vivían en estos animales, en especial, las pulgas que inoculaban el bacilo en los humanos con su picadura.

Hoy se sabe que existen tres variantes de la peste. La más extendida era la peste bubónica que afecta a los ganglios linfáticos y provoca su inflamación en la garganta, axilas e ingles, lo que se conoce como bubones. Otra forma es la septicémica, en la que el contagio pasaba a la sangre por lo que se producían manchas oscuras en la piel, de ahí que la enfermedad también se llamara «muerte negra». Por último, la forma neumónica era la más devastadora. Afecta a los pulmones transmitiéndose con facilidad de persona a persona a través de la tos y los estornudos.

Algunos historiadores señalan que la mayoritaria fue ésta última que se transmitía a través del aire. Otros consideran, al analizar la velocidad de propagación, que la plaga tuvo que ser, sobre todo, de peste bubónica cuya transmisión se produce a través de la picadura de las pulgas que portaban las ratas. Un estudio reciente de las Universidades de Oslo y Ferrara, apunta, en cambio, que las epidemias medievales de Peste Negra se transmitieron a través de «las pulgas y los piojos que residían en el cuerpo humano».

Sea como fuere, de lo que tenemos la certeza es que entonces gatos, ratas y humanos convivían frecuentemente en las casas, molinos y graneros y recorrían los mismos caminos. Por otro lado, todavía hoy el gato negro sigue siendo en nuestra cultura un elemento de superstición, portador de mala suerte, y asociado a la figura de la bruja malvada de los cuentos de hadas. La historia viene de muy atrás y llega hasta el «hit» en el que se ha convertido hoy en día este animal en Internet junto con los bebés (un minino recién nacido se torna, naturalmente, en un «megahit»).

El gato, domesticado y venerado por los egipcios, había sido introducido en Europa por los fenicios en el siglo IX a.C. Los felinos eran muy valorados por mantener a las ratas alejadas de las casas y los molinos donde se almacenaba el grano. Pero en cuestión de décadas pasaron a convertirse de animales hogareños a seres odiados y perseguidos, sobre todo si eran ne-

gros, a causa de un prejuicio religioso. Muchos de ellos también se asociaron a las presuntas brujas y actos de brujería. El sacrificio de los gatos entonces pudo convertirse en un factor más que aceleró la expansión de la pandemia por el Viejo Continente.

A finales del siglo XII, al sur de Francia comenzó la primera Inquisición. Se trataba de tribunales formados por religiosos con el fin de combatir la herejía y la brujería: cualquiera que tuviera una opinión contraria al dogma y no acatara la autoridad religiosa era considerado un hereje. En el siglo XIII la superstición se afianzó cada vez más entre los europeos y la Iglesia empezó a demonizar a los herejes: su falta de fe se debía al diablo.

En 1223 el Papa Gregorio IX decretó la bula *Vox in Rama*, en la que condenaba las herejías de los ritos satánicos, cada vez más extendidos sobre todo en Alemania, y autorizaba las cruzadas contra ellas. De esta forma, Gregorio IX estableció la Inquisición Papal con el fin de regularizar la persecución herética. Cada día se incrementaban las turbamultas espontáneas que quemaban herejes sin juicio alguno.

En dicha bula, el Pontífice describe con detalle los ritos de iniciación de la secta satánica. En primer lugar, el neófito se acercaba a un sapo enorme, después aparecía un hombre pálido y demacrado a quien tendría que darle un beso: a partir de ese momento el iniciado olvidaba todo lo relacionado con el catoli-



Una bruja y su gato. Ilustración en la revista pulp «Weird Tales» (1941). Fuente: Wikipedia. Author: Irwin J. Weill. Licencia: dominio público.

cismo. Los miembros de la secta entonces comerían juntos y al acabar el almuerzo aparecería la estatua de un gato negro que cobraría vida andando hacia atrás con la cola erecta. Tanto el iniciado como el maestro debían besar las nalgas del gato, inclinar su cabeza ante él y pedirle perdón.

La bula no condena, en general, a los gatos ni los declara animales satánicos; tampoco dice que hubiera que matarlos, de modo que la bibliografía a este respecto difiere. Hay quien afirma que esta bula, decretada en la ciudad alemana de Maguncia, pudo causar la masacre de gatos en la zona y poco más. Otras fuentes, en cambio, afirman que la sospecha contra los gatos ya había empezado a crecer previamente por su carácter reservado y su capacidad para sobrevivir a situaciones extraordinarias, lo que se interpretaba como un animal sospechoso de no aceptar la autoridad. La población comenzó a temerlos y a asociarlos con actividades satánicas, a lo cual se sumó esta bula papal en la que se relaciona a los felinos con el diablo.

Esta idea fue replicada por distintas autoridades eclesiásticas en las décadas posteriores hasta implantarse en el imaginario colectivo y dar forma a una persecución constante contra los felinos domésticos, al menos en los dos siglos siguientes. Hay que recordar el gran poder que la Iglesia católica ostentaba en esos momentos; prácticamente era un poder absoluto con una enorme influencia en la sociedad.

Los gatos eran exterminados: quemados en la hoguera o arrojados por los campanarios en algunas festividades religiosas. Algunos gatos fueron emparedados vivos en casas y edificaciones porque se consideraba que podía traer buena suerte. De hecho, se sospechaba que las mujeres solteras que vivían con gatos eran brujas por el mero hecho de tener ese animal y

podían ser condenadas a muerte junto a sus felinos. Según un análisis de más de doscientos juicios ingleses a brujas muchos aldeanos testificaron que los gatos de las brujas los «atormentaban» y hacían enfermar a sus hijos. Algunas teorías explican este prejuicio señalando que los gatos son animales nocturnos, más fácilmente disponibles para los aquelarres de medianoche, mientras que otros han sugerido una explicación médica convincente: la alergia a los gatos.

De esta forma, algunos textos señalan que los gatos llegaron casi a desaparecer. Como consecuencia de la gran matanza de felinos, se produjo una enorme proliferación de roedores, sobre todo de la rata negra transmisora -a través de la pulga- de la Peste Negra.

Donde más se recoge la tesis sobre la masacre de felinos de la historia medieval y su impacto en la epidemia es en *Gatos clásicos: El ascenso y la caída del gato sagrado*, de Donald W. Engels. «Durante muchos años, los historiadores de la medicina han comprendido que la virtual eliminación de los gatos en las ciudades medievales, a partir del siglo XIII, provocó una explosión en la población de ratas negras. Esto a su vez aumentó la virulencia de la enfermedad», recoge Engels.

Un planteamiento totalmente distinto, en cambio, aparece en *Un león en el sofá. Cómo los gatos nos domesticaron y se apoderaron del mundo*, de Abigail Tucker. La autora duda, en primer

lugar, de la capacidad del ser humano de matar a un gran número de gatos por la dificultad que éstos presentan para ser cazados y por la facilidad con la que se multiplican. Tucker cree que esta persecución no habría provocado más que «un ligero impacto en la población de gatos en la vasta zona de la Europa continental».

La investigadora, incluso, considera que los propios gatos domésticos pudieron ser ellos mismos portadores de plagas al contraer la peste y llevarla a los hogares. En el libro relata cómo los estudios de Kenneth Gage, experto en plagas de los Centros de Control y Prevención de Enfermedades de Estados Unidos, revelan que el 10 por ciento de las víctimas humanas de los brotes de plagas que todavía tiene lugar en algunas partes del oeste norteamericano contrae directamente la enfermedad de los gatos domésticos. «No decimos que los gatos provocasen la Peste Negra, sino solo que probablemente no entorpecieron su extensión y que, ocasionalmente, la podrían haber ayudado. Después de todo, es a los gatos, no a las ratas, a los que nos gusta achuchar», concluye Tucker.

Además de gatos, también hubo otros exterminios a raíz de la Peste Negra. Como consecuencia del terror que se apoderó de los europeos, como en tantas otras ocasiones en la Historia, se buscó el chivo expiatorio en los judíos, a quienes se acusó de envenenar pozos, puertas y ventanas para acabar con la cristiandad. Cientos de judíos fueron masacrados o quemados vi-



Judíos quemados vivos en una hoguera. Miniatura de Pierárt dou Tielt que ilustra el Tractatus quartus de Gilles li Muisit (Tournai, c. 1353), Fuente: sitio del Instituto Real para el Patrimonio Cultural de Bélgica (KIK-IRPA, <http://balat.kikirpa.be/>). Licencia: dominio público.

vos en Estrasburgo en 1349, a los que siguieron pogromos similares en otras partes de Europa como Francia, Alemania, Suiza o incluso Barcelona. Durante la actual pandemia del coronavirus también ha habido chivos expiatorios -las redes 5G, Bill Gates, los ciudadanos con aspecto asiático, la comunidad latinoamericana o los inmigrantes que llegan en patera y son cuarentenados-.

De nuevo, coincidencias históricas que nos hablan de que los seres humanos nos tropezamos siempre con las mismas piedras. De momento, eso sí, acompañados de nuestros felinos –en mi caso, por la gata negra Irène Jacob, que apareció con pocos días de edad y mucho susto en la escalera de nuestro edificio hace casi cuatro años, y por el pelirrojo Río, rescatado junto con sus hermanos Tokio, Denver y Nairobi de la calle en plena DANA de septiembre de 2020 en Murcia por unos amigos animalistas-.

Inventos patentados en la Región de Murcia. De lo útil a lo sorprendente.

Manuela Caballero González

El ingenio y la inventiva es algo innato en el ser humano, crear y construir está en su naturaleza. Mujeres y hombres no han dejado de innovar y de la evolución de sus ideas han surgido grandes inventos que han transformado la sociedad, pero no han sido los mayoritarios. Ese ¡Eureka! con que nos presentan las *biografías* de muchos de ellos atribuyendo su genialidad a un golpe de suerte, incluso al fruto de una equivocación, no es lo habitual, porque en realidad las invenciones son el resultado de pasos dados por muchas personas cuyos avances han contribuido a mejorar el estado de la técnica. Y son los inventos más sencillos para las cosas más cotidianas los que nutren los sistemas de patentes de todos los países. Y esos pasos, soluciones y hallazgos se transforman en ingenios, cuya pretensión además de ayudar al progreso general, es también una manera de que sus autores obtengan beneficios. Todo lo concerniente a estos derechos sobre artilugios, fórmulas, obras, marcas, diseños, en fin, todo lo «pa-

tentable» ha ido evolucionando en el tiempo. Pero lo que no ha cambiado es la infinidad de ideas generadas sobre temas que van desde los más prácticos, útiles, complicados, a los aparentemente sencillos o que parecen un divertimento. De ello queda constancia gracias a los diferentes organismos que a lo largo del tiempo han recogido la documentación, siendo la Oficina Española de Patentes y Marcas (OEPM) el actual guardián de un verdadero tesoro para conocer entresijos de nuestra historia, no sólo económica o empresarial, sino humana y cultural. Allí se conserva la memoria del emprendimiento, personas de toda condición, sector o formación de lugares principales y rincones recónditos, todos ellos con el nexo común de reivindicar su idea como «nueva y de mi propia invención». En ese incomparable archivo, uno de los mejores del mundo, Murcia y sus pueblos están representados, y muy bien, por cierto, la variedad y naturaleza de estas patentes que abarcan un amplio abanico de complejidad todavía es un campo desconocido y hasta nos resulta sorprendente. Pero os puedo asegurar que siempre han estado ahí y con ideas que parecen cobrar actualidad, a pesar de que hayan sido rubricadas hace siglos. Algunas ofrecen soluciones para tiempos de crisis, quien sabe si no habrá que echar otra mirada al pasado buscando inspiración para un presente y futuro que se nos ha revelado tan impredecible.

Para ilustrar este escrito lo más difícil ha sido escoger los casos, dada la cantidad e interés de los registros existentes tanto del siglo XIX como del XX, así que os ofrecemos cuatro ejemplos

de patentes históricas, consideradas como tales las fechadas entre 1878 y 1966, según la clasificación del Archivo Histórico de la OEPM (en adelante AHOEPM), con ellos esperamos despertar la curiosidad y el interés sobre inventos *Made in Murcia*.

**1913. El Autocajero de Brunton y Anaya.
*Un aparato mecánico repartidor de monedas***

Los empresarios Luis Anaya Amorós y Bernard H. Brunton poseían ya a principios del siglo XX varias patentes de invención sobre máquinas y procedimientos industriales a título individual, pero en esta ocasión se unieron en un ambicioso proyecto para «evitar la ruina y educar a las generaciones futuras enseñándoles el camino del ahorro, principal elemento de las familias y de los pueblos que quieren llegar a ser grandes». Su idea era construir una caja mecánica que distribuyera de forma regular y exacta el sueldo semanal, quincenal o mensual. Entre sus objetivos estaba el «facilitar a las familias, empleados o industriales que necesiten una buena administración, el medio de repartir con rigurosa exactitud la cantidad que destinen al gasto diario». También justifican la necesidad para quienes no puedan sustraerse al lujo y los atractivos de la vida, superando al sueldo que se percibe. El estado de la tecnología del momento, según la memoria de la patente, no conocía ni mecanismo ni medio alguno capaz de ayudar a mantener la economía y el ahorro familiar. Por lo tanto, su «Autocajero» podría solucionar esta necesidad, ya que, según los inventores, en esos tiempos (1913) era necesario equilibrar el gasto para cualquier clase social, ya que las necesi-

dades de la vida aumentaban continuamente sin guardar una relación con los beneficios obtenidos, y advertían que, de no conseguirse, vendría el déficit, la ruina, se destruiría la familia y se corrompería la sociedad en su conjunto.

El funcionamiento del cajero es el siguiente, se colocan las monedas apiladas en los tubos que les correspondan, se selecciona la hora deseada en el reloj y al cumplirse el tiempo deter-



Autocajero. Familia Brunton. Foto: Archivo Santos-Caballero.

minado se descorre de forma automática el cerrojo. Los autores dicen que pueden introducirse ciertos cambios y elementos para producir el mismo efecto, de ahí a una combinación de números sólo un paso. Dada la esencia de su mecanismo, bien podría considerarse como el primer cajero automático del mundo.

Brunton y Anaya formaron una sociedad mercantil con domicilio en Cieza, provincia de Murcia, con el fin de explotar sus inventos. Prueba de ello es que, para comercializar su caja repartidora de monedas, contactaron con una de las más prestigio-



Mecanismo interior y tubos para las monedas. Foto Archivo Santos-Caballero

sas firmas de España en el sector de arcas y seguridad, la casa Grubber, la cual se hizo cargo de su distribución exclusiva fabricándose cientos de placas para adosar a los Autocajeros. Hemos recuperado dos de estos inventos, así como algunas de las placas, facturas y diversa documentación que dan una nueva vida a este ingenio. Y quién sabe si podría aplicarse de nuevo, ya que las circunstancias de *esos tiempos* que motivaron a sus creadores, no nos son tan ajenas más de un siglo después.



Placa para distinguir a los Autocajeros. Archivo Santos-Caballero.

1919. Victoria Pérez Rivas.

Un bidón de aluminio, ese nuevo material para envasado.

En la fecha que patentó su invento residía en la Plaza Santo Domingo de Murcia, donde también tenía su negocio. Consistía en «un nuevo tipo de envase, no empleado ni conocido hasta el presente en España ni en el extranjero», consiguiendo

que fuese reconocido como «Bidón Internacional de Aluminio y sus derivados» registrando también su marca *ZEREP AICRAG*, para explotarlo en España, Francia, República Argentina, Estados Unidos e Inglaterra. La marca escogida por Victoria es la imagen especular de los apellidos de su padre: Pérez García. La autora destacaba que su idea resolvería un problema comercial existente ya que reduciría en un 75% el peso de los usados del mismo volumen, lo que sería un importante ahorro económico en el transporte de líquidos y grasas. Hay que apuntar que el aluminio era todavía un material cuyas características y posibles aplicaciones estaban empezando a explorarse a nivel mundial. Descubierto *oficialmente* en 1827 su potencial fue objeto de estudios y a finales del XIX ya se puede hablar de la fundación de la industria del aluminio a gran escala, y sería entre 1927-1929 cuando surge la 1ª planta de importancia para producirlo en España. En palabras de expertos actuales sus características permitieron el desarrollo de dicha industria hacia condiciones inimaginables y sorprendentes. Pero por lo visto Victoria sí lo imaginó ya que en 1919 patentó sus bidones de aluminio. Queda probado que su invento fue considerado como muy útil en la industria del momento, ya que fue puesta en práctica en 1921, todo un logro dada la dificultad de llegar a explotar comercialmente las patentes. Los envases se fabricaban en Alicante y su esposo Esteban Pastor, era el agente comercial en exclusiva para su venta.

Realizados en lámina de aluminio estaban pensados para ser recipientes móviles o fijos que podían contener aceites, grasas

La Verdad
Órgano de los Sindicatos que integran la Federación Católica Agraria

Ab. XXX | Páginas Cuatro | Precio (Anual) 20 | No. 143 | Murcia — Domingo 11 de Febrero de 1923 | Aprobado en Consejo el 12 | Tar. 100.004. 301 | Núm. 7.140

Bidón Internacional de Aluminio
PATENTADO PARA ESPAÑA Y EL EXTRANJERO

ZEREP AICRAG
(Marca Registrada)

Fabricante: LUIS CARRETERO.-Alicante
AGENTE EXCLUSIVO PARA LA VENTA
D. ESTEBAN PASTOR
SANTO DOMINGO, 20 • TELEFONO 343 • MURCIA

ALGUNOS MODELOS DEL



BIDÓN INTERNACIONAL DE ALUMINIO

Anuncio de los bidones en 1923. Archivo Municipal de Murcia

u otros líquidos, siendo aptos para grandes capacidades y sustituyendo a otros de acero, cristal, piel y madera, los más utilizados. Otro indicador de que era una idea exitosa...es que la copiaron. A nadie nos es ajeno lo complicado del tema de la propiedad intelectual en todos los campos, y el de las patentes es quizá uno de los más conflictivos dándose muchos casos de apropiación, como fue el de Victoria Pérez, quien se vio obligada a presentar una querrela por usurpación de patente, enzarzándose en juicios contra un industrial que vendía sus bidones, litigio

que finalmente ganó reiterándola como propietaria de la invención. El proceso coincidió con unas circunstancias personales bastantes difíciles, durante las cuales falleció su esposo y sufrió un embargo, aunque por el mismo sabemos que conservaba los derechos sobre su invento y que estaban valorados en 8.000 pesetas de la época. Por suerte, la voz de Victoria no se ha perdido ni su bidón tampoco, ya que más de un siglo después hemos recuperado uno que aguardaba en algún recóndito lugar para ser testigo del tesón de su creadora.



Patente de invención de Victoria Pérez (OEPM) y bidón. Archivo Santos-Caballero.

1931. José González Cuadrado y Encarnación Alemán Ruiz. PACA pesa y mide con precisión.

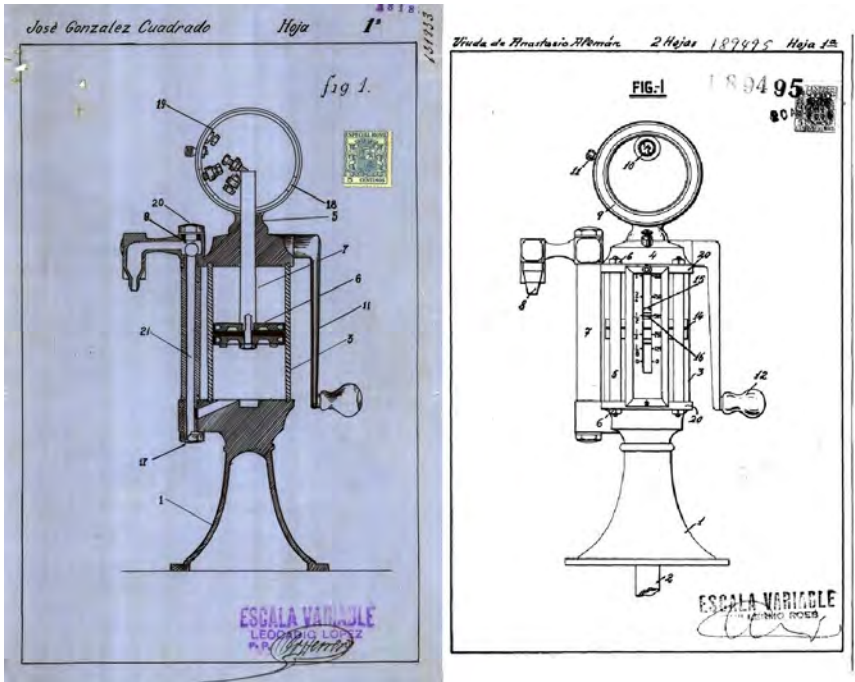
En agosto de 1931 un joven industrial y constructor de maquinaria murciano, José González Cuadrado solicita patente de invención por «Un aparato medidor de aceite».

Se la concedieron un mes después y fue puesta en práctica a finales de 1934. A lo largo de su trayectoria llegó a patentar 7 inventos más. El flamante medidor tenía nombre propio, *PACA*, su autor registró la marca para distinguir aparatos medidores de líquidos, en especial aceite comestible, sencilla pero inolvidable y que también llevarían las balanzas mecánicas que algunos aún recordarán en los mostradores de las tiendas de barrio para pesar las legumbres secas y otros productos que se vendían a granel y que se despachaban en un cucurucho de papel.



Marca Registrada PACA. OEPM.

Como también suele ser habitual en el mundo de las patentes, poco después transfirió tanto los derechos del invento y la marca para ser comercializados por otra persona, siendo adquiridos en 1935 por la empresaria de Murcia, Encarnación Alemán Ruiz, más conocida como «Viuda de Anastasio Alemán», que, si bien José era ya un reputado mecánico a los 26 años, Encarnación tuvo que hacerse cargo de las empresas familiares en 1923 con 32 años y cuatro hijos, demostrando ser una gran emprendedora.



Planos de las patentes de Cuadrado y Alemán. AHOEPM.

Ejemplo de ello es que no se limitó a reproducir el modelo diseñado por Cuadrado, sino que le introdujo sus propias mejoras y las patentó a su vez, distribuyéndolo junto con la balanza. Todo ello fabricado en sus instalaciones que por aquellos años eran de las más importantes de la región murciana. Prueba de ello es que en una factura de 1931 nos dice que tenía fábricas de anisados, licores y jarabes, además de jabones y talleres para la manufactura de cuadros, espejos, molduras, camas y muebles en general. Casi nada. Las fábricas, almacenes y talleres estaban localizadas en torno al Barrio del Carmen.



Facturas de las empresas de Encarnación Alemán. Archivo Santos-Caballero.

En esos años ya conocían el invento de Cuadrado porque vendían las primeras *PACA*, todavía de propiedad intelectual del inventor. Pero a partir de 1935 lo comercializa ya como propietaria y al año siguiente consiguen la autorización de circulación y uso legal en España de las balanzas semiautomáticas ya que cumplían las condiciones reglamentarias. No serían tiempos fáciles, pero aun así en 1942 sus medidores y balanzas figuraban como sus mejores productos por su «garantía absoluta y facilidades de pago».



Un medidor PACA restaurado. Archivo Santos-Caballero.

Nos encontramos pues ante un invento de éxito, sencillo, pero de tanta utilidad para la forma de vida del momento, siendo objeto de innovaciones por la propia industria «Sucesor de Viuda de Anastasio Alemán». Así encontramos dos modelos más avanzados, uno aprobado en 1955 y otro en 1958 cuyo precio era 2.000 pesetas. Todavía en 1964 estaban en el mercado por 3.650 pesetas, y donde ya competían con otras marcas.

Pero poco a poco serían desplazados en aras de la modernidad con sus nuevas formas comerciales y hábitos de consumo, aunque si nos paramos a pensar, tal como estamos considerando en este breve recorrido por *ideas antiguas*, éstas no lo son tanto,

porque nos hablan de temas actuales sobre reciclaje, venta a granel o vuelta al pequeño comercio, entre otras fórmulas para la sostenibilidad de nuestra vida. No estaría mal echar un vistazo al pasado, nunca se sabe dónde puede estar la solución. Lo que sí sabemos es donde podemos encontrar a nuestra *PACA*. Y es que como hemos dicho es un humilde aparato, pero con mucha historia. En la actualidad se conservan algunos de esta y otras marcas patentadas ya que fueron muchos los fabricados. Pero concretamente uno de los patentados en Murcia disfruta de un retiro privilegiado en el Museo Nacional de Antropología de Madrid y fue objeto de atención ilustrando la serie *Inventos* de los billetes de la Lotería Nacional del día 11 de mayo de 2000. Por suerte también hemos podido recuperar un prototipo que forma parte del proyecto cultural Ingenio y Técnica en la Región de Murcia, cuyo objetivo es investigar y divulgar, en la medida de nuestros medios, este rico patrimonio cultural que tantas sorpresas nos depara.

1941. José Abril Álvarez y su descapotable Made in Murcia

En Caravaca de la Cruz nace en 1895 un emprendedor cuya pasión por la mecánica y la automoción quedaría reflejada en sus negocios y las 7 patentes de invención que registró entre 1941 y 1952. Empezó como transportista para *ALSA* al tiempo que estudiaba para conseguir su sueño de ser perito industrial, cosa que logró en 1933, año en que formó su propia empresa, coincidiendo con tiempos difíciles. La Guerra Civil supuso una dura

prueba para el negocio: camiones confiscados, problemas de combustible y movilidad, aunque esto no arredró a José. Al contrario, fue el momento de buscar soluciones en tiempos difíciles, patentado «artilugios» para que la industria y sobre todo los vehículos funcionaran sin los derivados del petróleo, ya que entre la Guerra Civil y la posterior Guerra Mundial el combustible fue un auténtico artículo de lujo, si es que se encontraba. Así que junto con otro gran emprendedor murciano con otros inventos en su haber, Ginés J.Viudes Vivanco, registraron la patente de invención por «Un nuevo gasógeno», en esos años surgirían más a nivel nacional y un buen número de ellos procedía de Murcia. Concretamente el suyo se llegó a comercializar muy bien, adosándose a los vehículos que, viendo las fotos de esos años, parecen verdaderos «autos locos». Para hacernos una idea la prensa de la época lo refleja bien cuando dice: «es cierto que los gasógenos tienen volumen, peso y fealdad...pero hay que tener muy en cuenta una de sus mayores ventajas, que va a funcionar con carburante nacional», es decir: leña, cáscara de almendras, carbón e incluso serrín. En uno de los artículos encontrados aseguran «que el porvenir se presenta como una suma mayor de felicidad para todos. Amén». Pero pasaron esos tiempos que no fueron precisamente de felicidad y vinieron otros dejando obsoletos estos artilugios, avanzando la automoción por otros derroteros y los combustibles fósiles volverían a mover el mundo. Esperemos que a pesar de la crisis tan importante que nos ha tocado vivir seamos capaces de reaccionar y ser más coherentes

con nuestros recursos, el mundo del automóvil parece estar buscando alternativas, ojalá sea cierto esta vez y no tengamos que recurrir a este ingenio. Amén.

José Abril inventó accesorios y motores, pero sin duda su pieza estrella fue el flamante descapotable diseñado, construido y equipado con tecnología salida íntegramente de los talleres Abril situados en la calle Capuchinos del murciano Barrio del Carmen. En 1948 José Abril patenta «Un nuevo automóvil».

No pasó desapercibido, pues contaban ya con representantes para la Región Centro, siendo objeto de atención de profe-



Chasis del auto en fase de construcción. Archivo familia Abril.

sionales del sector, así como de prensa regional y nacional. En el diario *ABC* de 1951 aparece un artículo con el siguiente titular: «Nuestro progreso industrial. En España se fabrica el motor Diésel más pequeño que existe, para automóvil, que compite con ventaja con los de fabricación extranjera». La firma murciana «Motores Abril», según el periodista «ha proyectado y llevado a la realidad esta maravilla, llamada a revolucionar la industria de fabricación de automóviles» y sigue el entusiasmado redactor dando detalles del «descapotable hecho íntegramente en Murcia».

Y quizá ahora estaríamos hablando de un invento de éxito si su creador hubiese aceptado las condiciones que le propusie-



El «Nuevo automóvil Abril». Archivo familia Abril.

ron para su comercialización: fabricarlo fuera de la Región de Murcia, llevando su manufactura a las zonas que la política económica de la época tenía trazada para nuestro país. Pero José Abril dijo no, según sus descendientes quería que los beneficios que su coche pudiera generar quedaran en su tierra. De modo que no prosperó, y ahora lo recuperamos como una potente idea que de haber contado con apoyos quizá hablaríamos del «Abril», pequeño utilitario español por excelencia en vez del que a todos nos viene a la memoria, el «Seat 600». Aun así, no está olvidado y recuperamos aquí estos inventos sobre ruedas para conocer un poco mejor el ingenio y la técnica española, fuente inagotable de sorpresas.

Más, aquí (clic)

*Joaquín Belda,
el escritor cartagenero de «libros retozones»*

Ángel Salcedo Santa

Joaquín Belda Carreras, (Cartagena, 1833 - Madrid, 1935), huérfano de padre y madre con 17 años, marcha a Madrid acompañando a su hermano José para iniciar sus estudios de Filosofía. Su afán imaginativo y su inclinación a la farándula le llevaron primero a ser uno de los integrantes de la «bohemia» madrileña y después entregarse a la escena teatral, dentro de la universidad, dotándolo de una facilidad para la creación de historias y mundos. Por esto no nos extraña que empezara pronto a escribir y en 1909 publicara su primera novela, *La suegra de Tarquino* con la que alcanzó un notable éxito que le duró más de dos décadas.

Belda, llegó a ser una especie de «Oscar Wilde» en las fiestas y círculos culturales de Madrid, dónde por su facilidad de palabra y su sentido del humor era muy aclamado, convirtiéndose en el animador perfecto para los «saraos» literarios en los diferentes cafés madrileños que siempre disponían de un

lugar para las tertulias de los intelectuales como tan bien retrató Galdós en *La Fontana de oro*.

El escritor cartagenero se hizo muy famoso viviendo de sus escritos con cierta holgura entre 1909 y 1930, con una literatura erótico-festivo-pornográfica, con argumentos que iban dirigidos a un público generalista y popular, al igual que hizo Arniches, pero dónde algunos de sus recursos lingüísticos tienen como destinatarios lectores mas cultos.



Retrato de Belda en la cubierta de su obra Conciencia de médico, publicada en 1919 por La Novela Semanal, revista de literatura popular que se publicó semanalmente en Buenos Aires entre 1917 y 1927. Licencia: dominio público.

Una especie de «literatura chulesca» según Miguel A. Rebollo («Notas sobre la lengua de Joaquín Belda» en *Anuario de estudios filológicos*, 1982), que a veces recoge usos de lenguaje que quedaron en simples modas pasajeras y no fueron a más... fruto claro está de su localización y su tiempo en los ambientes madrileños de principios de siglo XX.

El escritor realmente hace alarde de una búsqueda constante de variaciones lingüísticas llegando a poblar sus novelas de cultismos, latinismos, frases hechas y vulgarismos que hicieron que algunos críticos lo atacaran de lleno, acusándole de entrar en terrenos peligrosos de chistes fáciles o incluso por la creación de escenas demasiado vulgares y con un tinte demasiado soez.

Otras veces, hace gala de cierta «finura» culta al convertir una frase hecha, popular y malsonante como «Vengo de dónde me sale de los...» en:

vengo de donde me sale de la psiquis.

El éxito le llegará con más rotundidad con la publicación en 1911 de *La Farándula* refrendado en 1915 por *La Coquito*, que llegó a tener versión cinematográfica, proporcionándole una soltura económica que le permitió dedicarse a tiempo completo a la producción de su extensa obra. Pero lo cierto es que no todo eran triunfos, según Miguel A. Rebollo, en Belda «hay un exceso de 'sal gorda' y de mal gusto» y nos preguntamos si esta «sería la clave de su éxito y sus altos beneficios económicos por la venta de su literatura voluptuosa.



*Cubierta de La coquito (1916).
Licencia: dominio público.*

Sus mundos eróticos están claramente inspirados en un contexto dónde la sexualidad masculina es la predominante de la época y por supuesto con un claro carácter machista imperante en la sociedad.

Belda utiliza un amplio repertorio para nombrar el órgano sexual femenino. En algunas de sus novelas aparece como: Altar mayor / Gruta / Horno / Viaducto genital / Pasadizo sexual / Bosque de la Argona / Desfiladero sexual... entre otros y al órgano sexual masculino lo denomina: Lanza / Chimenea co-

losal / Imperativo categórico / Manga de riego / Ducha / Carburador / Cosa / Obelisco sexual...

A veces este lenguaje le lleva a caer en simplificaciones y vulgarismos que el sector más crítico aprovechará para menospreciar su estilo, quedando así oscurecida la figura del autor. Pero el escritor ante esos ataques no duda en responder:

... yo que no busco la inmortalidad, no me saldré del terreno de la sicalipsis, aunque me emplumen. Pero no cambiaré tampoco; es decir, no imitaré a los escritores que tomaron y toman en serio la pornografía.

Aun a pesar de su apuesta clara por una literatura humorística y despreocupada, Joaquín Belda es nuevamente atacado por ciertos sectores que no cejan en el empeño de buscar motivos para la censura y la denuncia, como ocurrió al publicar su obra *Los nietos de San Ignacio* donde Belda, inspirándose con toda probabilidad en sus días internos en el Colegio Santo Domingo de Orihuela, deja ver su vena liberal y anticlerical, al escribir un texto muy crítico sobre ciertas costumbres y perversiones de algunos religiosos. Por ello en 1916 es denunciado por los jesuitas. Es en esa época también cuando lo relacionan con un sórdido caso de «niñas desaparecidas» que fue famoso en la época.

Belda fue gran amigo de A. Precioso trabajando como «escritor exclusivo» en *La novela de Hoy*. Una novedosa forma por aquellos días, de contratar a los escritores que, firmando ex-



Cubierta de *La suegra de Tarquino* (1916). Licencia: dominio público.

clusividad para la editorial, recibían grandes cantidades de dinero por sus novelas. Aunque trabajar para su gran amigo Artemio Precioso, que con solo el nombre podría haber sido protagonista de alguna de sus novelas, también le trajo otro de sus grandes disgustos, la literatura que se publicaba en *La novela de hoy*, denominada como erótico-galante no fue bien vista por la censura primorriverista, y un relato de Ramón María del Valle Inclán, fue el detonante para que Miguel Primo de Rivera mandara perseguir y procesar al director de la revista y a los escritores que trabajaban para él, incluido nuestro autor cartagenero.

En 1924, estos hechos y los comentados en el párrafo anterior influyeron para que Joaquín Belda decidiera dejar España por un tiempo, residiendo en París y Biarritz, viajando mas tarde a la Costa Azul, Italia, Cuba, México y Nueva York.

Si entramos en otro tipo de análisis quizá mas profundo, comprobaremos que en la obra de J. Belda, hay un gran aspecto moralizador que se aleja mucho de la simple anécdota erótica. Así vemos como en muchas de sus novelas hay una crítica al juego, al donjuanismo, a una democracia mal entendida, arremetiendo incluso contra la corrupción y los chanchullos dentro de la política. Temas que desgraciadamente siguen siendo de gran actualidad y que no hemos conseguido superar. J. Belda con gran acierto literario nos ofrece su visión personal de un mundo centralista que el conoce bien.

Poco se recuerda pues a este escritor, y menos en su Cartagena natal, como ha ocurrido con otros tantos en nuestro país, a pesar de tener en su autoría cerca de cien obras entre novelas, cuentos, novelas cortas, artículos en revistas y prensa. Fue considerado como el mejor novelista erótico español en el primer tercio del siglo XX, género que en esa época alcanzó gran popularidad. Algunos críticos lo tildaron de escritor de «segunda fila» argumentando que solo se dejó llevar por su cómica facilidad de escritura, teniendo a su alcance la posibilidad de explorar otros mundos; aunque lo cierto es que en sus últimas novelas dejó de un lado los temas de su primera época, pero su

tiempo de «fama» había pasado y ya no tuvo la oportunidad de ser re-considerado.

Joaquín Belda trabajó para la editorial Renacimiento, que dirigía Gregorio Martínez Sierra, y posteriormente con exclusividad, para la editorial Atlántida, sin dejar de publicar obras de narrativa breve para otras colecciones como: Los Contemporáneos, El Libro Popular, La Novela Corta y El Cuento Nuevo. Colaboró igualmente para revistas y periódicos, como *Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro*, *Los Lunes del Imparcial*, *Cosmópolis* y *ABC*.

En 1978, resulta curioso como Ediciones Peralta rescató parte de su obra, incluyéndola en una colección con el sugerente y cómico nombre de «libros retozones».

Desde hace muy poco (2019), la editorial sin ánimo de lucro, Ganso Y Pulpo, que edita casi exclusivamente en formato digital, nos ofrece la posibilidad de releer parte de la obra de Joaquín Belda.

Tal y como nos comenta F. J. Díez de Revenga , cuando llega la República en 1931 intenta volver al género erótico, publicando obras como *La revolución del 69. Novela comunista*, *Una mujer de asalto* y *La feria del amor*. Pero empieza a ser consciente de como ese tipo de literatura está en declive y el 29 de diciembre de 1930, en el número 1927 de la revista «El Nuevo Mundo», en la sección «La Vida Literaria» podemos encontrar una reseña de *Me acuesto a las ocho*, su última novela en ese momen-

to. El crítico, después de hablar del peligro del encasillamiento de los escritores, nos dice:

Para la mayor parte del público, el nombre de Belda va unido a un tipo de literatura hoy en baja... Pero Joaquín Belda, escritor de su tiempo, ha comprendido que este tipo de literatura ha pasado... Y así, en las actuales novelas de Belda está eliminado aquel factor que dio origen al encasillado que citábamos al comienzo de estas líneas.

En 1934 empezó a escribir biografías, dedicándole una ejemplar a su paisano Isidoro Márquez. Quizás sea su última obra escrita, llena de admiración por el actor cartagenero, y desvelando la anécdota de haber nacido en la calle de los Cuatro Santos, en la misma casa que Isidoro.

Mucho tiempo después, el premio Cervantes 2015, Juan Goytisolo, escribió sobre Joaquín Belda destacando que su lenguaje era un «alarde de riqueza imaginativa y poética que no se encuentra en ninguno de los escritores españoles de su tiempo, con excepción de Valle-Inclán».

La popularidad que adquirió y su fama en el mundillo literario y social madrileño, está reflejada por ejemplo en el entierro en 1928 del gran escritor Vicente Blasco Ibáñez, pues Joaquín Belda fue uno de los que sacaron a hombros el féretro del escritor valenciano.

Es clara, pues, su relación en el círculo de intelectuales de la época, dónde en numerosas ocasiones y tertulias coincidió con autores de la talla de Azorín, Baroja, Valle-Inclán, Unamuno, Pérez de Ayala o Eduardo Zamacois entre otros.

Tal vez su producción literaria nos resulte chocante, anacrónica, fuera de este tiempo actual tan veloz, pero, sin lugar a dudas en muchos de sus escritos hay una gran vis cómica, mordaz y contestataria.

Joaquín Belda falleció en Madrid en 1935, con tan sólo 52 años de edad dejando tras de sí una ingente e interesante obra literaria y un claro olvido de la ciudad y la Región que le vio nacer.



Cubierta de La primera salida (1918). Licencia: dominio público.
Pueden leer a Belda en la Biblioteca Digital de la Región de Murcia
(clicar en la imagen).

La muerte de Rasputín

Daniel Torregrosa

En ocasiones, la Historia nos reserva oportunidades divertidas para aprender un poco más de la ciencia a través de algún hecho histórico, ya sea relevante o tan solo meramente anecdótico. El asesinato del enigmático monje y pseudomístico ruso Grigori Yefímovich Rasputín, en diciembre de 1916, es una de estas oportunidades donde, en este caso la química, juega un papel importante en la explicación de lo que pudo suceder en el pasado.

Rasputín, hijo de un ladrón de caballos y sin formación académica de ningún tipo, se ganó el favor de la familia real Romanov, y de buena parte de la aristocracia rusa, con sus falsas dotes de vidente y curandero pero también con sus famosas juergas y orgías sexuales sin freno. Era una especie de *influencer* o *coach* de su época, orgías aparte, aunque el calificativo de «pequeño» no servía para nuestro protagonista. Y no solo nos refe



*Grigori Yefimovich Rasputín.
Autor de la imagen: Karl Bulla
(1855–1929). Fuente: Wikiped-
ia. Licencia: dominio público.*

rimos a su altura física, ya que Rasputín medía casi dos metros, sino al presunto tamaño de su pene. La leyenda sobre las dimensiones de su miembro viril ha llegado a tal extremo que actualmente se muestra en el museo erótico de San Petersburgo, el que dicen es su pene conservado en formol. Pero al parecer se

trata tan solo de un pepino de mar disecado, y aunque todo el mundo lo sabe, nadie se va del museo sin el correspondiente *selfie* junto a este «pepino».



*Rasputín y sus admiradores, 1914. Fuente: Flickr. Autor: Krishna.
Licencia CC-BY.*

Pero volvamos a la historia del asesinato de Rasputín.

Algunos miembros de la aristocracia, cansados de la influencia y constante presencia de Rasputín en la corte del zar Nicolás II, acordaron su eliminación. A la cabeza de esta confa-

bulación se encontraba el príncipe Félix Yusúpov, marido de la princesa Irina, sobrina del zar. Con la excusa de que conociera a su esposa, Yusúpov invitó a Rasputín a una fiesta en su residencia. Rasputín aceptó sin dudarle, pensando quizá en una nueva orgía con Irina, o quizás con Yusúpov en plan trío, y no dudó en aceptar la invitación al lujoso palacio Moika, junto al río del mismo nombre, que rodea el centro de la ciudad de San Petesburgo.

Pese a lo aparentemente simple de un plan para acabar con la vida de Rasputín, la realidad se volvió mucho más complicada de lo inicialmente previsto y fueron necesarios varios intentos durante la misma velada para llevar a cabo el asesinato.

La noche del 29 de diciembre de 1916, un enorme banquete a modo de postre de pasteles y vino dulce estaba preparado para satisfacer al goloso Rasputín en los sótanos del palacio Moika del noble Yusúpov. Pero todos estos apetitosos manjares contenían una dosis letal de cianuro de potasio (*KCN*), uno de los venenos más peligrosos conocidos en esa época. El surtido de dulces contenía una cantidad de cianuro supuestamente cuatro veces superior a la necesaria para matar a una persona. Los enemigos de Rasputín querían asegurarse de que el veneno funcionara, y el hecho de añadirlo a estos dulces y no en otros alimentos de la cena, se hizo con el propósito de enmascarar el sabor amargo del cianuro. Todo debía salir bien.

Pastel tras pastel Rasputín no paraba de preguntar por Irina, que ni siquiera estaba no ya en el palacio sino en el mismo San Petersburgo, recibiendo respuestas elusivas de parte de Yusúpov, que le ofrecía insistentemente copas de vino dulce (sin cianuro) y más pastelitos envenenados.



*Sótanos del palacio Moika del noble Yusúpov (St Petersburg, abril de 1917).
Fuente: Wikipedia. Licencia: dominio público.*

Rasputín experimentó una leve reacción de malestar, pero siguió comiendo tan tranquilamente y bebiendo vino dulce como si no hubiera un mañana. Que finalmente no lo hubo para él.

El cuadro tuvo de ser de lo más surrealista. Cuando el príncipe Yusúpov y sus cómplices veían como Rasputín se comía los pasteles rebosantes de cianuro uno tras otro y manifestaba solamente un pequeño ardor de estómago que calmaba con más y más vino, el estado de intranquilidad iba *in crescendo*. El nerviosismo se apoderaba del ambiente... El éxtasis final de la noche llegó cuando Rasputín, embriagado hasta el límite por el vino, agarró una guitarra y comenzó a interpretar canciones del folclore ruso. En España hubiéramos cantado el mítico tema *A mí me gusta el pipiribipipi*, tras fase de exaltación de la amistad, pero en la Rusia de los zares no sabemos cuál era la moda musical de momento para este tipo de situaciones étlicas.

Los cronistas no se ponen de acuerdo pero no sería de extrañar que el espectáculo de la guitarra fuera la gota que colmara el vaso del desesperado Yusúpov, que inmediatamente fue a por su pistola y acabó disparando a Rasputín cuatro veces por la espalda. No sabemos si a la guitarra también, pero seguro que lo merecía.

El falso monje y *coach* de la realeza cayó abatido. Cuando Yusúpov se acercó al cadáver, y en un momento al más puro estilo *Terminator*, Rasputín se incorporó de forma súbita agarrando a Yusúpov por el hombro y maldiciéndole. Los gritos del príncipe alertaron a Vladímir Purishkévich, uno de sus cómplices, que volvió a disparar a Rasputín mientras este huía por las galerías subterráneas del palacio.

Pero nuestro duro personaje se escapó por otra puerta que daba al patio y corrió para salvar su vida. Purishkévich fue tras él y le volvió a disparar tres veces. Dos fallaron pero el tercer disparo le dio en el hombro a Rasputín que cayó finalmente al suelo. Purishkévich le remató con un tiro de gracia en la cabeza. Tras velar el supuesto cadáver pistolas en mano hasta las cinco de la mañana y convencidos, ahora sí, de que había muerto, decidieron tirarlo por un agujero del helado río Moika, situado junto al palacio. Al día siguiente se descubrió el cadáver y le fue realizada la autopsia en la Academia Militar de San Petersburgo. El dictamen forense del profesor Dmitri Kossorotov concluyó que la causa de la muerte fue, y aquí viene la sorpresa, por ahogamiento.

¿Qué salió mal? ¿Por qué no hizo efecto el cianuro en el intento de asesinato de Rasputín? La respuesta, como casi todo en esta vida, está en la química.

El cianuro potásico (y por extensión también el cianuro sódico) es una sal de color blanco, con una textura similar al azúcar, que reacciona con los ácidos (como por ejemplo el ácido clorhídrico presente en los jugos gástricos) desprendiendo ácido cianhídrico. Este último compuesto es el responsable de impedir que el oxígeno transportado por los glóbulos rojos llegue a las todas las células del organismo, impidiendo así el proceso de la respiración celular y causando la muerte por anoxia química.

Yusúpov no contaba con que el vino dulce que ofreció a Rasputín contenía una apreciable cantidad de glucosa. Y esta glucosa reacciona con el cianuro en medio ácido, dando lugar a una heptosa, con la desaparición de la molécula cianica en la reacción. De alguna manera, y por simplificar, la glucosa (con seis átomos de carbono) se enlaza con el carbono del cianuro para producir la heptosa (de siete átomos de carbono), neutralizando el efecto del grupo cianuro. Es una reacción muy parecida a la síntesis de Kiliani-Fischer, muy conocida en la Química Orgánica.

Otra posibilidad es la formación de cianhidrina al reaccionar los grupos aldehído de los azúcares con el cianuro de hidrógeno y actuando el cianuro de potasio como catalizador. El resultado final de la reacción reduce la toxicidad del veneno. Pero también, y es la posibilidad por la cual me decanto, Yusúpov calculara mal la dosis de cianuro sódico y no tuviera en cuenta el peso corporal de Rasputín, que dada su envergadura suponemos bastante elevado.

De una manera u otra, y asumiendo la hipótesis del envenenamiento, algo que no tienen claro todos los historiadores, el final de Rasputín sigue siendo objeto de discusión y controversia. Incluso se habla de que su asesinato fue perpetrado por los servicios secretos británicos (Cook, 2006). ¿El abuelo de 007? ¿Quién sabe?

Letrismo, nueva literatura

Asensio Piqueras

Letrismo, o como de un error de traducción o interpretación de una palabra, pasamos del vocablo en el amplio sentido a la expresión a la letra que la componen, del vocablo a la vocal.

Isidore Isou comete este error en la lectura de un libro de Graf Keyserling «El poeta dilata los vocablos». Y cambia por completo la forma de entender su lectura dándole un giro meridiano a la importancia de las letras, cada una de las vocales y consonantes que componen sus palabras, para pasar de un sentido a un sin sentido total, para formar palabras sin sentido y con un significado, aparentemente oculto.

Algo tan increíble al principio, traspasa la estructura de la palabra escrita, al ritmo de la poesía, estructurando cada una de sus composiciones en ritmo total.

No hay que perder de vista que la diferencia entre vocal y consonante es la *diferencia* entre un sonido y un ruido, es decir, la *diferencia* entre una serie de ondas sonoras regulares y un disturbio irregular del aire.

Se traspasa el arte del letrismo a la poesía, haciéndola música y la propia escritura en pintura.

Creaciones onomatopéyicas extemporáneas son las que empiezan a marcar la música en sus palabras.

1945 marca un antes y un después en la vida de Isidore Isou.

LE 8 JANVIER, à 21 h.
PREMIÈRE MANIFESTATION LETTRISTE
Nouvelle Poésie - Nouvelle Musique - Art Nouveau
□ □ □
De HOMÈRE au LETTRISME
par GABRIEL POMERAND
• PREMIÈRE LETTRE aux LETTRISTES
par ISIDORE ISOU
LA LANGUE et le LETTRISME
par F. POULOT
CONCLUSIONS
par GUY MARESTER
Des textes Lettristes seront dits par M^{lles} CRIQUET et ROSETTE
Par nos soins une LETTRE est un effet de l'ART
SALLE des SOCIÉTÉS SAVANTES, 8, Rue Danton (Métro : Odéon)
Prix des places, 25 fr. Salle chauffée

«Nueva Poesía - Nueva Música - Nuevo Arte [...] Una Letra es un efecto del Arte». Cartel de la primera manifestación letrista en París, 8 de enero de 1946 con Gabriel Pomerand e Isidore Isou. Fuente: monoscop.org. Autor: Dusan. Licencia: bajo las normas del fair use.

Da a conocer su manifiesto publicando en este año 1945, su Manifiesto Letrista, en el que lleva 3 años trabajando. Revolución sencilla dado el poco nivel cultural y político que domina al término de la II Segunda Guerra Mundial, y que, con poco, se hace mucho. Se van sumando poetas y escritores, algo que es lógico por ser el Letrismo la única innovación del momento, calificándose de revolucionario al principio, y encontrando rápidamente su contrapunto en algunos de sus seguidores que se hicieron más purista que el propio Isou.

Curioso el caso de Guy Debord. Reniega tanto del desarrollo del Letrismo fundamental, que aboga por el no trabajo, la autodestrucción del arte. Pinta, en un muro de París, junto a tres artistas más, la frase «No trabajéis nunca». Arrancando en ese momento el Letrismo internacional. Provocando al propio Charles Chaplin en una de sus películas, *Candilejas*, en *No trabajo*, y considerarlo un «chantajista emocional» y «un ídolo al que destruir».



Recreación del grafitti dibujado por Guy Debord en 1953. Fuente: Wikipedia. Autor: Lékrivin3. Licencia: CC BY-SA.

La filosofía del Letrismo va a más, dejando la parte literaria, esa escuela fundada por Isou, en una filosofía de vida. Hay que mirar el contexto en el que se encuentra en ese momento el Letrismo, final de la II Guerra Mundial, una postguerra durísima, el nivel, anteriormente citado, muy bajo política y socialmente. Pasan los años y nos metemos en la década de los 50 con cambios sustanciales. Avanza de tal modo que Anselm Jappe deja al descubierto a Guy Debord, diciendo que hay que desmontar al mundo para reconstruirlo de tal manera que no se empiece por la economía sino por la creación literaria generalizada.

Una manera de vivir sin trabajar, provocando constantemente, dando mítines en cualquier momento y situación, descaradas pintadas polémicas, escribiendo en billetes o en volantes, con una publicación periódica. Indeseables, bebedores y discuti-dores donde los haya. Buscan la pasión y la aventura desmedida antes que la cordura y la tranquilidad.

Todo esto desemboca en la lenta transformación del Letrismo al Situacionismo.

Técnicas como la deriva, el desvío y la construcción de situaciones.

Y esa locura empieza por *Desvariar* geográficamente llevando a situaciones aleatorias en el tiempo y espacio sin un sentido lógico. Viajes sin destino, al azar, sin sentido, rompiendo las normas establecidas tanto en los caminos como en lo que divi-

san, proponiendo una arquitectura que no sea solo la que se espera sino la que crea la posibilidad de seguir imaginando crear nuevas posibilidades. Arquitectura antifundacionalista.

Y aquí un inciso en mis derivas, se crean palabras que no están en ninguna academia de la lengua.



Isidore Isou, Amos (1953). Fuente: Wikiart.org. Licencia: bajo las normas del fair use.

Y nos lleva a los *Desvíos*. Collage que roba descaradamente la pura realidad y le añade elementos distintos para transmitir el mensaje deseado provocador, rompiendo los esquemas burgueses y llevando al extremo irónico en frases publicitarias, pinturas artísticas, slogans políticos como armas arrojadas contra lo establecido.



Collage Are the Situationists still relevant? Fuente: Flickr. Autor: dou_ble_you.
Licencia: CC BY-SA.

Y la *construcción de situaciones*, de tal manera que las hacen unitarias dentro de un colectivo significado en un juego de acontecimientos.

Ya no hay momento para el arte expresado, sino que la obra debe hacer sentir situaciones nuevas, sacar los elementos guardados rompiendo con las tradiciones del viejo mundo.

Llegado este punto tan complicado para los neófitos, y yo lo soy de sobra, vamos a resumir un poco lo anteriormente escrito en plan esquemático para darle una sencillez al Letrismo y a sus derivaciones posteriores.

En un primer momento, los letristas intentaron que la poesía, en el conjunto de las palabras que la componían, y de las propias vocales y consonante que la componía, se aproximaran a la música; el analfabeto como tal lo desestiman buscando la grafía como modo de expresión formal olvidando el aspecto semántico de su contenido. Más adelante consiguieron que otras artes visuales, música, teatro, o cine, llegando a cubrir las expectativas de las matemáticas, política o filosofía.

No importa lo que se escribe sino lo que nos dice visualmente la composición. Trasgresora totalmente.

El letrismo fue continuación de movimientos artísticos anteriores, como el futurismo ruso, el futurismo italiano y el Dada. Sus cultores creaban construcciones sonoras en las que só-

lo el valor estético de las palabras, las sílabas o incluso las onomatopeyas sin valor imitativo eran tomadas en cuenta, con lo cual acercaban la poesía a la música.

Y una frase final que supone un resumen de todo. La humanidad siempre tiene que iniciar algo para que los demás puedan continuarlo. La humanidad se plantea problemas que se tengan que resolver, no tiene sentido lo contrario,

Artistas Isidore Isou, Mimmo Rotella, Guy Debord, Jacques Villeglé, Joao Vieira, Ben Vautier, Maurice Lemaître, Gabriel Pomerand, Jan Kubiček y un largo etcétera.

Para mí, el Letrismo hay que verlo no leerlo.

Los ataúdes con campanilla

Marta Ferrero

«No hay suplicio alguno que pueda producir tal paroxismo y tan espantosa combinación de sufrimientos físicos y morales. El peso intolerable sobre los pulmones, los vapores sofocantes de la tierra húmeda, la presión de la mortaja, la convicción de lo inútil de las propias fuerzas, la lobretez de una noche absoluta, la presencia cierta e invisible del gusano destructor». Nadie como Edgar Allan Poe para mostrar el terror y la angustia que a cualquiera le produciría despertar y darse cuenta de que está en un ataúd bajo tierra y sin nadie que vaya a ir a rescatarle. Poe describió una escena parecida hasta en tres de sus historias, no sólo porque fuera algo que le aterrorizara personalmente sino porque era un miedo presente entre sus contemporáneos.

Al miedo a ser enterrado vivo se le llama tafefobia, tafofobia o tafeofobia, viene del griego «tafos» (tumba) y no era algo

irracional hasta que la ciencia actual permitió certificar sin ninguna duda el fallecimiento de una persona. Enfermedades como la peste o las epidemias sucesivas de cólera que asolaron Europa en diferentes etapas provocaban que los enterramientos se realizaran rápidamente para evitar contagios. Era común la práctica de reutilizar los nichos, y al revisar algunos de los ataúdes encontraron marcas de arañazos en la parte interior, señal de intentos desesperados de salir de su tumba de la persona a la que habían enterrado viva. Esas historias reales y algunas otras inventadas se convirtieron en leyendas que llegaron también a EE.UU.

Uno de los primeros casos de los que se tiene noticia por un libro de Francis Bacon es el del filósofo John Duns Scoto, fallecido en 1308. El mito dice que fue encontrado fuera de su ataúd con las manos rotas y ensangrentadas, como si hubiera intentado escapar. En el libro *Varia historia* (1594), el español Luis Zapata de Chaves recoge varios casos de enterramientos prematuros durante la epidemia de peste en Málaga. Fray Luis de León no consiguió la santidad porque cuando se abrió su ataúd se encontró que estaba arañado por dentro. Imaginaron que había intentado salir con desesperación y esa desesperación no era compatible con alguien que tuviera una fe serena e inquebrantable en la otra vida.

Contemporánea a los cuentos de Edgar Allan Poe es la historia de la madre del general Robert E. Lee, Anne Hill Carter

Lee sufría narcolepsia y en ocasiones caía en un sueño profundo muy similar a la muerte. En 1804, fue dada por muerta y enterrada en la cripta familiar. Afortunadamente, un familiar acudió a llevarle flores y escuchó golpes dentro de la tumba. Cuando consiguió abrirla la encontró viva y algo confusa. Murió de nuevo, y esta vez de verdad, en 1829. Otro caso que se convirtió en una celebridad es el del francés Angelo Hays, ya en el siglo XX (1937). Sufrió un accidente de moto que le desfiguró la cara y lo dieron por muerto enterrándole en una caja. El seguro exigió comprobar las circunstancias de la muerte y al abrir el ataúd lo encontraron vivo, aunque en un coma del que se recuperó. Angelo se hizo famoso y diseñó un ataúd que incluía una despensa, un retrete químico y una radio para comunicarse con el exterior.

El miedo al entierro prematuro, a ser enterrado vivo, estaba tan extendido en esa época que muchos testamentos y documentos históricos recogen instrucciones muy precisas para evitar que sucediera.

Lord Chesterfield escribió a su nuera que «todo lo que deseo para mi propio entierro es que no me entierren vivo». La última petición de George Washington fue «hacedme un entierro decente, pero no pongáis mi cuerpo en el ataúd hasta que pasen al menos dos días de mi muerte». Han Christian Andersen dejó una nota escrita a mano en su mesilla de noche que decía «sólo parezco muerto» y las últimas palabras de

Chopin fueron «la tierra es asfixiante, juradme que me abriréis en canal para que no pueda ser enterrado vivo». Por eso el cuerpo del músico permanece en París, pero se extrajo su corazón que está depositado en una iglesia de Varsovia.

En el siglo XVIII los signos de muerte no estaban claros y había pruebas de todo tipo para comprobar si alguien seguía vivo: verter vinagre o pimienta en la boca del cuerpo, aplicar un hierro caliente en los pies, introducir insectos molestos o galvanizar cuando eso se puso de moda. En el siglo XIX la electricidad era una novedad fascinante y científicos como Galvani experimentaron con cadáveres de animales y de seres humanos convencidos de que el impulso eléctrico podría devolverles la vida. En ocasiones tuvo un efecto similar al desfibrilador y, efectivamente, reanimó a algún enfermo.

Mediado el siglo XVIII se publicó un libro que modificó el proceso de enterramiento para garantizar que no había errores. *Mortae incertae signa* (*Señales de muerte incierta*) del doctor J. B. Winslow provocó cambios en las leyes de varios estados alemanes que establecieron que había que esperar entre 24 y 48 horas antes de enterrar a alguien para certificar que realmente estaba muerto. En 1788, el médico austríaco Johann Peter Frank recomendó que los cadáveres se mantuvieran sobre la tierra esperando el inicio de la putrefacción, que en aquellos momentos era el único signo de muerte que consideraban indiscutible. Para poder realizar esa espera en buenas

condiciones el doctor aconsejaba la creación de unas casas donde los cuerpos pudieran ser vigilados. Así apareció el primer *vitae dubiae asyllum*, el asilo para la vida dudosa, inaugurado en Weimar en 1792. El concepto no es tan diferente a las morgues actuales, solo que el ambiente era caliente y lo que se esperaba era la putrefacción, mientras que en las morgues se conservan los cuerpos en frío para evitarla.

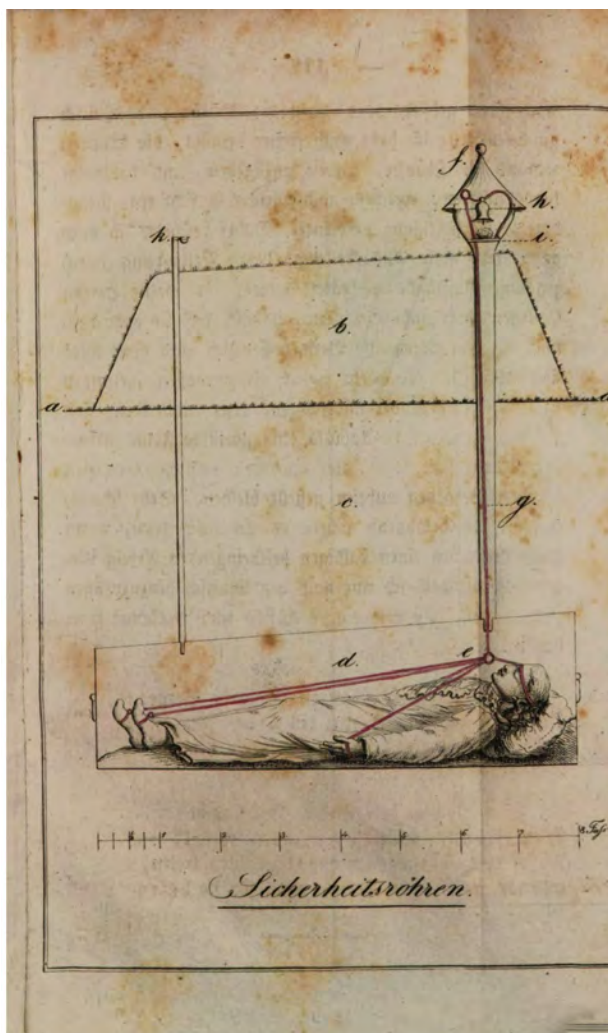
En Munich la casa mortuoria tenía una sección para los muertos comunes y otra más lujosa para los que podían permitírsela. Y admitía visitas. El público pagaba una entrada para poder ver a esos cuerpos que esperaban pacientemente a ser declarados cadáveres o a «resucitar» de repente. Para evitar la posibilidad de que esos muertos dudosos despertaran cuando nadie podía verlos, tenían cuerdas amarradas a sus dedos y conectadas con un armonio de fuelles de manera que si realizaban algún movimiento, el armonio actuara como alarma. El problema es que la putrefacción provoca hinchazón y eso activaba el mecanismo en ocasiones. La idea de un armonio sonando durante la noche en una enorme habitación llena de muertos da casi tanto miedo como la escena que describía Poe.

La costumbre de dejar pasar al menos 24 horas antes del entierro y pasar la noche «velando» al difunto aún se conserva y ese acompañamiento tiene mucho de vigilancia, aunque la ciencia actual lo haya convertido en algo innecesario. En esos velatorios y en las morgues es donde en contadas oca-

siones se han producido «resurrecciones» de personas que incorrectamente habían sido declaradas difuntas incluso ya en el siglo XXI.

Pero volvamos al pasado. No todos los países tenían esos hospitales de espera, pero el miedo era común y como alternativa individual surgen los ataúdes de seguridad. El primero fue diseñado a petición del duque de Brunswick en 1790: contaba con una ventana que dejaba entrar la luz y un tubo para suministrar aire fresco. Además, la tapa no se fijaba con clavos por fuera sino con una cerradura que se podía abrir por dentro con una llave que quedaba accesible para el miedoso duque. Este modelo elimina dos de los elementos que provocan que ser enterrado vivo sea más terrorífico: la oscuridad y la falta de aire. Es curioso que muchos de los sistemas posteriores no los incluyeran y se centraran en la posibilidad de avisar para que alguien acudiera al rescate.

El doctor Adolf Gutschmuth se preocupó por la necesidad de respirar, pero también por la de comer y beber y en su prototipo de 1822 se podía comer. Cuentan las crónicas que «estrenó» su invento y recibió sopa, salchichas y cerveza, al salir reconoció que había sido algo incómodo, pero quedó satisfecho. El ataúd de seguridad que tuvo más fama fue el de otro doctor, Johann Gottfried Taberger, que en 1829 ató a la cabeza y las extremidades del fallecido un sistema de cuerdas con una campana que quedaba en el exterior de la tumba y permitiría



Artilugio de Taberger, ilustración de su obra Der Scheintod in seinen Beziehungen auf das Erwachen im Grabe und die verschiedenen Vorschläge zu einer wirksamen und schleunigen Rettung in Fällen dieser Art [La aparente muerte en su relación con el despertar en la tumba y las diversas sugerencias para un rescate efectivo y rápido en casos de este tipo]. Fuente: Europeana, Bayerische Staatsbibliothek (Munich). Licencia: CC BY-NC-SA

avisar si el muerto despertaba. La campanilla estaba protegida del viento por una carcasa y una mejora del modelo incluía un tubo por el que el salvador podría insuflar aire con un fuelle para dar más tiempo al rescate. Como los cuerpos se hinchan al pudrirse esas campanillas sonaban a menudo poniendo los pelos de punta a los visitantes.

Quizá Taberger se inspiró en la idea del sacerdote alemán P.G. Pessler que en 1798 sugirió que todos los ataúdes tuvieran un tubo insertado con un cable en su interior que los uniría con las campanas de la iglesia. Si alguien se despertaba en su tumba, todo el pueblo acudiría a su rescate. Un compañero de Pessler, el pastor Beck, propuso algo más sencillo, aunque más repulsivo, el tubo uniría el ataúd con el exterior para que el sacerdote pudiera comprobar la putrefacción del cadáver oliendo a través de él.

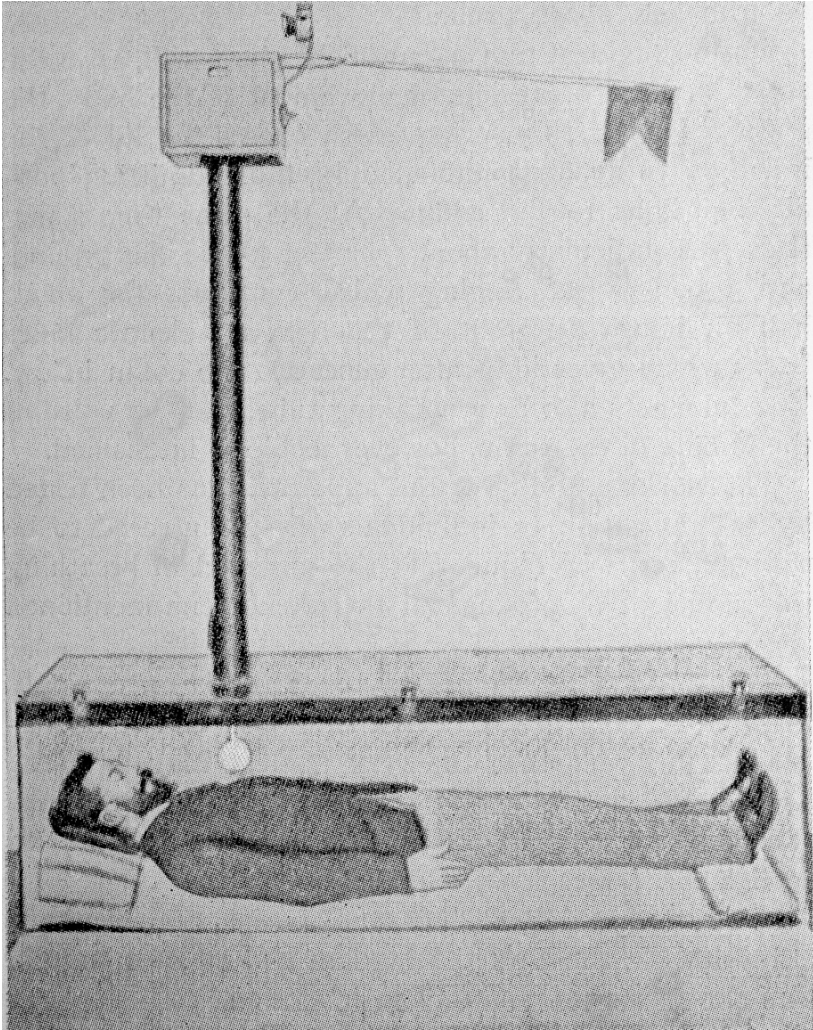
En EE.UU. la tumba del Dr. Clark Smith es la atracción turística del cementerio de Evergreen, ya que tiene una ventana que permite ver el proceso de putrefacción. Además, el buen doctor murió el día de Halloween de 1893. Unos años después, en 1897, el conde ruso Michel de Karnice-Karnicki consiguió gran repercusión en la prensa para la demostración pública de su ataúd que contaba con sistema de alarma y apertura de entrada de aire. Lo probó con su pobre ayudante que casi pierde la vida y arruinó su reputación comercial para siempre.



Tumba de Timothy Clark Smith (14 Jun 1821–25 Feb 1893), cementerio Evergreen, New Haven, condado de Addison, Vermont, EE. UU. Fuente: por cortesía de Find a Grave, (<https://es.findagrave.com>) Autora: Brina Wolfe-Cavoli.

En 1995 el inventor Fabricio Caselli sintió la necesidad de patentar un ataúd con alarma de emergencia, sistema de intercomunicación, luz, aparato de respiración, monitor de pulsaciones y estimulador del corazón. Casi nada.

En la historia de Edgar Allan Poe el narrador padece catalepsia, algo que tiene en común con el mentalista Was-



Invento del conde Karnice-Karnicki. En William Tebb, Premature Burial and how it may be prevented [Enterramiento prematuro y cómo puede prevenirse]. London: Swan Sonnenschein & co., 1905. Fuente: Europeana, Colección Wellcome (Reino Unido). Licencia: CC-BY.

hington Irving Bishop que llevaba siempre en el bolsillo una nota que pedía que no le enterraran antes de que pasaran 48 horas por si estaba sufriendo uno de sus ataques. La mala suerte quiso que muriera (en 1889) y fuera enterrado sin que nadie comprobara sus ropas. Cuando llegó su familia ya le habían hecho la autopsia.

También la narcolepsia podría llevar a un entierro prematuro, como vimos en el caso de Anne Hill Carter, pero hay otra condición más que puede estar relacionada: el síndrome de Cotard. Es una enfermedad mental relacionada con la hipocondría, un escalón más dentro de la tapefobia, ya que el paciente tiene tal terror que se convence de que está muerto y siente los síntomas de la putrefacción en su cuerpo.

La verdad es que es muy difícil sobrevivir a un entierro prematuro sin una aportación de oxígeno, pero si se proporciona aire, al menos durante un tiempo, es una de las formas más horribles de morir y por eso se ha utilizado como tortura en el mundo real y se sigue empleando como recurso narrativo en la ficción. Combina los mayores miedos del ser humano con un factor «contrarreloj» que es infalible para mantener el suspense. En *Buried*, Ryan Reynolds despertaba en un ataúd donde se desarrolla prácticamente toda la trama de la película y en *Kill Bill* Uma Thurman conseguía librarse con unos puñetazos imposibles y desenterrarse ella misma resurgiendo de la tierra.

Es curioso que podemos encontrar casos de personas enterradas vivas y de afortunados que, contra todo pronóstico, salieron de sus tumbas o de la morgue, pero no hay ni un solo registro de que uno de esos tapefóbicos con suficiente dinero como para pedir ser enterrado en un sofisticado ataúd utilizara la campana, o cualquiera de los recursos a su alcance, para ser rescatado.

Los campos de concentración estadounidenses para japoneses

Bandinnelli

La Segunda Guerra Mundial es uno de los episodios de la historia más conocidos y, sin embargo, casi siempre se repiten las mismas historias, una y otra vez, ignorando muchos aspectos del conflicto muy relevantes.

Un ejemplo paradigmático son los campos de concentración que se levantaron en Estados Unidos durante la guerra, un episodio de odio y desprecio que sigue apartado de la versión oficial, dulcificada por mor de la gloriosa victoria de los Aliados (sobre todo Estados Unidos) en la Segunda Guerra Mundial.

Para introducirnos en este asunto tenemos que conocer un poco la situación que vivía Estados Unidos en 1942. Un año antes había sufrido los bombardeos japoneses en Pearl Harbor que con tanto empeño han grabado los estadounidenses en nuestras retinas a través del cine y la televisión. Esos bombar-

deos llevaron al gobierno a recelar de los japoneses residentes en el país, lo que se hizo extensible a los estadounidenses con ascendencia japonesa ¡de hasta tercera generación! De hecho, corría un rumor que decía que estaban preparando una especie de revuelta en el país, aunque no había ninguna prueba que sostuviese esa afirmación.

Ese recelo cristalizó en la Executive Order 9066, firmada el 19 de febrero de 1942 por el presidente Franklin D. Roosevelt. Escudándose en la defensa nacional y la protección contra el es-



Thad Zajdowicz

Aplicación de la Orden Ejecutiva 9066 (fotografía tomada en el Museo Nacional Japonés-Americano de Los Ángeles. Fuente: Flickr. Autor: Thad Zajdowicz. Licencia: dominio público.

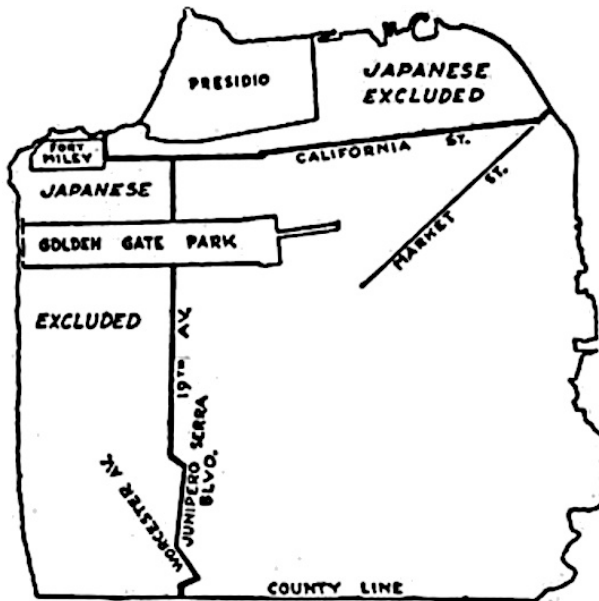
pionaje, la orden abría la puerta a establecer zonas de exclusión militar dentro del país, a lo que siguió un endurecimiento de las penas con multas de miles de dólares y hasta un año de prisión para quienes se resistiesen. En marzo de ese mismo año se establecieron ese tipo de zonas en estados de la costa oeste como Washington, Oregón, California o Arizona, y se pidió a todos los japoneses y descendientes de japoneses que se preparasen para viajar a partir del 31 de marzo.

Alrededor de 120.000 personas fueron obligadas a vender sus negocios e incluso viviendas, y se las llevó a campos de concentración que, para maquillar el asunto, eran llamados «de reubicación».

Parece necesario parar un momento y poner la lupa sobre el asunto. Es lógico que un país pose un ojo extra sobre los ciudadanos de un país enemigo que residen en su país, por supuesto, pero el problema de estos campos de concentración es que el setenta por ciento, ojo, el setenta por ciento de las personas que fueron a parar a ellos eran en realidad ciudadanos estadounidenses. Por si fuera poco, muchos de los que no tenían la ciudadanía residían de manera legal desde hacía varias décadas.

Este despropósito manifiesto alarmó a J. Edgar Hoover, director del FBI, que se opuso a la medida y expuso en informes, junto a otras agencias de inteligencia estadounidenses, que no había sospechas de rebelión o sabotaje relacionadas con esos ciudadanos.

Nada de eso frenó al gobierno de EE. UU. Hasta en diez campos se erigieron barracones con materiales de baja calidad, sin tener en cuenta las condiciones climáticas del lugar, rodeados de alambrada y vigilados por soldados. Durante el tiempo que estuvieron encarcelados, algunos presos se resistieron y protagonizaron revueltas de diversos tipos. Algunas estuvieron motivadas por el comportamiento del personal de los campos, que en algunos casos robaban provisiones (sobre todo azúcar y carne) para venderlos en el mercado negro. El episodio más con-



San Francisco, mapa ilustrativo de las instrucciones para la evacuación de personas con ascendencia japonesa hacia el campo de concentración de Manzanar. Fuente: Museo virtual de la ciudad de San Francisco. Licencia: dominio público.

ocido ocurrió en el campo de Manzanar (California) en diciembre de 1942, en el que las protestas llevaron a unas 3000 personas al área de administración y los soldados y la policía los dispersaron con gases lacrimógenos y disparos que mataron a un chico de 17 años y otro de 21.

La situación no cambió hasta diciembre de 1944, cuando el gobierno decidió comenzar a liberar a los presos poco a poco hasta que se cerraron todos los campos en 1946.



Miembros de la familia Mochida Family esperan para ser evacuados al campo de concentración (Hayward, California). Fuente: Wikipedia. Autor: Department of the Interior. War Relocation Authority. Licencia: dominio público.

Los presos tuvieron que rehacer sus vidas, en algunos casos desde cero, pues habían perdido todas sus posesiones. Sin embargo, este no fue el final del conflicto, ya que no se permitió a personas nacidas en Japón nacionalizarse como estadounidenses hasta 1952. Además, el gobierno no hizo nada hasta 1976, cuando Gerald Ford se disculpó oficialmente por el trato dado a esas personas, camino de reparación que continuaron los presidentes Jimmy Carter en 1980 y Ronald Reagan en 1988. Pero esas disculpas e intentos de reparación no vinieron de la nada, sino que fueron el fruto de la lucha de asociaciones como la Japanese American Citizens League.

Sin embargo, nos gustaría insistir en que el maltrato a los japoneses y otras personas racializadas en Estados Unidos no se circunscribe a episodios concretos. Si bien Italia y Alemania eran tan enemigos de Estados Unidos como Japón, no se persiguió a sus ciudadanos con el mismo ahínco. Entre alemanes, italianos y descendientes de ambos, no fueron ni 12.000 personas las que terminaron en campos de concentración, número que palidece junto al de japoneses y descendientes, sobre todo teniendo en cuenta que los italoamericanos se contaban por millones. Parece que a los descendientes de europeos no se les cuestionaba su lealtad hacia EE. UU. de la misma manera que a los japoneses.

Pero es que eso no era nuevo. En el caso de los japoneses, como a otros asiáticos, les fue negada la posibilidad de naciona-

lizarse en 1924, impidiendo así el acceso a propiedades, voto o postularse para cargos públicos. Tampoco parece que ayudase la prensa del momento, que ponía el ojo en la raza, como este editorial de 1943 de *Los Angeles Times*: «Como raza, los japoneses han alcanzado un récord de traición insuperable en la historia. Cualesquiera que sean las ventajas teóricas de liberar a aquellos bajo restricciones en este país, se verían enormemente superadas por los riesgos».

Además, investigando la vida de algunos presos de estos campos de concentración, como la de Fred Korematsu, nacido en 1919 en California, podemos conocer más detalles de este trato. Korematsu había sido rechazado al intentar alistarse en la Marina en 1940 y perdió su empleo tras el bombardeo de Pearl Harbor por «ser japonés». Fue obligado a ir a uno de los campos de concentración, en Utah. Después de su estancia se le prohibió regresar al oeste, así que se estableció en Lake City, Utah, donde le pagaban la mitad que a sus compañeros de trabajo blancos, y tuvo que abandonar el trabajo tras quejarse y amenazarlo su jefe por llamar a la policía por ser japonés. En 1983, tras años de lucha en tribunales, consiguió limpiar su nombre, hasta entonces unido a una condena en los registros, y en el juicio dijo: «Me gustaría ver al gobierno admitir que estaba equivocado y hacer algo al respecto para que esto no vuelva a sucederle a ningún ciudadano estadounidense de cualquier raza, credo o color». Con los años, se convirtió en un símbolo de

las luchas civiles, y se le reconoció con diversos como la Medalla Presidencial de la Libertad, entregada por Bill Clinton, o el Fred Korematsu Day, decretado por el gobernador de California Arnold Schwarzenegger.

Los Mopses: un intento de romanizar la masonería

María José Sevilla

En 1738 el Papa Clemente XII, ciego y postrado en la cama por culpa de una artrosis severa unida a otras dolencias menores, publicó la Encíclica *In eminenti apostolatus specula*, en la que condenaba y prohibía las «sociedades, asambleas, reuniones o conventículos de francmasones, bajo pena de excomuni3n», a la vez que obligaba a los Obispos, prelados superiores y ordinarios a informarse y denunciar a los herejes.

A pesar de que en la justificaci3n del texto el anciano sucesor de San Pedro incluy3 el parecer de «muchos cardenales de la Iglesia Romana», algunos contempor3neos quisieron ver la influencia de sus confidentes m3s cercanos, al frente de los cuales estaba su sobrino y brazo ejecutor, el cardenal Neri Corsini, considerado como el m3s poderoso nepote del siglo XVIII, especialmente preocupado por la llegada a la ciudad de Florencia del Bar3n de Stoch, un revolucionario ciudadano ingl3s apasionado

de las antigüedades, que pregonaba ideas de libertad contrarias a la rigidez de la Iglesia y se proclamaba públicamente como miembro de una Logia Masónica en la ciudad que, siempre según sus palabras, poseía un gran secreto, que podía poner en riesgo el poder eclesiástico. Abundando en los rumores se hablaba de la posibilidad de que fuera un espía al servicio de su país. Arrendó para instalarse cómodamente el *palazzo* Rodríguez de Montalvo donde recibía a otros estudiosos europeos y celebraba reuniones no exentas de una cierta clandestinidad.

En realidad no era extraño el que en las Logias Masónicas europeas existieran miembros ingleses o escoceses, considerados herejes en el Universo Católico, puesto que la Masonería se originó en las islas y se extendieron al continente por medio de sus diplomáticos y militares de alta graduación.

No quiso el Papa precipitarse en el castigo, a pesar de que desde finales del siglo XVI el Papado estaba en cierto modo preocupado por la nueva sociedad que surgía con mucha fuerza en casi todos los países de Europa, no ya por el comportamiento de sus integrantes, sino por el contenido del juramento realizado al ingresar, que daba pie a numerosas teorías conspiratorias contra el poder de la Iglesia en el Continente. De hecho existe documentación relativa a la petición realizada por Clemente XII antes de promulgar la Encíclica, al Gran Duque de Toscana para llevar a cabo la expulsión del personaje conflictivo de la ciudad. No se atrevió el gobernante por temor a crear un conflicto diplomático con el Rey de Inglaterra. Esta tibieza tuvo como resultado la am-



Ilustración extraída L'Ordre des francs-maçons trahi et le secret des Mopses révélé, de Gabriel-Louis Pérau. Publicado en Ámsterdam en 1758. Fuente: Gallica. Licencia: dominio público.

pliación del celo inquisidor de los nepotes a las logias de las ciudades de Venecia y Pisa.

Finalmente el Papa resolvió aplicar esa medida punitiva no sólo a los miembros de las logias italianas, sino extenderla a los pertenecientes a todas las existentes en la Europa católica basándose en la «universalidad» de la sociedad masónica.

La dureza de la orden afectó a muchas logias y pronto comenzaron a surgir confesiones de arrepentimiento y declaraciones de buena fe, ante la posibilidad de pérdidas de empleo y otro tipo de castigos que podían incluir cárcel y destierro, ya que muchos gobernantes acataron de inmediato las disposiciones de la Encíclica y pusieron a disposición de Roma todo el aparato represor de su Estado.

Es en este ambiente de sumisión y obediencia a la cúpula Vaticana donde destaca la posición adoptada por el Arzobispo Elector de Colonia, Clemens August von Bayern que, no contento con aceptar de buen grado la Encíclica, a quien se le atribuye la fundación en Baviera, (con algunas teorías en contra de dicha adjudicación inicial) de la insólita *Orden del Pug* (*Mops Order*, *Ordre des Mopses*) que toma el nombre de una raza de perro oriundo de China pequeño pero con fuerte musculatura, leal y cariñoso que se convierte en símbolo de la Ilustración, con la doble intención tanto de aglutinar a los masones católicos que no entendían esa excomunión como conservar las buenas relaciones de la familia con Roma.

En un tiempo en el que el nepotismo era también práctica común en las cortes europeas y las dignidades religiosas se transmitían de generación en generación, la dinastía de los Wittelsbach a la que él pertenecía, regentó durante casi doscientos años el Arzobispado de Colonia que por su extensión territorial era uno de los más importantes del Imperio Romano Germánico. Incluía el Obispado de Münster, Hildesheim y Osnabruck (y en determinados momentos el de Lieja) además de llevar aparejado el importantísimo cargo de Elector de dicho Imperio.

Clemens August fue elevado al puesto gracias a los buenos oficios de su tío Joseph Clemens (que le precedió como Príncipe Arzobispo de Colonia) y que se ocupó durante los años anteriores de conseguirle la Diócesis de Ratisbona y otras prebendas a la espera de que lo sustituyera tras su fallecimiento.

La nueva Sociedad compuesta exclusivamente por Católicos Romanos se extendió rápidamente por los países limítrofes y adoptó, a imagen y semejanza de los Masones, una serie de estatutos, signos y símbolos para que sus miembros se reconocieran entre sí, aunque para ponerse a cubierto de la excomunión obviaron el asunto del juramento, ya que este punto era el que había provocado las iras del Papado. Únicamente se pedía al recién llegado la promesa de no comunicar los secretos de la Logia.

Una de las particularidades de esta Orden fue la aceptación del sexo femenino entre sus miembros, algo impensable en el



Ilustración extraída L'Ordre des francs-maçons trahi et le secret des Mopses révélé, de Gabriel-Louis Pérau. Publicado en Ámsterdam en 1758. Fuente: Gallica. Licencia: dominio público.

origen de la Masonería. Podían ocupar las mujeres todos los puestos excepto el de Gran Maestro. En cada Logia existían dos Maestros (hombre y mujer) que gobernaban alternativamente durante seis meses al igual que el resto de los cargos.

Los miembros pertenecían a la nobleza y a la alta sociedad, por lo que el número de ellos no era alto en cada Logia. Los aspirantes eran presentados y debían someterse a un examen de la Asamblea que juzgaba sus valores morales y costumbres.

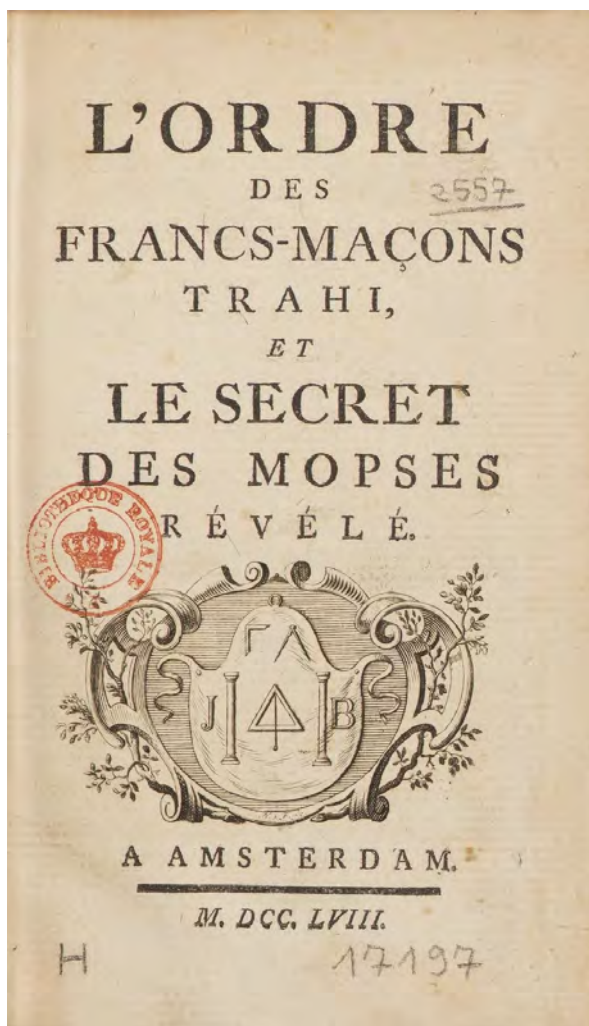
Una vez aprobada la propuesta por unanimidad, sin la cual el candidato quedaba excluido, se celebraba la ceremonia de ingreso similar en sus prolegómenos a las masónicas habituales.

Tras vendarle los ojos y acompañado por uno de los miembros ante la puerta de la Logia, comenzaba la originalidad del proceso. El solicitante, en vez de golpear, pidiendo permiso, arañaba tres veces la puerta como si fuera un perro y ladraba hasta conseguirlo. Cuando le abrían, le entregaban una cadena, símbolo de fidelidad del perro al hombre, y le colocaban un collar de cuero antes de agarrarlo de la mano derecha y hacerle dar nueve vueltas por un espacio simbólico dibujado en el suelo, mientras los miembros golpeaban el suelo con espadas, cadenas, bastones y otros objetos semejantes, todo eso acompañado de un coro de voces lúgubres y discordantes: «Memento mori, memento mori, piensa que es necesario morir», con la única finalidad de asustar al aspirante. Esto provocaba en muchos casos, sudor, temblor de

piernas e incluso desmayos, no solo en las mujeres sino también en los hombres. Llegado un momento los gritos disminuían, el ruido se mitigaba y terminada la última vuelta el Gran Maestro preguntaba al Recipiendario por sus intenciones, y lo examinaba acerca de los conocimientos de los estatutos de la Sociedad. No acababan aquí las pruebas humillantes y los momentos de espanto hasta que finalmente se le preguntaba al postulante si quería ver la Luz. Ante su respuesta afirmativa se le despojaba de la venda que cubría sus ojos y se brindaba con vino tras la promesa ritual de acatar las Leyes de la Sociedad y besar el trasero de un Mop en una reproducción de porcelana.

La Orden sufrió distintos altibajos. Sabemos que vivió momentos de esplendor en la ciudad de Bayreuth en el entorno de la princesa Wilhelmina de Prusia, que junto con su esposo, se rodeó de un círculo importante de intelectuales y artistas. Tres años después de su fundación, fue prohibida en la universidad alemana de Gottingen y desconocemos su desarrollo posterior y finalmente quedó proscrita en Europa. Revisiones actuales sitúan a los Mopses más en la línea de asociaciones recreativas que como logias masónicas.

De cualquier forma no fueron suficientes los esfuerzos realizados por Clemens August para agradar al Papado, que, por encima de otros parámetros, estaba demasiado atento a la vida privada del Arzobispo. Su relación amorosa con Mechthild Brion ,



Portada de L'Ordre des francs-maçons trahi et le secret des Mopses révélé, de Gabriel-Louis Pérau. Publicado en Ámsterdam en 1758.

Fuente: Gallica. Licencia: dominio público.

Es difícil resumir la ceremonia de Iniciación en el espacio de un artículo, quien lo desee puede clicar sobre la imagen y acceder a la obra completa.

y el nacimiento de su hija ilegítima Anna Marie propiciaron que el Pontífice no permitiera que a su muerte le sucediera en el cargo su hermano. El linaje de los Wittelsbach no volvió a gobernar ese importante principado eclesiástico del Sacro Imperio Romano Germánico.

Los moriscos hornacheros (de agricultores a corsarios)

Juan Abenza Valverde

Un pueblo unido.

Hasta finales del siglo XV, los mudéjares de todos los reinos de España habían sido respetados en su fe y en sus tradiciones. Fue en 1502 cuando, a través de una pragmática, se les obligó a elegir entre el bautismo o la expulsión. A excepción de unos pocos que optaron por marcharse, la mayoría decidió bautizarse antes que abandonar sus casas y sus tierras. Todo bien en apariencia, hasta que la jerarquía eclesiástica puso todo su empeño en hacer efectiva aquella conversión, y diseñó rigurosos planes de catequesis. Pero los moriscos, así llamados desde entonces, no estaban dispuestos a abandonar sus arraigadas tradiciones, al menos a nivel familiar y privado. Pronto surgieron las denuncias de los cristianos viejos aduciendo que su conversión era falsa, que no comían cerdo ni probaban el vino, que ayunaban en el Ramadán, que circuncidaban a sus hijos, que

vestían a estilo moro y que seguían hablando en árabe. Se les acusaba además de no asistir a misa con el suficiente decoro, haciendo guiños y risitas en el momento de la consagración. En consecuencia, no tardaron en llover los juicios de la Inquisición.

Aquí nos centraremos en el destino final de los moriscos de Hornachos, un pueblo de Badajoz cuya población era morisca casi en su totalidad. En 1603, como quien dice en vísperas de su expulsión, el capitán Alonso de Contreras, tras requisarles un depósito de armas, se quejaba con cierto sarcasmo: “en Hornachos, menos el cura, son todos moriscos”. Algo parecido sucedía en numerosos pueblos de Andalucía, Murcia, Valencia y Aragón, pero el caso de Hornachos era distinto debido a su numerosa población, cercana a los cuatro mil habitantes. Los hornacheros formaron siempre una comunidad solidaria y bien co-



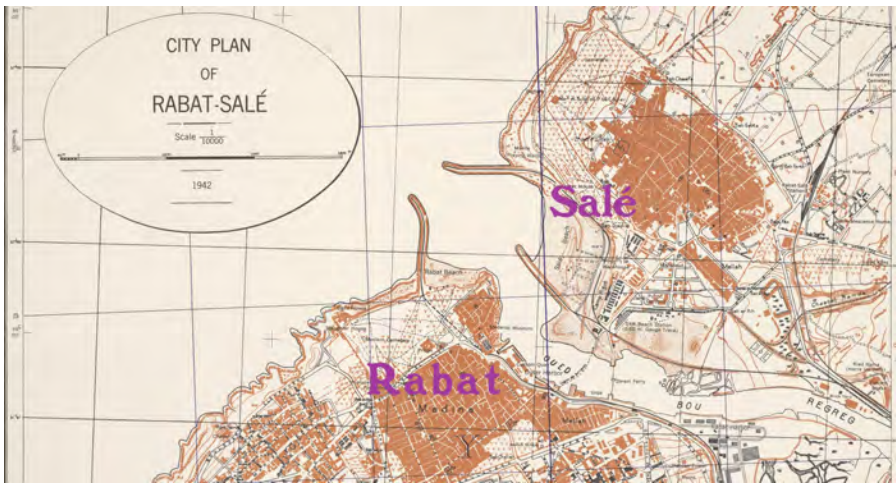
Vista del pueblo de Hornachos. Fuente: Google maps.

hesionada, gozando además de una economía próspera, basada en los cultivos de cereales, olivos y viñedos más la ganadería y las colmenas. Todo eso los hacía fuertes y poderosos, además de respetados e incluso temidos. Habían obtenido del rey Felipe II (pagándolo, claro), el privilegio de llevar armas. Por otro lado, al ser casi todos moriscos, sus alcaldes y demás autoridades municipales también lo eran, lo cual les permitía dotarse de los instrumentos del poder, que no era pequeño en un pueblo de 4.000 habitantes en aquella época. Eran conscientes de la importancia de mantenerse unidos en la defensa de su fe y tradiciones. Lo habían demostrado en más de una ocasión rebelándose cuando las veían amenazadas, como ocurrió en 1526, cuando, a raíz de un decreto que prohibía todo culto no católico, se atrincheraron en el castillo durante dos semanas. Al final se rindieron, y les derribaron el castillo, pero siguieron fieles a sus tradiciones. Otra muestra era el «desbautizadero», una fuente de Hornachos donde realizaban un rito para desbautizar a sus hijos, imponiéndoles un nombre moro. Ni que decir tiene que Hornachos acaparó la mayor proporción de casos en el tribunal de la Inquisición; y, como las penas eran pecuniarias, se convirtieron en los mayores contribuyentes al Estado.

La salida al exilio.

En enero de 1610 los de Hornachos embarcaron en Sevilla rumbo al norte de África. Estaban dispuestos a emprender su destierro todo el pueblo unido, como lo habían estado siempre. Todos irían unidos y permanecerían unidos allá donde

fueren. A la hora de embarcar procuraron que nadie se quedara en tierra por falta de medios. Sabían que las familias que quedasen descolgadas podrían pasar apuros en su exilio entre gente desconocida e incluso hostil. Para evitarlo recurrieron a la solidaridad, y los que tenían más dinero pagaron los pasajes de los que no lo tenían. Su primer destino fue Tetuán, pero pronto dieron señales de vida en la vieja ciudad de Salé, junto a la desembocadura del río Bu Regreg. La actividad predominante allí era la piratería desde muy antiguo. De hecho, y por ese motivo, ya en 1260 fue tomada y saqueada durante quince días por la flota de Alfonso X el Sabio. Al llegar los hornacheros, residía allí el-Ayachi, líder religioso extremista que gobernaba aquella zona al margen del sultán. Y, paradojas de la vida, al igual que en otros lugares de Berbería, los de Hornachos no fueron bien reci-



Mapa de Rabat y Salé (1942). Fuente: Colección Perry-Castañeda (<https://legacy.lib.utexas.edu/maps/>). Licencia: dominio público.

bidos por sus hermanos musulmanes por considerarlos gente extraña. Los acusaban de vestir como españoles, de que las mujeres no iban cubiertas, de que su idioma era el castellano, que bebían vino y que se comportaban como cristianos. De hecho, los llamaban despectivamente «los cristianos de Castilla»; y, aunque en ello había gran dosis de maldad xenófoba, el caso es que algunos se declaraban cristianos. Y pensar que habían sido expulsados de España por todo lo contrario. Rechazados de aquella manera, decidieron pasarse a la otra orilla, en lo que hoy es Rabat, donde se conservaban los restos de una medina amurallada y, dentro de la misma, una alcazaba de calles sinuosas. Allí, en lo que empezó a llamarse Salé la nueva, se instalaron los tres mil moriscos procedentes de Hornachos que, por cierto, no iban desprovistos de bienes, pues gracias a su tesón, se habían llevado de España gran parte de sus riquezas.

Armadores y corsarios.

Decidieron probarse en el negocio de la piratería. Y, como tenían dinero e iniciativa, no tardaron en crear su propia empresa. Contaban con cuatro embarcaciones y una tripulación formada por marroquíes, renegados europeos, moriscos andaluces y también hornacheros. Empezaron como tributarios del sultán, al que destinaban el diez por ciento de lo apresado, incluida la venta de esclavos. La rivalidad entre el sultán y el Ayachi en un contexto de desgobierno, favoreció enormemente a los hornacheros. El propio sultán fue quien, para socavar el

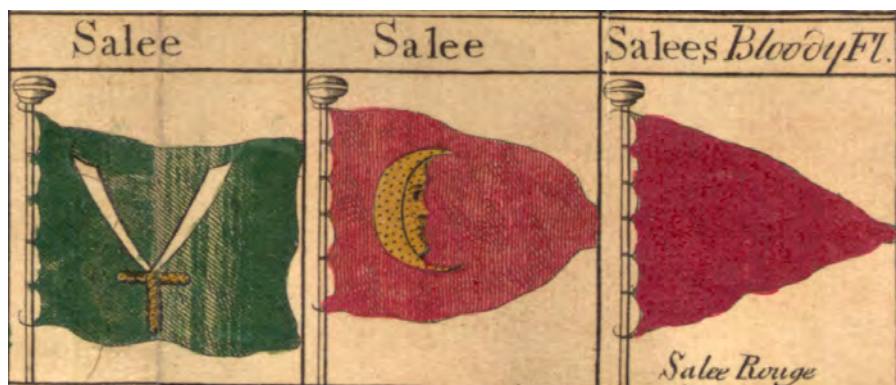
poder de el-Ayachi, los puso a cargo de la defensa de la alcazaba entregándoles armas. Y, desde Salé la Vieja, el-Ayachi también les prestaba apoyos ocasionales con el fin de atraerlos a su favor. Para mayor fortuna España, que ya se había apoderado de Larache, conquistó el puerto de la Mamora, hasta el momento el principal nido de piratas de las costas marroquíes, lo que dio lugar a que el enorme tráfico comercial que absorbía se trasladase a Salé la nueva, donde los hornacheros eran los armadores casi en exclusiva.

Como es natural, necesitaban mucha más tripulación y mano de obra, y decidieron atraer a los moriscos andaluces de otras zonas, a los que dieron acogida en lo que hoy es la medina, mientras ellos se reservaban el recinto de la alcazaba. El fondeadero de Salé no tardó en convertirse en refugio de barcos piratas de toda procedencia, así como en el centro comercial de mercancías y esclavos más importante de Marruecos. Los renegados holandeses pusieron a disposición de ellos sus conocimientos de navegación para construir (además de bergantines, tartanas y galeotes) otros barcos de bajo calado apropiados para moverse entre los bancos de arena del estuario. Al poco tiempo ya contaban con más de cincuenta barcos de los que unos fueron construidos en sus propios astilleros y otros muchos apresados a distintas potencias europeas. El negocio de los hornacheros se convirtió en un emporio de poder y riqueza a base del tráfico de esclavos y demás mercancías, más los rescates de cautivos.

República independiente.

El poder económico de los hornacheros llegó a ser tan formidable que sus ingresos por la recaudación del puerto superaban a los del estado marroquí. Así que, allá por 1626, decidieron pasar del sultán y fundaron la República Independiente de Salé, cuyo primer gobernador fue. Brahim Vargas. Para este fin no fue pequeño el apoyo de los ingleses. John Harrison, emisario inglés, se movía entre las comunidades moriscas de Marruecos, y al observar el poder emprendedor de los hornacheros, pensó que si se constituían como estado independiente podrían ser muy útiles a Inglaterra en una especie de protectorado. Aparte de otras ayudas, Inglaterra les prestó todo tipo de asesoramiento, incluso recibiendo en Londres a un grupo de hornacheros encabezados por Ahmed Narváez.

Los corsarios hornacheros se convirtieron en el azote de Europa. No sólo recorrían las costas españolas, sino que llega



Banderas de la República de Salé. Fuente: *Bowle's universal display of the naval flags of all nations in the world*. Library of the Congress (EE.UU.). Licencia: dominio público.

ban a Francia, Holanda, Inglaterra, Irlanda e incluso a la lejana Islandia. Pero, por aquello de vengarse de quienes los habían expulsado de su tierra, los barcos españoles eran su principal objetivo, codiciando especialmente los que llegaban de América con sus ricos cargamentos. Abordaban y capturaban barcos que luego sumaban a su armada. Se acercaban a sus objetivos sin levantar sospecha utilizando la picardía de usar bandera falsa; y, si el barco era español, hablando castellano en plan de amigos: Entonces, de forma rápida y por sorpresa, se lanzaban al abordaje. Apresaban como esclavos a tripulantes y pasajeros y se adueñaban de las mercancías, que luego ponían a la venta en su circuito comercial. Pero castigaban sobre todo las costas españolas, desembarcando en cualquier playa y entrando en campos y poblaciones de donde se llevaban hombres, mujeres y niños, aparte de ganado. En Galicia solían abordar pequeños barcos sardineros, llevándose cautivos a los pescadores. A tal nivel llegó el problema en España, que la redención de cautivos era una de las más importantes instituciones del país. Los frailes trinitarios y mercedarios se acercaban a Salé, como al resto de puertos africanos, para visitar las mazmorras y negociar el rescate de cautivos. En todos los centros de la piratería berberisca eran bien recibidos, pues con los rescates que pagaban (muy altos por cierto) eran considerados parte del negocio. Se conservan algunos de los contratos, firmados en Salé ante notario, donde figura el precio que se pagaba por los cautivos, la filiación de los mismos y el lugar en que fueron capturados. Países como Francia,

Inglaterra y Holanda se acercaban a Salé intentando rescatar por la fuerza a sus cautivos, cosa que sólo conseguían pagando un rescate en dinero y en cañones. A pesar de todo, dichos países no tuvieron reparo en prestarles su apoyo con tal de hostigar a la armada española

El declive de la exitosa república no tardó en iniciarse a causa de las luchas internas entre los moriscos andaluces y los de Hornachos. Los andaluces reclamaban formar parte del diwan y entrar en el reparto de beneficios del negocio, a lo que los hornacheros se negaron rotundamente. Aquellos pusieron sitio a la alcazaba hasta que lograron que los otros aceptaran sus condiciones. Pero las luchas políticas no acabaron con ello, por lo que, pasado el tiempo, y tras diversos cambios de suerte, el control del tráfico comercial de Salé la nueva fue pasando a otras manos. La República Independiente sobrevivió unas décadas más, pero ya no la controlaban los hornacheros. Hasta que en 1668 el sultán logró reincorporar Salé al reino de Marruecos.

Si bien los hornacheros utilizaron la piratería para combatir a España, su sueño siempre fue volver a Hornachos. Por eso, entre 1614 y 1663, hubo varios intentos de negociar con España las condiciones de regreso. El encargado por España era el duque de Medina-Sidonia. Los de Hornachos pretendían recuperar sus bienes, aunque tuviesen que indemnizar a los nuevos propietarios; y sobre todo encontrar a sus «niños» que queda-

ron en Hornachos. Estaban dispuestos a convertirse, aceptando incluso el control de la Inquisición, siempre que en el pueblo no residiese ningún cristiano viejo fuera del cura y los frailes catequistas, aunque eso sí, que diesen 20 años de margen a los nacidos en Berbería. En la negociación de 1631 los hornacheros decían sobre sí mismos: «...los moriscos que residen en la dicha alcazaba son los que salieron de Hornachos y Endalusía y tienen más de cristianos que de moros...» (...) «y por el gran amor que tienen a España, pues desde que salieron suspiran por ella». Lamentablemente, los intentos de los hornacheros no tuvieron respuesta.

¿Qué queda en Rabat de aquellos «cristianos de Castilla»? Sólo la larga muralla rojiza que construyeron en Rabat; las calles de bellos rincones de estilo andalusí de la medina y unos cuantos apellidos que aún perduran, como Vargas y Carrasco. Pero también el orgullo de su pasado morisco de algunas familias marroquíes. Las generaciones posteriores quizá guardaron durante siglos las llaves de sus casas de España como símbolo del retorno, pero en la actualidad sólo queda la vaga nostalgia por una tierra que perdieron sus antepasados tras siglos de gloria.

Marina Vega, la espía española de la Resistencia

María José Villarroya

Era 2008. No sabíamos nada de Marina Vega. Una abuelita más en el anonimato y la discreción de las calles de Madrid.

Hasta que un día de ese año una entrevista del diario El País nos informó de que esta mujer de 85 años había sido espía y cazanazis para la Resistencia francesa. Casi 70 años después de la lucha, Marina Vega de la Iglesia, coqueta, menuda, lúcida y entusiasta, nos hablaba con determinación de sus esfuerzos por derrocar el fascismo. Descubrimos que en su casa tenía varias medallas concedidas por el Parlamento Europeo y otros organismos por su defensa de las libertades. Y se hizo protagonista de reportajes en prensa y radio, en libros y revistas. Así la conocimos. Y nos enorgullecimos de saber que nosotros, los españoles, teníamos una heroína de la Resistencia francesa en aquella mujer de apariencia vulnerable.

Pero, ¿quién era Marina Vega de la Iglesia? Había nacido en 1923 en Castro Urdiales (Cantabria), en una familia acomodada y con estudios. Su padre, abogado bilbaino, era registrador de la propiedad y gozaba de una posición económica muy desahogada. Vivían en un chalet de Torrelavega con sus dos hijas: Marina y una hermana 6 años mayor. Marina confesaba haber tenido una infancia muy feliz, llena de comodidades.

Entusiastas defensores de la República, don Francisco Vega y su mujer colaboraban en política. Él había sido diputado a Cortes por el partido Radical, miembro del Tribunal de Garantías Constitucionales y Director de Prisiones. Ella también trabajaba para el gobierno de la República. Era una mujer liberal y moderna. Vestía pantalones y fumaba en una época en que las mujeres no debían hacerlo.

Cuando en julio de 1936 da comienzo la Guerra Civil, Marina tiene 13 años. Su padre, perteneciente a una logia masónica desde su juventud, es detenido un año después y acusado de un delito consumado de masonería. Resulta condenado a una pena de 16 años de cárcel y es además inhabilitado para siempre de la función pública. Recorre varias cárceles del país. Marina marcha entonces con su madre a Valencia, siguiendo al gobierno republicano para el que trabajaba. Allí estudia en el Liceo Sorolla de la Malvarrosa.

La situación en la España republicana es muy peligrosa. Para evitar los bombardeos del ejército nacional, Marina mar-

cha a París con los Coterillo, unos amigos de la familia que escapan en julio de 1937. Allí aprenderá francés y allí la sorprenderá el comienzo en 1939 de la Segunda Guerra Mundial. Los Coterillo deciden entonces marchar exiliados a México, un país al que emigraron numerosos republicanos españoles. Pero Marina no quiere acompañarlos. Su padre está en la cárcel y de su madre no sabe nada. Para poder buscarlos, solicita la repatriación en el Consulado. Con la ayuda de la Cruz Roja, llega hasta Hendaya. De allí a Madrid en un tren para ganado que tarda dos días en alcanzar la estación del Norte. Tiene sólo 15 años, mucho miedo y una firme determinación.

En Madrid Marina recuerda que un pariente de su madre tiene una zapatería de lujo en la calle Hortaleza. De tienda en tienda va buscando hasta que la reconocen. La llevan en taxi hasta la calle Francisco Silvela y allí encuentra a su madre. Es un momento inolvidable. Su madre es un topo que vive en una habitación alquilada con derecho a cocina. Apenas sale a la calle. Si alguien la reconociese y descubriese que colaboró con el gobierno republicano, iría a la cárcel. O peor. Marina es la que a partir de ahora irá a comprar y se encargará de todas las gestiones. Cada cierto tiempo va vendiendo alguna de las joyas que su madre ha podido conservar para ir viviendo. Busca piso y lo alquila para las dos. Hace cosas impropias de su corta edad.

No son buenos tiempos. Hay miseria, cartillas de racionamiento, una política represiva que vigila cada movimiento. Hay hambre tras casi todas las ventanas y una religión im-

puesta sobre todas las cosas. Marina se deprime. Su madre la envía una temporada con unos familiares a León para ver si mejora su ánimo. A Marina le entristecen los tiempos. Y el pensamiento de que su querido París está en manos de los nazis. Ella ha heredado de sus padres el amor por las libertades. En León conoce a un joven diplomático: le cuenta que en la embajada inglesa hay una oficina clandestina de la Resistencia francesa. Están buscando colaboradores. Es la red española de las Fuerzas Francesas Libres al servicio de Charles de Gaulle. Y Marina, con sólo 17 años, presenta su solicitud.

Al tiempo, recibe una nota. La citan en la calle San Bernardo, donde se ha instalado un piso de la Resistencia. La prensa ha comentado que ella fue la única mujer en la red. No estamos seguros de que fuera la única pero sí que era poco frecuente contar con mujeres. Más aún tan jóvenes como Marina y que, además, supieran hablar francés. Tampoco le da miedo el esfuerzo físico: es escaladora y nadadora. Desde pequeña había pertenecido al Club Natación Canoe. Tiene que renunciar a bailes, novios o amigos. Dadas las circunstancias, no puede confiar en nadie. A cambio de tanta renuncia, cobra un sueldo de subteniente que, sumado a las dietas, aleja a su madre y a ella de la precariedad de su vida anterior. Tras un año de trabajo su madre llega a ahorrar tanto dinero que compra dos abrigos de pieles.

Para hacerse respetar Marina invierte parte del dinero que gana en comprar buena ropa y maquillaje que la hagan pa-

recer mayor y le den aspecto de buena posición social. Ha descubierto que esta imagen le proporciona credibilidad y evita levantar sospechas ante la policía. No se suele interrogar a gente de clase alta. Los ricos son menos sospechosos de querer sublevarse contra el régimen. Por la misma razón viaja en vagones de primera clase. Tiene suerte: nunca hubo incidentes.

Sus primeros trabajos consisten en transportar dinero y documentos a Pamplona y San Sebastián. Pero acaba llevando a cabo misiones más importantes y arriesgadas, ayudando a escapar de los nazis a muchas personas en riesgo que trasladan desde Francia a Madrid. Es una época en que cualquier despla-



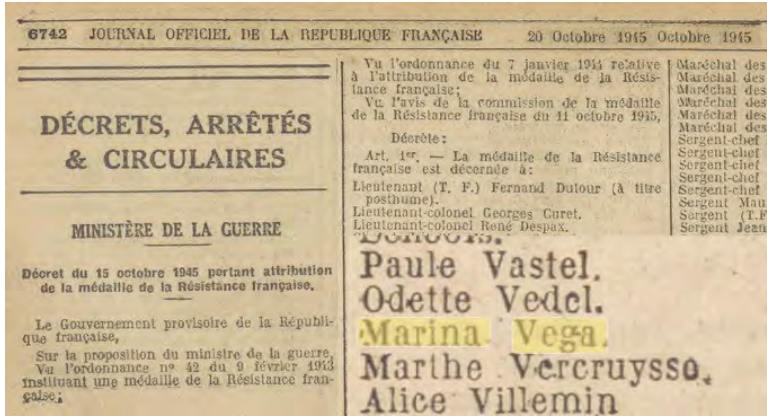
Fotografía de Marina Vega. Fuente: Biblioteca Kate Sharpley. Licencia: CC-BY.

zamiento ha de superar muchas trabas y permisos. Pero cuentan con documentación falsa y un equipo de personal que acoge a los refugiados a su llegada a España. Los ocultan hasta que pueden alcanzar Argel y escapar finalmente a Estados Unidos. Entre 1942 y 1944 hace dos viajes por semana a Francia. «No sé a cuánta gente pude haberme traído. Deduzco que serían judíos franceses que huían de los nazis. También algún inglés». No lo sabe con exactitud porque nunca intercambió palabra alguna con aquellas personas. A todos los hacían pasar por sordomudos para evitar interrogatorios.

En 2008 Marina fue entrevistada por dos periodistas americanos para el Archivo Digital de la Guerra Civil Española. Admitió que los colaboradores eran muy conscientes de que estaban en peligro. «Pero la juventud», dice Marina, «nos hacía muy atrevidos». Casi todos son republicanos convencidos de que, si consiguen derrotar a los nazis, también caerá Francisco Franco.

En 1944 les dan el chivatazo de que han sido descubiertos por el servicio de Contraespionaje franquista, llamado la Segunda Bis. Se esconden en San Sebastián y, tres meses después, escapan a Francia. Aprovechando el relevo de guardia en el puesto fronterizo, atraviesan el río Bidasoa y cruzan la frontera. Son dos días de mucha hambre en los que pierden a uno de los compañeros con los que escapan.

En Francia realizan distintas labores hasta que en el año 45 el general Leclerc y los aliados toman París y acaba la gue-



Concesión de la Medalla de la Resistencia Francesa a Marina Vega. Fuente: Journal officiel de la République française, 20 de octubre, Gallica. Licencia: dominio público.

rra. Son desmovilizados. Marina pasa entonces a formar parte de los llamados «soldados sin uniforme» y trabaja en diversas ciudades. En Toulouse y París, donde más tiempo. Cuenta que todas las semanas leía minuciosamente toda la prensa española y dividía los artículos en bloques de economía, política y asuntos exteriores. Pero su trabajo no está claro.

Han llegado los tiempos de la desbandada de los nazis que quieren evitar caer en manos de la justicia. Muchos llegan a España donde cuentan con la simpatía y el cobijo del régimen.

Y es entonces cuando Marina forma parte del grupo de cazanazis, que los localizan y devuelven a Francia para ser juzgados. De esta época nunca quiere contar gran cosa. Ha llegado incluso a negar que lo hiciera. A los espías no les gusta hablar mucho pero no suelen mentir.

—¿Y cómo les cazaba? —le preguntaron en una entrevista para los Archivos Digitales de la Guerra Civil Española de la Universidad de California.

—Eso no tiene importancia, los metíamos en el maletero y los mandábamos para Francia. La parte más interesante de mi vida no la puedo contar. Hay cosas que no se deben saber. Yo no creo mucho en la mentira, pero en la omisión sí —cuenta.

—¿Cazó muchos?

—Unos pocos —añade sonriendo tras mucho insistir. No puede evitar admitir que odiaba a los nazis.

De todos esos años le han quedado secuelas: no sentarse de espaldas a las puertas de acceso, tener localizados los interruptores de la luz para apagarlos en caso necesario y pedir habitaciones en el primer piso de los hoteles por si hay que salir huyendo por la ventana. Siempre llevan encima pastillas de cianuro para ingerirlas en caso de peligro y no llegar jamás a sufrir torturas ni delatar a los compañeros o la organización. «Si te cogían los nazis, tenías una pastilla de cianuro en el bolsillo. La metías en la boca; si pasaba el peligro, la escupías y si veías que estaban a punto de hacerte hablar, la tragabas. Es una muerte automática. Tuve compañeros que lo hicieron».

Llevar también pistolas de diferente calibre, aunque ella afirma no haber tenido que usarlas nunca. «Eran más para quitarte de en medio, si llegaba el caso, que para otra cosa».

En 1950 regresa definitivamente a España. Viene a hacerse cargo de su padre que ha salido de la cárcel de Puerto de Santa María para comunistas y masones. Lo cuida hasta que muere de un derrame cerebral a finales de 1952. Marina nunca se ha repuesto de la humillación y la injusticia que supuso la sentencia criminal de su padre. «No se puede condenar a una persona por ser masón». Aún guarda su foto junto a la bandera republicana.

Mientras tanto su madre ha conseguido recibir la herencia de sus padres que le habían arrebatado por roja. Marina tiene diferentes empleos: trabaja en una oficina, en un colegio de discapacitados. Su vida se va diluyendo en la normalidad de una sociedad gris que aún tiene cartillas de racionamiento (cuando en Francia, donde la guerra ha terminado 6 años después, ya no existen).

Recupera cosas que nunca pudo vivir en su juventud. Se enamora, se casa y en 1975 tiene a su primera y única hija, Paula. Y discretamente sigue trabajando en la resistencia anti-franquista con su participación en huelgas y reparto de octavillas. Es detenida en un par de ocasiones.

En la entrevista ya mencionada de los Archivos de la Guerra podemos escuchar a Marina Vega reconocer que el día de la muerte del Caudillo fue el más feliz de su vida, después de 40 años de represión de las libertades más elementales. Y

de haber sufrido el fiasco de ver cómo la caída de los fascismos en Europa no había librado a España del dictador. Nos cuenta que participa en numerosos actos de protesta y manifestaciones para acelerar la democratización del país. Se declara abiertamente partidaria de las leyes de Recuperación de la memoria histórica, hechas para devolver la justicia y la dignidad a quienes fueron agraviados por el régimen.

Nos cuenta que, a pesar de que la guerra es un tremendo drama, también le hizo conocer la mejor versión de muchas personas, grandes historias de humanidad y solidaridad. Y confiesa, con una energía impropia de sus 85 años, que volvería a hacer todo lo que hizo e incluso más. Porque se declara de corazón republicano y liberal. «Si yo fuera católica, diría que dios me dio un don especial, que es ser republicana» afirma mirando de frente a la cámara y sonriendo. Su declaración resulta conmovedora.

Mientras escribimos estas líneas en 2020, Marina Vega sigue viva acercándose a los 100 años. No es probable que conserve el entusiasmo intacto de niña que nos mostró cuando la conocimos en 2008. Pero es en nuestra memoria donde no debe morir: por su apasionante vida, por su valentía en la defensa de los valores democráticos y porque ella ha conseguido que los nombres de las mujeres salgan del silencio para formar parte del catálogo de héroes de nuestra historia.

¿Qué quiero decir cuando digo/escucho Jazz?

Paco Fernández Mengual

Jazz, esa palabra. Jazz, una cerveza en un club de Cracovia mientras suena *Song for My Father*¹, una lectura compartida de aquel capítulo de *Rayuela*: Toco tu boca, una noche en Heidelberg, junto al Neckar, siguiendo el ritmo que marca un piano sobre el que se apoya el diálogo entre un saxo desmesurado y una trompeta desaforada, las escaleras que conducen a un sótano donde una voz de mujer nos invita a dejar de ser quienes somos, ¿recuerdas?, fue en Lisboa, un club de jazz surgió de la nada mientras ejercíamos de *flanêur* en aquella plaza saturada de presente sin pasado ni futuro, o aquella locura *Free* en aquel antro milanés sumergido en un armazón caótico de sonidos que nos sumergía, de nuevo, en ese océano de incertidumbre en el que naufragábamos.

1. Horace Silver, pianista y compositor, publicó el álbum *Song for My Father* en 1964.



*Horace Silver (San Francisco, California, EE.UU.), 1978.
Fuente: Wikipedia. Autor: Brian McMillen. Licencia: CC BY-SA.*

*Clic en la imagen para escuchar
Song for my father.*

Jazz, esa palabra, jazz, ese ruido, jazz, ese amor. Jazz, un término sin una definición precisa, un género musical del arte popular del siglo XX cuyos orígenes son inciertos, un «guiso en el que cabe todo»². Una música que comenzó siendo maldita y ha pasado a ser respetable, es decir, una música de culto para las élites de la sociedad consumista contemporánea. El jazz, el punto de intersección de tres tradiciones musicales: la música

2. Palabras de J. Calvados en el prólogo a la segunda edición española del libro de Frank Tirro *Historia del jazz clásico* (Ma non troppo, Barcelona, 2001).

afroamericana, las orquestas tradicionales estadounidenses y las armonías europeas. Una música impura, mestiza, quizás como todo género musical, una mezcla de negritud y palidez, un cóctel de blues, ragtime, marcha militar y góspel. Insisto, el jazz y la pureza son incompatibles. En la sutil mixtura de sonidos y ritmos, la paradójica conjunción de orden y azar, de sometimiento a la partitura y de liberación de la misma mediante la improvisación, alimentan el grito de un saxo que trastoca el orden de las cosas, el aullido de una trompeta que desarticula la trama de aparentes realidades que limitan la vida y la imaginación. El jazz es el sonido de la desesperación y el movimiento que inicia quien jamás desespera.

Jazz, esa palabra. Se han propuesto diferentes hipótesis sobre el origen del término: a) una extrapolación del ámbito deportivo al musical con el significado de ánimo y vitalidad que adoptó las formas «jas», «jass» y «jazz»; b) se deriva de una palabra africana «fanti», que se refiere al acto sexual. Cuenta la leyenda que en mitad de una actuación, un cliente ebrio del Schiller's Café gritó: «Jass it up», una expresión que los negros usaban para referirse al placer sexual. La palabra derivó en «Jasz», por un error de imprenta en un medio de comunicación, y acabó en la forma «Jazz»³; c) una deformación de la expresión «Chasse beau» (buena caza) que derivó en «jasbo», y de ahí a «Jass»; d) se relaciona con el verbo «jasser» que el argot criollo de Nueva Orleans significa acostarse. De ahí que a las prostitutas se les llame *jazz-belles*.

2. Fuente: <https://gumbo.es/de-donde-viene-la-palabra-jazz/>.

Parece ser que fue en 1913, en el *San Francisco Bulletin*, cuando se utilizó la palabra «jazz» para denominar al nuevo tipo de música ejecutada por los músicos de color del sur de los EEUU y caracterizada por «un ritmo sincopado» y «un maravilloso sentido del swing». Fue en 1917 cuando la Original Dixieland Jass Band (ODJB) grabó el primer disco de jazz. Resulta paradójico, pero no inexplicable, que fuese un grupo de músicos blancos los que grabasen el primer disco de jazz de la historia. Del mismo modo, es un actor blanco con la cara embadurnada de betún el protagonista de la primera película sobre este género musical, *El cantor de jazz* (1927).

Special Table d'Hote Dinner \$1.50
AND AN EXCEPTIONAL BEEFSTEAK DINNER \$1.50

SERVED DAILY AND SUNDAY FROM 6 TO 9 P. M. With Elaborate Entertainment Features, Including SERVED IN THE "100 CLUB" ROOM.

The First Eastern Appearance of the
FAMOUS ORIGINAL DIXIELAND "JAZZ BAND"
Untuneful Harmonists Playing "Peppery" Melodies
NIGHTLY AT MIDNIGHT **GUS EDWARDS' INTERNATIONAL REVUE**
With Mons. Vilani, Lillian Boardman and 8 Beauty Roses

GUS EDWARDS' "ROUND THE CIRCLE" NEWEST REVUE
Featuring Ruby Norton and Sammy Lee and a Company of 30
TWICE NIGHTLY AT 7:30 AND MIDNIGHT

JONIA and her SISTER Heavenly Hawaiian Twins. with their South Sea Troubadours. Private Dining Rooms, Banquet Halls, Ball Rooms, Beefsteak Grill for Socials, etc. Catering.

REISENWEBER'S
NEW YORK'S NEWEST, LARGEST AND BEST EQUIPPED RESTAURANT
COLUMBUS CIRCLE & 58TH STREET

Anuncio de la actuación de la Original Dixieland Jazz Band en el *New York Tribune* (febrero de 1917). Fuente: *newspapers.com*. Licencia: dominio público.

[Clic en la imagen para escuchar Livery Stable Blues.](#)

Jazz, esa música. Hay dos tipos de jazz: el clásico (1907-1945) y el moderno (1945-hasta nuestros días)⁵. O dicho de otro modo, el periodo en el que era considerado una música maldita y demoníaca que pervertía a los que la escuchaban y el momento en que pasa a ser algo respetable, la música clásica el siglo XX. Resulta curioso que antes de la Segunda Guerra Mundial, EEUU y la Alemania nazi coincidieran en su apreciación del jazz. Para los nazis era un ejemplo de música perversa judeonegroide que intoxicaba la autenticidad del pueblo alemán⁶. El New York American publicaba el 22 de junio de 1922 un artículo titulado «El jazz, motivo de perdición» que señalaba el influjo nefasto de esa música 'neurótica e insidiosa' sobre la juventud americana, en especial, sobre las «muchachas americanas»⁷.

No obstante, el poeta y crítico de jazz Philip Larkin ha cuestionado que se siga llamando jazz al jazz moderno⁸. A juicio

5. Es la perspectiva que adopta el historiador, Frank Tirro, en sus dos volúmenes: *Historia del jazz clásico e Historia del jazz moderno*, publicados por Ma non troppo en 2001.

6. Esta idea queda perfectamente reflejada en la película *Los rebeldes del Swing* (1993).

7. “El desastre moral se cierne sobre centenares de muchachas americanas sometidas al efecto desquiciante, patológico y lascivo de la música jazz [...]”. Citado por L. Lindt, *Historias curiosas del jazz*, Ma non troppo, Barcelona, 2011, p. 20.

8. «Aquello no era jazz. Casi todos los rasgos que caracterizaban aquella música se habían invertido [...] No encontraba siquiera la manera de decir ‘este me gusta’ y ‘este no me gusta’: todos me resultaban desalentadores por igual (Monk, Davies, Coltrane, Rollings, etc.) [...] Parker (Chalie), de una velocidad y fanfarronería compulsivas [...] Bud Powell [...] virtuosismo maniaco [...] Thelonious Monk [...] un actor cómico [...] Davis (Miles) [...] intérprete de temas rápidos, plagados de amargos aullidos [...] Coltrane [...] el sonido chillón de un par de gaitas tocadas como si las hubiera poseído el demonio [...] Por aquel entonces, ya tenía casi la certeza de que se había dejado de hacer jazz». (P. Larkin, *All What Jazz*, Paidós, Barcelona, 2004, pp. 24-30).

de Larkin, el llamado jazz moderno es otro tipo de música o una degeneración del «verdadero» jazz. Esta perversión del jazz coincide con el momento en que pasa a ser una «música respetable», académica y orientada a mostrar el virtuosismo de los intérpretes.

El jazz se desarrolló en muchos lugares diferentes, pero nació en Nueva Orleans: en los cánticos de las iglesias bautistas, en los prostíbulos de Storyville, en los locales de juego, en Congo Square y en los desfiles del *Mardi Gras*. Todo gran acontecimiento de la historia tiene sus mitos fundacionales. El jazz no iba a ser menos. Dos personajes, a la vez míticos y reales, destacan sobre todos los demás: Buddy Bolden (1877-1931) y Jelly Roll Morton (1890-1941).

La idea se hizo carne y habitó entre nosotros. Adoptó la forma de un cornetista de New Orleans llamado Buddy Bolden. Barbero durante el día, editor de un periódico, *The Cricket*, y músico durante la noche, dormía poco y bebía mucho. La mezcla explosiva de esquizofrenia y alcohol le llevaron a ser internado en un manicomio en 1907, donde pasó el resto de su vida. No se conservan grabaciones de sus interpretaciones, aunque la leyenda habla de un disco cuya existencia nunca ha sido probada. Sí se conserva una foto en la que aparece con los otros miembros de su banda y algunas composiciones como *Buddy Bolden Blues* y *Making's Runs*.



*Buddy Bolden's band (circa 1900-1906). Fuente: Wikipedia.
Colección de Willie Cornish. Licencia: dominio público.
Clic en la imagen para escuchar las canciones.*

El otro mito fundacional es el pianista Ferdinand Lamotte, más conocido por su nombre artístico Jelly Roll Morton. «Jelly Roll» era el nombre que la gente de color daba a los genitales femeninos. Insufrible ególatra y megalómano, se autopoclamó inventor del jazz mientras tocaba en los sporting houses o burdeles de Storyville, el barrio chino de la prostitución más famoso de Nueva Orleans. La excéntrica personalidad y la genialidad de Morton se ponen de manifiesto en las inolvidables escenas de la película *La leyenda del pianista del océano*⁹. Morton, que había oído hablar de un excelente pianista llamado Novecento, le reta a un duelo de pianos. El duelo acaba con la victoria de Novecento y la humillación de Morton.

9. *La leyenda del pianista del océano* fue dirigida por G. Tornatore en 1998. Tim Roth interpreta a Novecento y Clarence Williams III a Jelly Roll Morton.



Músicos en el Cadillac Club (Los Angeles, California,), sobre 1917. De izquierda a derecha: «Common Sence» Ross, Albertine Pickins, Ferd «Jelly Roll» Morton, Ada «Bricktop» Smith, Eddie Rucker, Mabel Watts. Fuente: Wikipedia. Licencia: dominio público. Clic en la imagen para escuchar The crave, de Morton.

La semilla había sido plantada y solo había que esperar a que germinara. A finales de los años 20¹⁰ del pasado siglo, comienzan a surgir las orquestas que ponen las bases del sonido *dixie* o *dixieland*¹¹: la del cornetista y trompetista King Oliver, en la que se formó Louis Armstrong; la del también cornetista Freddie Keppard, que podía haber sido el director de la primera banda de color en grabar un disco si no hubiese sido por su temor enfermizo a que le robasen su música, o la del trombonista Kid Ory, célebre por haber sido pionero del estilo *tailgate*¹².

10. *Cotton Club* (1984), la película de Francis Ford Coppola, retrata de un modo magistral la relación entre el jazz y el gansterismo de los años 20.

11. Se utilizan los términos *dixie* o *dixieland* para designar el jazz que se hacía en los primeros años, sobre todo, en la década de los años 20.

12. *Tailgate* es el nombre de un estilo de tocar el trombón de varas, propio de las primeras épocas del jazz tradicional, caracterizado por un lenguaje rudo y vehementemente, de voz llena y opulenta, fraseo rápido y fluido, repleto de breves glisandos, que funciona como un perfecto sostén de la improvisación colectiva.



Louis Armstrong en Amsterdam (1955). Autor: Herbert Behrens. Fuente: Wikipedia, Archivo Nacional de los Países Bajos. Licencia: dominio público. Clic en la imagen para escuchar Black and blue.

Otros nombres del Hot (jazz anterior a 1930), son el intérprete de Banjo Johnny St. Cyr, los clarinetistas Johnny Dodds y Jimmie Noone, el percusionista Baby Dodds, el saxofonista y clarinetista Sidney Bechet, el cornetista Bix Beiderbecke y, por supuesto, el más célebre de los músicos nacidos en Nueva Orleans, el rival negro de Bix: Louis Armstrong, el «enormísimo cronopio», tal y como lo caracterizó Julio Cortazar.

Los años 30 están dominados por las *swing bands*, orquestas que añadían a la sección rítmica el genio improvisador de los solistas: el swing, el ritmo, el movimiento, el baile, los cuerpos que se pliegan, después se estiran, se curvan, avanzan, retroceden, el swing, el sudor del clarinetista imponiendo el orden de la secuencia de la que surge la improvisada belleza, el swing, la lascivia penetrando la piel de unos cuantos noctámbulos, la necesidad de sentirse heridos por el juego que han decidido inventar una trompeta infatigable y un saxo que se derrama, un sonido que se eleva

sobre la trivialidad de un orden al que no puede obedecer. Es la música de del clarinetista Benny Goodman, el «rey del swing» o de Artie Shaw, que tras retirarse en 1955 decidió vivir en España.



De izquierda a derecha: Teddy Wilson, Benny Goodman and Mel Tormé. Fuente: Wikipedia. Licencia: dominio público. Clic en la imagen para escuchar Sing, sing, sing.

El *Be Bop* nació en los años 40 cuando se encontraron el saxo de Charlie Parker (*Bird*¹³) y la trompeta de Dizzy Gillespie. Bird, un genio informal, drogadicto y alcohólico, Dizzy, un virtuoso de su instrumento que, consciente del segregacionismo y el racismo imperantes en los EEUU, decidió presentarse como candidato a la presidencia. Uno de sus objetivos era cambiar el nombre de la Casa Blanca por el de Blues House. El *Bop* adoptó nuevas formas y dimensiones en la música de pianistas como T. Monk y Bud Powell, de percusionistas como Kenny Clarke y Max Road, y saxofonistas como John Coltrane.

10. Clint Eastwood narra la vida de Charlie Parker en la película *Bird* (1988), protagonizada por Forest Whitaker.



Charlie Parker (primer plano, izquierda) y Dizzy Gillespie (trompetista reflejado en el espejo), Nueva York sobre 1947. Autor: William Gottlieb. Fuente: Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, William P. Gottlieb and Ira and Leonore S. Gershwain Fund Collection. Licencia: dominio público. [Clic en la imagen para escuchar Atmosphere.](#)

El pianista Oscar Peterson ejecutaba un jazz a medio camino entre el *swing* y el *bop*. Su música es un derroche de fuerza, expresividad, ritmo, blues y eternidad. Comenzó coqueteando con los sonidos que conseguía arrancarle al viento, sujetando una trompeta que acabó por arrancarle de las manos la tuberculosis. Entonces, le puso los cuernos al viento y se alió con las cuerdas en un affaire que se prolongaría a lo largo de toda su vida, inspirándose en los sonidos que había inventado Art Tatum. El piano de Peterson se lamenta y después se embriaga de su propia incontinencia, hace un guiño a la improvisación y el genio creador produce un milagro: la música y el silencio.



Oscar Peterson en el Club Boys de la calle Bathurst (Toronto, Canadá), marzo de 1946. Autor: John Boyd, Fuente: Flickr, Archivo de la Ciudad de Toronto. Licencia: CC-BY. [Clic en la imagen para escuchar C Jam blues](#)

Las improvisadas notas, rápidas y breves, dejan paso a una melodía que muere y renace sin dejarse atrapar por el lenguaje que exhibe el pentagrama. Es un fragmento de tres minutos y cincuenta y seis segundos en los que la trompeta dialoga y discute con la sección rítmica. El saxo alto, más hábil en la administración del ritmo improvisado de la pieza, le roba el espacio y el sonido al trompetista, mostrando, ante las protestas sonoras de una trompeta infatigable, un continuo flujo de soni-



Charles Mingus durante la celebración del Bicentenario de los Estados Unidos, Bajo Manhattan, 4 de julio de 1976. Autor: Tom Marcello. Fuente: Flickr. Licencia: CC BY-SA. [Clic en la imagen para escuchar All The Things You Could Be By Now If Sigmund Freud's Wife Was Your Mother.](#)

dos que se mezclan con los gritos contenidos del percusionista. Corre el año 1960 cuando Charlie Mingus registra la grabación *All the Things You Could Be by Now if Sigmund Freud's Wife Was Your Mother*: ocho minutos de música que transitan las rutas del *Be Bop* y del *Free Jazz*.

El vinilo describe una órbita perfecta para que la música se adueñe de la situación. Suena *In orbit*, interpretado por Duke Ellington, una de las figuras cuya música transgrede los límites que marcan las diferentes taxonomías del jazz por su infinito



Duke Ellington en la India, Fuente: Flickr, Embajada de los Estados Unidos en Nueva Delhi, 1963. Licencia: CC BY-ND. Clic en la imagen para escuchar In orbit.



Miles Davis, sobre 1970. Autor: Winston Vargas, Fuente: Flickr. Licencia: CC BY-NC. Clic en la imagen para escuchar One for Daddy-O.

repertorio de combinaciones y géneros. Antes de apagar el giradiscos pienso en Miles Davies, que ha transitado los diferentes momentos de la historia del jazz desde el swing hasta el *free jazz*: *One for Daddy-O*.

*Siluro y Sakura,
el Gran terremoto de Kantō*

Fuensanta Muñoz Clares

Yo no quería venir a Yokohama. Me llamó mi jefe a su despacho. Tengo una buena noticia para ti, te ascendemos y te enviamos al concesionario de la empresa en Yokohama. Pero yo no quiero ir a Yokohama. Seúl es mi ciudad, aquí está mi familia y aquí están mis amigos. Es temporal, seis meses, quizás un año como mucho. Volverás a Seúl, con un puesto mejor aún al cabo de ese tiempo. ¿Por qué al concesionario de Yokohama? Hace falta allí una persona de tu nivel para arreglar ciertas cosas. Hay otros empleados de mi nivel que podrían ir también. Sí, es cierto, pero tú hablas japonés, ¿no? Bueno, me defiendo en japonés. Mi madre es japonesa. Tendrás allí familia entonces. No tengo relación con ellos desde que mis abuelos murieron. Sencillamente, yo soy una coreana. Es raro para ellos, es raro que mi madre se casara con un coreano, es raro que se viniera a vivir a Seúl. Irás a Yokohama, eso está decidido, no puedes negarte. Y aquí estoy.

Era la hora en que las amas de casa japonesas preparaban la comida del mediodía. Todos los hogares tenían su pequeño fuego con las ollas humeantes. A las 11:58 todas las ollas humeantes rodaron por las cocinas de la prefectura de Tokio y de otras cercanas. Los tejados cayeron sobre los pulidos suelos, las paredes temblaron y se derrumbaron sobre las amas de casa



Efectos de Gran terremoto de Kantō. Destrucción en el área de Sensō-ji temple in Asakusa. Fuente: Wikipedia, diario Osaka mainichi.

Licencia: dominio público.

y sus ollas humeantes. La tierra se abrió, se tragó caminos, puentes y edificios. Toda la ciudad se convirtió en un inmenso solar de escombros; bajo los escombros y sobre ellos se amontonaban los cadáveres. Los fuegos que cocinaban el arroz del mediodía incendiaron las paredes de papel y las techumbres de madera, y se fueron propagando por ciertos barrios. Un humo negro y espeso se levantaba en varios puntos de la ciudad. El viento animó el fuego. El gran siluro que habita el fondo de Kantō se había removido como nunca antes lo había hecho. Muerte, desolación, destrucción.



Efectos del gran terremoto de Kantō. Destrucción en Kotobuki, Yokohama. Fuente: Wikipedia, colección de la Biblioteca Pública de Yokohama. Licencia: dominio público

Cada mañana tomo el tren para ir al trabajo en Yokohama. Salgo muy temprano de la casita que pude alquilar en un pueblo cercano a Kamakura, no sin algunas dificultades por ser extranjera. Supongo que finalmente ayudó el hecho de hablar japonés. No quería vivir en una gran ciudad. La vida de pueblo es más tranquila. Tampoco tenía intención de hacer amistades. Seis meses, un año como mucho, y vuelta a Seúl. Aprovecho la hora de trayecto en el tren para leer sobre Japón. Mi madre es japonesa, precisamente de esta zona cercana a Kamakura. De niña vine con mi madre a ver a mis abuelos. Cuando ellos murieron, se acabaron los viajes familiares. Mi madre no quiso volver. Ahora está preocupada por mí. Hablar japonés está bien. Leerlo ya es otra cosa, pero lo hago. El viaje se hace ameno. Leo, pero también observo a la gente. No creo que piensen que soy una extranjera. Como no hay nada que hablar, no se me nota el acento. Por lo demás, en mi vestimenta se ve que soy una *sarari-woman* como otra cualquiera que va leyendo en el tren.

El mundo se había derrumbado en un momento. Los incendios duraron tres días. Tokio era un inmenso solar caótico por donde deambulaban personas despavoridas, personas como muertos vivientes, niños llorando sin saber a dónde ir ni de qué mano agarrarse. Los que huyeron al mar se ahogaron o cayeron al agua que hervía por la gran ola de fuego. Corrieron rumores terribles. ¿Quién los propagó entre la población aterrorizada?

Namazu el gigantesco siluro que habita bajo Kantō había sido descuidado por el Kami que lo sujetaba y lo mantenía quieto.

Era un castigo de los dioses por haber permitido que gente extranjera pisara el sagrado suelo japonés, pero...

Los coreanos tenían una máquina infernal para provocar terremotos y la habían usado para desestabilizar al gobierno que los había colonizado.

Los coreanos tenían bombas ocultas para hacerlas estallar en cualquier momento.

Los coreanos eran los culpables de los incendios.

Los coreanos saqueaban y violaban.

Había que terminar con los coreanos. Pero también con todo aquel que no pudiera pronunciar las palabras mágicas, coreano, chino, okinavense o, simplemente, que hablara un dialecto foráneo, que no pudiera pronunciar correctamente según el habla de Kanto *jugoengojusen*, quince yenes con cincuenta sen, el precio de cualquier cosa. Eso valía la vida de un coreano y de otros. A los socialistas y comunistas no les preguntaron acerca de ningún precio. Simplemente, y aprovechando que el gran Siluro se había removido, los asesinaron. En el caos todo puede suceder. Unos cuantos cadáveres más entre tantos no llamaban la atención de nadie.

Hoy he leído en el tren acerca del terremoto de Kantō de 1923. He tenido que cerrar el libro y hacer como que dormía. También he tenido que contener mis lágrimas. He fingido que algo se había metido en mis ojos, pero en realidad algo terrible se había metido en mi corazón. He pensado con un dolor muy tierno en mi padre, un bebé coreano en Japón cuando ocurrió ese terremoto. ¿Por qué nunca me dijeron nada acerca de esto? Cuando he llegado a mi oficina he tomado un café con mis compañeros de trabajo. Tres japoneses y dos coreanos. Me he dado cuenta de que los miraba con otros ojos. ¿Los abuelos de esos tres japoneses habían sido quizás los asesinos de los abuelos de esos dos coreanos? ¿Esos tres japoneses y esos dos coreanos sabían también el secreto? Y si lo sabían, ¿estaban simulando que nada había pasado entre los dos pueblos y que se puede establecer una empresa coreana en Yokohama sin ningún resquemor? ¿Ha habido alguna reparación o simplemente un silencio ominoso sin perdón? He dicho: excusadme un momento, tengo que ir al servicio. Y he salido a llorar y a retocar mi maquillaje. El trabajo es el trabajo. He vuelto sonriente a mis documentos con el corazón destrozado.

Ryonosuke y un amigo suyo salieron una tarde, dos días después del terremoto y sus réplicas a pasear por Tokio, si a contemplar el horror de los cadáveres amontonados y la ciudad reducida a un montón de escombros se le puede llamar pasear. En realidad, se le podría llamar contemplación curiosa de la destrucción. Fueron andando, naturalmente, pues no

había otro medio de desplazarse, hasta el barrio de Nippori. Las columnas de humo negro seguían alzándose en puntos diferentes de la ciudad. Ryonosuke y su amigo las señalaban y determinaban en qué barrio seguían los incendios. Algún perro de pelaje hirsuto y sucio husmeaba entre los escombros. Unos hombres tiznados y andrajosos trataban de apartar maderas y piedras en busca de no se sabía qué, si bienes, muertos o supervivientes.

Hoy he ido en el tren, como cada día, a Yokohama. Me he armado de valor para seguir leyendo el libro que había cerrado el día anterior. ¿Qué gano con ignorar la verdad? Al fin soy hija de una pequeña y particular alianza entre los dos países. Mi padre era un bebé coreano en Japón cuando el terremoto. Su familia quizás no sufrió las terribles consecuencias que otros sufrieron. Mi madre no había nacido aún cuando aquello ocurrió. Ellos se conocieron en la empresa en la que ambos trabajaban y mis abuelos no se opusieron a su unión. Cuando regrese a Seúl tengo mucho que hablar con ellos dos. Y con estos pensamientos y otros me he descuidado y he dejado olvidado en un banco de la estación mi abrigo ligero de entretiem po. No era muy nuevo, pero era azul, de un azul pálido que me encantaba. Pensaba que cuando tuviera un poco de tiempo lo mandarí a arreglar para usarlo durante la primavera, ya muy próxima. Cuando lo he lamentado en la oficina me han tranquilizado. No hay problema. Lo encontrarás esta noche en el mismo banco en el que lo dejaste o estará en objetos

perdidos. En Japón nadie se lleva un objeto olvidado en un banco. Pero cuando he regresado esta noche a casa, mi abrigo azul pálido no estaba en el banco ni en objetos perdidos. Siento mucho que Japón pierda su fama de honestidad.

Ryonosuke y su amigo continuaron su macabro paseo por Nippori. Lo miraban todo con cierta distancia. La necesaria para no sentir que el alma se les partía, o quizás porque eran unos dandis. Esa palabra les gustaba. Recién importada de Occidente. Dandis decadentes. Por supuesto, los dandis decadentes no creían en grandes siluros bajo Kantō ni en las maquinaciones de los coreanos, ni siquiera en los pequeños robos de los coreanos. Era un terremoto tremendo, sencillamente, y aceptaban con distancia estudiada que los terremotos tremendos tenían que ser eso que estaban viendo. De pronto, el amigo de Ryonosuke se detuvo y le señaló algo con un dedo de temblor nada distanciado. Un hombre estaba crucificado en un poste eléctrico que se había mantenido en pie y al que habían clavado un madero horizontal. El hombre había sufrido mutilaciones y cortes por todo su cuerpo. Su cabeza colgaba y de su cabello negro aún goteaba la sangre. Una tablilla sanguinolenta anunciaba en su pecho acuchillado que era un saqueador coreano. Ryonosuke quedó paralizado. No podía apartar los ojos de aquel horror, pero tampoco quería seguir viendo aquello en todos sus terribles detalles. Retrocedió unos pasos. Su amigo había retrocedido unos cuantos más. En ese



Coreanos protegidos por la policía de la ira de las patrullas ciudadanas tras el gran terremoto de Kantō, comisaría de Ushigome-Kagurazaka, 10 de septiembre de 1923. Fuente: Wikipedia, Policía Metropolitana de Tokio (archivo). Licencia: dominio público

momento, un caballero con un limpio y elegante kimono se acercó a ellos. Llevaba un bastón de fina madera pulida. Los miró sonriendo y, al paso, dio un fuerte bastonazo al cadáver crucificado. Ryonosuke cerró los ojos, recogiendo en ellos todo el horror de aquel bastonazo. Se apartó a un lado. Su amigo lo siguió. Ryonosuke vomitaba en el rincón de una callejuela. Su amigo lloraba sin ningún recato. El caballero se alejaba andando elegantemente con su bastón manchado de sangre.

He tenido hoy una gran sorpresa. Al volver por la noche desde Yokohama, he encontrado mi abrigo azul pálido en el mismo banco donde lo dejé. No podía creerlo. Japón recobra su fama. Al mirarlo bien me he dado cuenta de que alguien había cosido el forro cuidadosamente y había arreglado los bolsillos descosidos. No sólo lo habían devuelto, sino que lo habían reparado. Por eso no estaba donde lo había dejado. Esto era demasiado. Y en el interior de uno de los bolsillos había una nota: «Señorita, me he tomado la libertad de arreglar su abrigo. Quizás lo necesite para las noches de primavera. Pronto tendrá que conocer el *sakura* en Japón. Humildemente le pido excusas por la tardanza. Y, por favor, no sea descuidada con sus pertenencias en las estaciones de tren». La nota la firmaba un tal Ryonosuke sin más señas. ¿A quién tendría que agradecer aquello? Ya te lo dijimos, me dijeron en la oficina al día siguiente, nada se pierde en Japón. Después me propusieron ir con ellos a ver el *sakura*. Seguramente otro día les habría puesto cualquier excusa para no acompañarlos, pero recordé la nota del desconocido: «Pronto tendrá que conocer el *sakura* en Japón». Ese desconocido sabía que no era japonesa. ¿A quién tendría que agradecerlo?

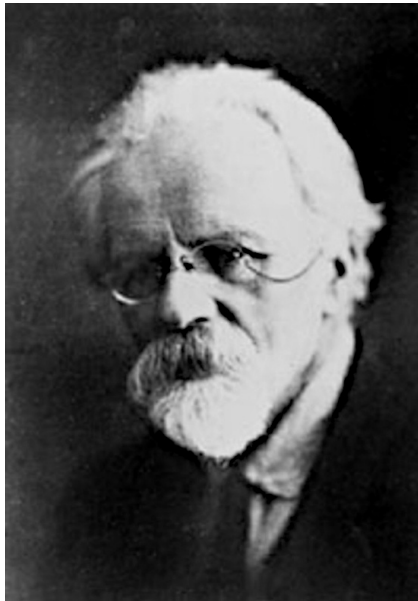
Stalin y el planeta de los simios

Pedro Pujante

En la novela del escritor inglés H.G. Wells *La isla del doctor Moreau*, publicada en 1896, un excéntrico doctor trataba de crear humanos realizando espantosos experimentos de vivisección con animales salvajes. El científico que da título al libro creaba una sociedad de «animales humanizados», regida por leyes que pretendían despojar a las bestias de sus instintos primarios. A pesar de que esta historia participa de la fantasía, los experimentos genéticos en humanos son una realidad y plantean cuestiones que, como en la novela, van más allá de la misma biología y de la ética. Pero alejémonos del campo de la ficción y adentrémonos en ese otro mundo no menos funesto conocido como realidad.

En la ciudad rusa de Kursk, cerca de la frontera con Ucrania, nace Iliá Ivánovich Ivanov en 1870. Iliá Ivánovich estudia biología en la Universidad de Jarkov y pronto demues-

tra un talento excepcional en su especialidad. En 1907 es nombrado profesor y disfruta de una exitosa carrera como científico. Sus estudios sobre genética lo sitúan como uno de los pioneros en inseminación artificial en animales. De hecho en el año 1901 ya había creado el primer laboratorio de inseminación artificial con caballos. Logró, de hecho, grandes resultados hibridando caballos con cebras o vacas con bisontes, aunque también trasladó sus experimentaciones a otros animales más desagradables como ratas o ratones.



*Ilya Ivanovich Ivanov. Fuente: Wikipedia. Autor: desconocido.
Licencia: dominio público.*

Pero su más destacado y polémico campo de estudio lo encontramos en la hibridación entre humanos y chimpancés.

En el Congreso Mundial de Zoólogos en Graz de 1910 presentó un trabajo en el que contemplaba esta posibilidad. Dicho experimento nos resulta del todo estremecedor porque nos suscita cuestiones de carácter, no solo ético, también de urdimbre filosófica y ontológica. Nos exige reflexionar sobre qué significa ser humano, sobre la existencia del alma y, por consiguiente, nos obliga a plantearnos nuestros vínculos con lo inefable. Porque si un ser humano puede ser creado en un laboratorio y además este nuevo ser participa genéticamente con una «bestia sin alma», ¿en qué lugar de la escala divina quedaría situado? O dicho de otra forma: ¿sigue siendo humano el hijo de una mujer y de un chimpancé?

Reflexiones metafísicas aparte Ivánovich, mientras trabajaba en el Instituto Pasteur, obtuvo en 1924 el permiso de sus directores para llevar a cabo los experimentos en Guinea Francesa. Al parecer el gobierno ruso aplaudía también la idea porque según relata el científico Kirill Rossianov, un representante del Comisariado de Agricultura juzgó que el proyecto de Ivanov sería «un golpe definitivo a las enseñanzas religiosas» y un inestimable elemento de propaganda para «liberar a la clase trabajadora del poder de la Iglesia».

Los ensayos consistieron en inseminar a chimpancés hembra con semen humano y a mujeres con semen de chimpancé. Se desarrollaron en Kindia (Guinea) en 1926. Al no obtener un resultado satisfactorio volvió a Europa y en 1927

viajó a su Rusia natal para tratar de avanzar en sus experimentos de hibridación. Con él trasladó a varios gorilas, pero no soportaron el frío clima. Se cree que Ilya Ivanovich Ivanov presionó y sobornó a varias mujeres para que accedieran a participar en sus macabros experimentos. Finalmente, Tarzán, el único orangután adulto en la estación de Sukhum, falleció y los proyectos se truncaron. Por otro lado, todo parece indicar que los experimentos que sí se llevaron a cabo condujeron al más estrepitoso fracaso.

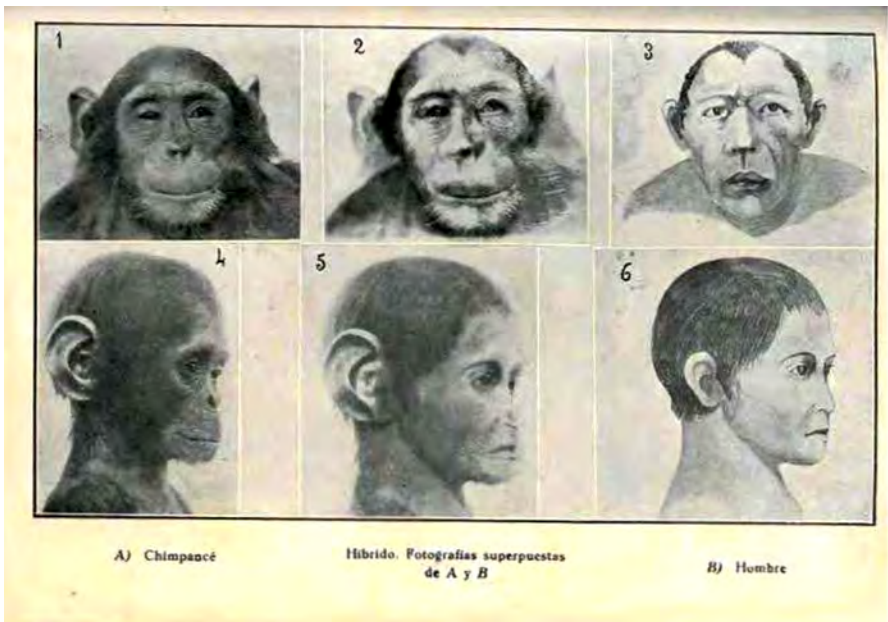


Ilustración de El Híbrido del hombre y el Mono (1933), de Alfonso L. Herrera, en la que se superponen rostros de humano y chimpancé para simular los resultados de un posible cruce. Herrera, biólogo investigador, director del Museo Nacional de Historia Natural de su país y fundador del Zoológico de Chapultepec, menciona en esta obra los trabajos de Ivanov.

La historia no es demasiado clara respecto a la relación de este nuevo Moreau con Stalin. No es de extrañar que el líder comunista abrazase la idea de crear un ejército de superhombres y a la vez impresionar al resto del mundo con los avances científicos rusos. Al parecer Stalin dio luz verde al proyecto. Según algunas fuentes Stalin afirmó en una ocasión: «Quiero un nuevo ser humano invencible, insensible al dolor, resistente e indiferente con respecto a la calidad del alimento que consuma».

Finalmente Ivánovich, por una aleación de oscura política y mala suerte, acabó por perder la confianza del régimen, y terminó exiliado en Kazajistán. Nada sorprendente si pensamos en las millones de personas que cayeron víctimas de las garras de las purgas estalinistas.

Tampoco nos resulta difícil imaginar una realidad paralela en la que los bizarros experimentos se consumaron con éxito. Estamos en una ignota ciudad de la Rusia Oriental. Hay un edificio decadente de ladrillo y revoque gris, quizá un hospital clandestino. Entramos, descendemos a sus lúgubres sótanos. Vemos una enorme sala con pequeñas incubadoras formando filas kilométricas. Las paredes están revestidas de sucios azulejos y en el techo cuelga una bombilla mortecina sobre cada una de las incubadoras. A través de las mamparas de cristal de las incubadoras nos asomamos con temor y descubrimos unas pequeñas criaturas de no más de veinte centí-

metros de longitud. Son bebés, tiernos y peludos bebés. Sus cuerpos nos recuerdan a nuestros propios hijos recién nacidos pero un hocico demasiado pronunciado y una musculatura excesivamente desarrollada para su temprana edad nos impiden concebir que las criaturas sean totalmente humanas. Sentimos un escalofrío.

Todo está en las canciones

Jam Albarraeín

«Todo, todo, todo está en los libros», rezaba la sintonía de un célebre programa televisivo sobre literatura de los años 80. Era uno de mis preferidos de chaval pero la sentencia, compuesta por Luis Eduardo Aute y Jesús Munárriz, la entonaba con dulce voz Carmen Machado, lo que siempre me llevó a añadir: «y en las canciones, en los libros y en las canciones». Es un hecho: literatura y música siempre se han llevado bien. La primera ha inspirado con frecuencia a la segunda, como también al cine, al teatro y a otras artes, pero no fue hasta el año 2016 cuando sellaron su idilio ad aeternum con la concesión del Nobel de Literatura al nacido Robert Allen Zimmerman, más conocido como Bob Dylan. Por una vez, la concesión del famoso premio sueco no llenó las librerías sino las tiendas de discos.

Canciones haylas de todo tipo, melodía, textura y condición. Las hay de narrativa realista y también absurda, directa o enrevesada, explícita, evocadora, poética o sugerente; de crítica social y de vivir el momento, llamadas a la esperanza y a la destrucción, crónicas de la cotidianidad y también de la desolación. Y desde luego las hay esquivas, de aquellas cuyo significado o intención se encuentra más entre las líneas que en los propios versos. Sobre estas versará esta modesta selección de títulos que son historia, o no tanto, de la música popular del siglo XX y principios del XXI. ¿Qué queremos decir realmente cuando decimos te quiero?

Racismo

Aun sin ser una temática demasiado habitual, no resulta insólito encontrar alusiones racistas en un buen número de canciones. Paradójicamente es en el rap, un estilo originalmente negro, donde es más frecuente toparse con asuntos de índole tal, ya sea a modo de denuncia, de orgullo de tribu o apropiándose de un rol tradicionalmente asociado a los blancos: el de la ostentación de la riqueza. No es una novedad, ya a finales de los sesenta, con el movimiento de los Panteras Negras y el antiimperialismo, así como de bandas de rock afines como MC5, cabe hablar de una primera oleada antirracista.

Pero hay que remontarse bastantes años atrás para encontrar la canción más triste, bella y escalofriante sobre el tema. Se trata de «Strange fruit» (Abel Meeropol, 1939), la canción po-

pularizada por Billie Holiday -cuya vida merecería capítulo aparte, perseguida y condenada por negra y por drogadicta- de estremecedor texto tal: «De los árboles del sur cuelga una fruta extraña / sangre en las hojas y sangre en la raíz / cuerpos negros balanceándose en la brisa sureña / extraña fruta colgando de los álamos / Escena pastoral del sur galante / los ojos saltones y la boca retorcida / aroma de magnolias, dulce y fresco / y el repentino olor a carne quemada / Aquí está la fruta para que la arranquen los cuervos / para que la lluvia la junte, para que el viento la aspire / para que el sol la pudra, para que el árbol la deje caer / aquí hay una cosecha extraña y amarga»). La pieza, considerada por algunos como la primera canción protesta de la historia, refleja la historia real de Thomas Shipp y Abram Smith, dos negros que aparecieron colgados tras una de las habituales 'cacerías' del supremacista Ku Klux Klan.



Foto policial de Billie Holiday (16 May 1947). Fuente: Wikipedia, Oficina Federal de Prisiones. Licencia: dominio público.

Clicar en la imagen para escuchar «Strange fruit».

Sexo, drogas y rock'n'roll: sexo

No por repetido, el tópico deja de ser menos cierto. El hedonista mundo del rock'n'roll siempre ha tenido una estrecha relación con las drogas y con el sexo. Y cuanto más prohibido este, mejor. De entre los llamados padres del rock'n'roll -Chuck Berry, Jerry Lee Lewis, Elvis Presley- sin duda el más díscolo fue Little Richard. El autoproclamado «King & Queen of Rock'n'Roll» tuvo una vida, no ya de película, sino de serie de varias temporadas. Hijo de un destilador ilegal de whisky y tercero de doce hermanos, su propio padre lo largó de casa a los 15 años al descubrir sus devaneos homosexuales. Su canción más popular, «Tutti Frutti» (Richard Penniman / Dorothy LaBostrie, 1955), la del mil veces repetido «A-uan-ba-buluma-balam-bambum», tuvo que cambiar su letra original ante la negativa tanto de la discográfica como de la coautora de la canción, Dorothy LaBostrie. Y es que los versos iniciales no dejaban opción a la ambigüedad. Así, además de su título («Tutti-Frutti» en argot significa gay o bisexual), donde hoy escuchamos «Tutti Frutti all rooty» originalmente decía “Tutti Frutti, good butty / If it don't fit, don't force it / You can grease it, make it easy» («Tutti Frutti, buen culito / Si no entra, no lo fuerces / puedes lubricarlo, hazlo fácil»). Solo hubiera faltado regalar un condón con el disco.

Otras canciones sobre sexo no del todo convencional son «Between my legs» («Entre mis piernas») (Rufus Wainw-

right, 2007) («Puedes salir a bailar / y escribiré sobre ti, bailando sin ti / y derramaré una lágrima entre mis piernas / Hay un número al que puedes llamar, como una teta de la que puedes mamar»), la simpática referencia al sexo oral de «Ay qué gustito pa mis orejas» (Alberto Moraga del Riego / Pablo Carbonell, 1995) de Raimundo Amador («Ay qué gustito pa mis orejas / enterradito entre tus piernas / Ay, no te oigo bien / porque ando sumergido en tu miel») o cómo pervertir a una jovencita inocente en 'Les sucettes' (Serge Gainsbourg, 1969) de France Gall. Solicitado compositor de «chanson» -estilo que no obstante afirmaba detestar- destinadas al nº1, propuso a la adolescente Gall cantar algo más pícaro de lo habitual pero ella, sonrojada, dijo que papá no la dejaría. Y el perverso Gainsbarre se relamió y utilizó los juegos fonéticos (l'anis / la nit / Annie) para entregarle una canción que veladamente versaba sobre sexo oral («A Annie le encantan las piruletas / las piruletas de anís (por la noche) / las piruletas de noche de Annie / reciben sus besos / Cuando el azúcar de cebada / perfumado con anís / se hunde en la garganta de Annie / ella se encuentra en el paraíso»). Bendita ingenuidad.

No menos sorprendente resulta la osadía si viene de alguien tan pícaramente inocente como Raffaella Carrà, quien en su canción «5353456» (Gianni Boncompagni, 1999) se marca toda una desprejuiciada oda a la masturbación femenina, algo nada habitual en un mundo tan textualmente machista como el de la música popular. «5353456 / el teléfono dice que tú no estás /



Las alargadas piruletas de France Gall. Fuente: fotograma del vídeo promocional por cortesía de Philips (fair use).

Clicar en la imagen para escuchar «Les sucettes».

contesta y ven, que necesito acariciar tu piel / dónde andarás,
mientras mi cuerpo te desea ya / 5353456 / marco y marco y no
hay nadie, no puedo más / la soledad en esta noche es mala
compañera / mi pecho quiere sentir tu peso y ya se desespera /
5353456 / paso el tiempo y ya no puedo esperarte más / mi dedo
está enrojecido de tanto marcar / se mueve solo sobre mi cuerpo
y marca sin parar / 5353456 / ya no vengas que aquí ya no hay
nada que hacer / sí que aprendí a muchas formas de poder vi-
vir». Demasiado tarde, bambino, ella ya no te necesita.

Sexo, drogas y rock'n'roll: drogas

Claro que si hay un tema estrella en el rock'n'roll, este no es otro que las drogas. Además de las obvias ya desde su título, como «Cocaine» (JJ Cale, 1976), popularizada un año más tarde por Eric Clapton; «Heroin» (Lou Reed, 1967) de The Velvet Underground; «Lucy in Sky with Diamonds (LSD)» (John Lennon / Paul McCartney, 1967) de The Beatles o «Kaya» (Bob Marley, 1978) -uno de los numerosos nombres con que en Jamaica llaman a la marihuana, aunque toda la discografía del Rey del Reggae huele a humo de hierba-, también las hay menos explícitas aunque igualmente mareantes. Es el caso de «I'm waiting for the man» (Lou Reed, 1967) de los anteriormente citados The Velvet Underground, cuyo álbum de debut fue ciertamente flipante («Estoy esperando a mi hom-



Cubierta del disco The Velvet Underground and Nico (producido por Andy Warhol, 1967) en el que se incluye la canción I'm waiting for the man.

Clicar en la imagen para escuchar «I'm waiting for the man».

bre/ 26 dólares en mi mano / Hasta Lexington, 1-2-5 / me siento enfermo y sucio, más muerto que vivo / Oye, chico blanco, ¿qué haces en la zona alta? / Oye, chico blanco, ¿estás persiguiendo a nuestras mujeres? / Oh, disculpe señor, nada más lejos de mi mente / solo estoy buscando a un querido amigo / estoy esperando a mi hombre»). No hace falta decir que el hombre esperado no es otro que su camello.

En «Una semana en el motor de un autobús», el disco que encumbró -segundo mejor álbum de los 90 para Rockdelux, solo tras «Un soplo en el corazón» de Family- y a la vez estuvo a punto de enterrar a Los Planetas, encontramos numerosas alusiones al universo tóxico, con «Línea 1» (Jota Rodríguez, 1998) -la línea de autobús que llegaba hasta el «barrio malo»- en cabeza: «Iba a hacerlo esta mañana / levantarme de la cama / comprar algo de comida / empezar con otra vida / Pensé que sería lo mejor / toda esta mierda se acabó / voy a dejarlo de verdad / ya no me gusta nada / Y a ordenar por fin la casa / y lavar estas dos mantas / y recuperar mis discos / y unas cosas que he perdido / Y después pensé: mejor que no / y puse la televisión / subí a pillar un poco más / después de todo, esto no está mal». Si al final lavó o no las mantas es algo que no sabemos.

Más divertida es la historia de «Bolloré» (Cathy Claret, 1991), canción que haría popular unos años más tarde en España Raimundo Amador, cambiándola a «Bolleré». No es ya

que se trate sobre el hachís, algo más o menos obvio («Bolloré te quita las penas / Bolloré te vuelve loca / Bolloré pa toda la vida / Bolloré, qué papel», sino que se refiera al papel de liar de marca OCB, que puesto al trasluz revela semejante palabreja. También a una «china» de hachís alude «Aquí no podemos hacerlo» (Andrés Calamaro, 1995) para Los Rodríguez («Morena con la piel de chocolate / no dejaremos de ser dos amantes tú y yo / nunca quise apurarte y que te quemes mal / mis dedos solo sirven para tocarte / un beso, otro beso y la pena se va con el humo»). Y si hablamos de hierba, la polémica acerca de su legalización es también un clásico, bien plasmado en el que tal vez sea su mayor himno, «Legalize it» (Peter Tosh, 1976). «Algunos la llaman tamjee / algunos la llaman marihuana / otros la llaman ganja / da igual, hay que legalizarla».

Canciones con las drogas como fondo y/o forma las hay a centenares, pero solo dos recuerdos más por su carácter diferenciado. De un lado, la mirada hipócrita de «En un Mercedes blanco» (Kiko Veneno, 1992): «En un Mercedes blanco llegó / a la feria del ganado / diez duros de papel Albal / y el cielo se ha iluminado / ¡qué pena de muchacho! / le dice la gente en los bares / cuando juegan a las máquinas / y recogen lo que les sale»; de otro, lo que parecía confirmado -referencia a la cocaína- desmentida por su propio autor. Me refiero a «No puedo vivir sin ti» (Coque Malla, 2008) para el retorno de Los Ronaldos. Lo explicó mejor que nadie el propio Malla

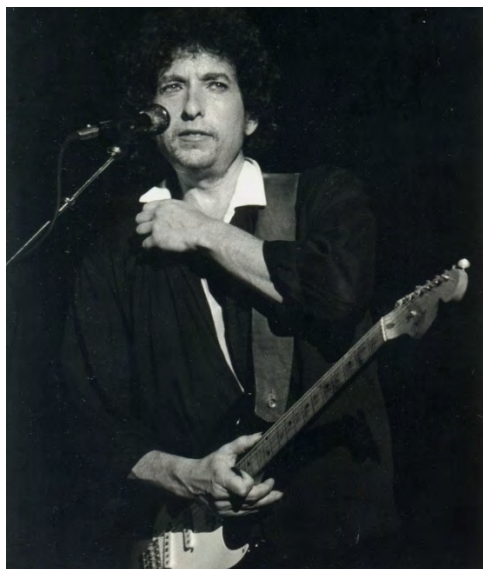
desde su perfil de Facebook: «No sé si Vox, el partido de ultraderecha que ha utilizado sin permiso mi canción 'No puedo vivir sin ti' en uno de sus mítines, sabe que media España piensa que es una canción dedicada a la cocaína. Lo digo porque igual han metido un poco la pata. Pero no se preocupen, la otra media sabe la verdadera inspiración de la canción, que no es otra que la relación homosexual entre dos amigos gays muy queridos, que lo pasaron realmente mal por culpa de la intolerancia y de la estupidez homófoba».

Dios no juega a los dados

Afirmaba Albert Einstein que Dios no juega a los dados para justificar la inexistencia del azar, mientras que Friedrich Nietzsche apuntaba al orgullo del hombre como creador de Dios a su imagen y semejanza. Sea como fuere, y más allá de los cánticos de alabanza del denominado rock cristiano, lo cierto es que en la música popular tanto Dios como su reverso el Diablo -el rock'n'roll en sus inicios fue tachado como 'la música del diablo'-tienen una presencia destacada. Solo unas pinceladas desde distintos ángulos acerca del primero. La descreída de Patti Smith en su muy personalizada adaptación de «Gloria» (Van Morrison, 1964), con la que abría su álbum de debut de 1975, «Horses», con demoledora sentencia tal: «Jesús murió por los pecados de alguien, pero no por los míos». Más críptica resulta la perspectiva de «Sigue estando Dios de nuestro lado» (José Ignacio G. Lapidó, 1995) del grupo granadino 091. «Las monjas reparten comida / a los que no

han cobrado el paro / otros se conforman vendiendo / pañuelos en los semáforos / Pero la calle se llena de noche / de poetas y borrachos / y de gente que enciende el mechero / sobre la palma de su mano / Aunque nunca lo haya dicho / siempre lo he pensado / sigue estando Dios de nuestro lado". ¿Ironía, paradoja, dudas, certeza?

Cierro capítulo con Bob Dylan, conocido converso a la fe del catolicismo hasta el punto de llegar a actuar para el Papa Juan Pablo II en 1997. Lo cierto es que 32 años atrás, durante su muy inspirada etapa surrealista, su relación con el altísimo resultaba bastante más ocurrente, como prueba el texto de «Highway 61 revisited» (Robert Zimmerman, 1965): «Dios dijo a Abraham: mátame un hijo / Abram dijo: tío, debes estar de broma / Dios dijo: no / Abram dijo: ¿qué? / Dios dijo: está bien



Bob Dylan. Fuente: Flickr. Autor: Xavier Badosa. Licencia CC-BY.

Clicar en la Fender Stratocaster de Bob para escuchar «Highway 61 revisited».

Abe, haz lo que quieras / pero la próxima vez que me veas, más te vale salir por piernas».

Beef=zasca

Otro clásico menor de la música son las réplicas. Canciones en las que un artista contesta a otro de manera más o menos airada, más o menos simpática. Habituales en el rap, con el nombre de «beef» -también «diss», cuando se refiere a una canción completa-, su origen se remonta muy atrás. Por ejemplo a principios de los años 70, cuando Neil Young publicó «After the gold rush», uno de sus álbumes mejor valorados, que incluía «Southern man» (Neil Young, 1970), una canción de claro corte antirracista («Ahora tus cruces arden rápido, sureño / vi el algodón y vi a los negros / grandes mansiones blancas y pequeñas chabolas / hombre del sur, ¿cuándo les restituirás? / Escuché gritos y látigos restallando / ¿por cuánto tiempo?»). Dos años más tarde insistió en el tema con «Alabama» (Neil Young, 1972) y dos después fueron los sureños Lynyrd Skynyrd quienes con su réplica lograron una de las canciones más versionadas de la historia del rock, «Sweet home Alabama» (Ron Van Zant, Ed King, Gary Rossington, 1974): «Bien, he oído al señor Young cantar sobre ella / bueno, he escuchado como el viejo Neil la difamaba / vaya, espero que Neil Young sepa recordar / que los sureños no le necesitan por aquí para nada / Dulce hogar Alabama / donde los cielos son tan azules». El asunto no pasó a mayores y el propio Young reconoció que su injusta generalización merecía el zasca.

Réplicas más simpáticas podemos encontrar en el segundo álbum del grupo punk pop norirlandés The Undertones, quienes contestaron a la supuesta intelectualidad de los neoyorkinos Talking Heads. La banda de David Byrne había publicado en 1978 su álbum «More songs about buildings and food» («Más canciones sobre edificios y comida») y los de Derry abrieron su segundo álbum de 1979 con «More songs about chocolate and girls» («Más canciones sobre chocolate y chicas»), una reivindicación de las cosas sencillas y divertidas. O en la letra de «On the radio» (Regina Spektor, 2006), donde la cantante neoyorkina de la escena antifolk se despacha con sarcasmo a cuenta de Guns N'Roses. «En la radio / escuchamos 'November Rain' / ese solo es realmente largo / pero es una bonita canción / la escuchamos dos veces / porque el DJ se había quedado dormido».



*Regina Spektor. Fuente: Flickr.
Autora: Valerie Hinojosa. Licencia: CC BY-SA.*

Clica sobre la imagen para escuchar «On the radio».

Pero si hablamos de 'beefs', y aquí el asunto se pone (demasiado) serio, se hace imprescindible hacerlo de la rivalidad entre Tupac Shakur y Notorious B.I.G., los dos máximos exponentes del gangsta rap de los primeros noventa. O lo que es lo mismo, la lucha entre los raperos de la Costa Oeste y la Costa Este, que acabó con sus dos adalides bajo tierra. Todo empezó con las típicas puyas entre MCs y entre sus respectivos sellos (Death Row y Bad Boys) por el liderazgo del rap, hasta que Tupac fue tiroteado en su propio estudio en 1994, saliendo afortunadamente ileso. Entonces Notorious lanzó la canción «Who shot ya?» («¿Quién te disparó?»), algo que Shakur no se tomó nada bien, acusando al neoyorkino de estar al tanto del atentado. A continuación 2Pac lanzó su famoso «diss» «Hit em up» («Golpéalos»), en el que directamente insultaba y amenazaba a Biggie y a sus fans. El asunto fue demasiado lejos y el 7 de septiembre de 1996 Tupac Shakur fue tiroteado mortalmente mientras paraba con su coche en un semáforo. La conmoción -la fama y las ventas de ambos eran multimillonarias- aumentó si cabe cuando apenas seis meses más tarde Notorious B.I.G. acabó sus días exactamente del mismo modo que su rival.

No se lo creen ni ellos

Un poco de humor para la despedida. Y es que ya sabemos que a los artistas de rock les gusta más un micrófono que a un tonto una conspiración. Y cuanto más modestia aparenten, más les gusta epatar. Es el caso del pacifista John Lennon,

el tipo que afirmó en un alarde de modestia que los Beatles eran más famosos que Jesucristo. En los años de los estupefacientes (décadas de los 60 y 70) resultaba habitual experimentar con el LSD e incluso hacerlo público, baste recordar que hasta bien entrados los 60 se podía adquirir en farmacias. Los Beatles no fueron una excepción y de ahí surgió su famosa canción «Lucy in Sky with Diamonds». Pero hete ahí que en una de sus intervenciones públicas muy posteriores, Mr. Lennon no tuvo mejor idea que afirmar que en realidad la canción se refería a una niña llamada Lucy que solía pintar el cielo con unas brillantes estrellas que parecían diamantes (¡!). Y luego le echan la culpa a Yoko Ono.

Tampoco se libra de sus propias «boutades» y contradicciones Kurt Cobain, el astro que convirtió a Nirvana en la mejor banda de rock de los noventa y que devolvió su esencia al género, al tiempo que lo convertía en un fenómeno de masas. Su demoledor segundo álbum, «Nevermind» (más de 35 millones de copias vendidas), se abrió con el superhit «Smell like teen spirit» («Huele a espíritu adolescente») (Kurt Cobain, 1991), una canción que reflejaba como ninguna la decepción existencial de una nueva juventud y que adoptó como himno toda una generación. Pero el atormentado Cobain, quien siempre se debatió entre el placer y la decepción por tener semejante éxito y quien siempre insistió en que él no quería ser ningún portavoz generacional, aprovechaba cada entrevista para soltar contradictorias perlas que búsquenme esa ostra. La



Ilustración humorística sobre las canciones de Nirvana I hate myself and want to die y Smells like teen spirit. Fuente: Flickr. Autor: Christopher Dombres. Licencia: dominio público.

Clica sobre la imagen para escuchar «Smells like teen spirit».

más desastrosa, aquella en la que afirmó -luego se ratificaría- que en realidad el «Teen Spirit» de la canción no era sino... ¡una marca de desodorante! Kurt, por el amor de Dios...

Unas pinceladas sobre Eugenio Noel

Patricio Peñalver Ortega

No deja de sorprenderme la manera, casi siempre azarosa, de esos momentos en los que decides interesarte por la vida de un escritor y te acercas a su obra, cuando en otras ocasiones siempre habías pasado de puntillas. Se puede llegar por la casualidad de ver y hojear un libro en una librería o biblioteca; por la lectura de un escritor, al que admiras, que te da a conocer y te lleva a ese otro escritor, o sencillamente porque te inviten a participar en un libro colectivo y te propongan escribir sobre ese escritor, como es el caso en ésta ocasión. ¿De qué escritor hablamos? De Eugenio Noel.

De antemano les digo que no he leído nunca una obra de Noel y que siempre que he escuchado alguna mención sobre él ha sido por su posición militante contra las corridas de toros y por su antiflamenquismo.

Entre el debate entre lo moderno y lo castizo, la generación literaria del 98 y la del 27, nunca lo tuvo fácil Eugenio Muñoz Díaz, que después firmaría con el seudónimo de Eugenio Noel. al nacer un 6 de septiembre de 1885 en una familia humilde. Desde sus primeros estudios con los padres Escolapios, ya tenía su refugio en la lectura, su destino parecía abocado a ser un religioso porque más tarde seguiría su enseñanza como seminarista en el Colegio y Casa Misión de los Cartujos de Tardajos muy cerca de Burgos, unos estudios que le costaba la duquesa de Sevillano. A pesar de que ya pudo comprobar que no tenía suficiente vocación religiosa, al regresar a Madrid, proseguirá su enseñanza en el Seminario Conciliar de San Dámaso de Madrid. La duquesa le volvió a costear su estancia en Malinas (Bélgica) y Noel fue un alumno aplicado del Cardenal Mercier.

Al regresar asistió a clases de Derecho en la Universidad de Madrid, por muy poco tiempo. Su vocación de escritor y de periodista ya se había despertado y también su amor por la cantante María Noel, de la que tomaría el seudónimo y la inspiración para sus primeras obras.

Atrás quedaba ese sentimiento religioso y ya se había abierto esa renovación de ideas y de vida bohemia que le llevaría a la tertulia valleinclanesca del Nuevo Café de Levante. En ese año de 1909 publicaba su primera obra: "Alma de Santa" y se alistaría voluntario para luchar en la guerra de Ma-

rruecos, en ese año vertiginoso ya se había despertado su ideología republicana y socialista y comenzó a escribir sus artículos en el periódico «España Nueva» que dirigía Rodrigo Soriano, de tendencia republicana. En ese periodo de 1909 a 1912 sus artículos le llevarían a la cárcel, con el titulado «Cómo viven un marqués y un duque en campaña» lo condenarían teniendo que ingresar en la cárcel Modelo. Después de esa experiencia carcelaria, al salir, conocería a la cubana Amada y se entregaría a la pasión amorosa.



Retrato de Noel en la cubierta de Alma de santa, novela publicada en El Cuento Semanal (Madrid, julio de 1909).

Con la misma pasión se entregaría, a partir de 1913 a una intensa campaña contra las corridas de toros y otras series de costumbres que denominaba: «antiflamenquismo», desde sus colaboraciones en prensa y como conferenciante, recorriendo España y realizando cuatro giras por Hispanoamérica. Sus posiciones radicales en esa defensa de sus ideas y sus encendidas controversias le llevo muchas veces a todo tipo de incidentes y alguna que otra agresión. Lo que sorprende, entre viajes y viajes, es la cantidad de artículos para prensa que escribió y su prolífica creación literaria con casi un centenar de obras, entre la que sobresale la novela: *Siete cucas*, quizá uno de sus libros más reeditado, así como *Nervios de la raza*, en la que muestra esa influencia noventayochista.

La vida bohemia de Noel no fue nada placentera. Combatía contra unas ideas y unas costumbres que le parecían míseras en su moral, mientras que las dificultades económicas se cebaban en su día a día. Entre sus muchos detractores, también tuvo sus apoyos. Así lo definía Ramón Gómez de la Serna, en sus retratos: «es la figura representativa del escritor que pudo ser genial; que nació para ser genial; pero el medio se empeñó en no dejarle, en hostilizarle, en hacerle vivir de precario. Este estupendo escritor de raigambre española que, después de haber hecho todos los viajes, de haber conocido todas las experiencias, de haber vivido reciamente para escribir reciamente, muere como inédito, apenas esbozadas sus ideas,



El Chispero, revista dirigida por Eugenio Noel. Aparecieron tres números durante 1914. Imagen: Biblioteca Digital Hispánica. Licencia: dominio público.

con una carpeta monstruosa de diseños, potente y joven, al par que yerto y enmudecido, porque no tuvo tiempo y sosiego para realizar su labor, para poner en fila sus ideas y sus palabras». Mucho más tarde en 1962, a propósito de su figura, precisamente un gran intelectual como Bergamín y un taurino, afirmaba sobre Noel que fue: «un escritor de indudable talento y nobles propósitos, hombre de origen humilde, del que se enorgullecía justamente, pues alcanzó notoriedad merecida por su estudio y esfuerzo». En esa corriente de la generación del 98 al parecer tampoco se encontraba a gusto, o nadaba a su aire. Lo cierto es que la figura de Eugenio Noel siempre ha estado como en una montaña rusa, con sus vaivenes y quizá no tiene la resonancia que le correspondería, perdido entre los grandes nombres de esa época. En esa fase de caracterizar la figura de Noel; Giménez Caballero decía que es: «un noventa-yochista de marca registrada». Y posteriormente, Andrés Tripiello, escribía «es más del 98 que los propios del 98, el que se lo creyó más». Aunque el propio Noel escribía en su *Diario*, «los del 98 son todos hombres que hicieron época...contribuyen a la anquilosis de la raza. Intelectuales sin dinamismo. Sentimentales».

En esas facetas fundamentales de su obra sus ideas sobre su posición antitaurina llevada hasta el límite, de conferencia en conferencia, que le daban popularidad y proyección en la prensa y , en esa dialéctica con los taurinos, en 1912 el fa-

moso torero: «El Gallo» le brindó su faena en una corrida y estuvo de farras con Joselito y con Juan Belmonte. Claro que su posición generaba muchas discrepancias con otros toreros y con la afición y con las autoridades y no era para menos. En una ocasión se programó una conferencia en el barrio de Triana, con la consiguiente inquietud en el gobierno civil. En alguna que otra, de esas conferencias, Noel más que salir por la puerta grande, tenía que salir por pies.

Eugenio Noel
Ha llegado a Murcia el notable li-
terato y furibundo antiflamenguista
Eugenio Noel.
Eugenio Noel dará una confere-
ncia en uno de los círculos de esta ca-
pital, combatiendo el flamenquismo.
Reciba el señor Noel nuestro civi-
lizado saludo de bienvenida.

*Visita de Noel a Murcia, noticia en El Liberal, Año XI Número 3868
27 de diciembre de 1912. Imagen: Biblioteca Virtual de Prensa Histórica.*

En esa preocupación regenerador, que profesaba Noel, bajo la sombra de Joaquín Costa, y de su paso por la Región de Murcia, no es una causa baladí si al mirar el callejero de la Región de Murcia, varias localidades le hayan otorgado una calle. En una nota del periódico «El Liberal», en una conferencia de Noel en Llano del Beal, dice: «pero llegáis a estos pueblos mineros, de forma enorme y os encontráis ante el absurdo de una pobreza mayor que en los pueblos labriegos... En la cuen-

ca minera de Mazarrón y en la cuenta minera de Cartagena, andadas por mi paso a paso, las minas cerradas se encuentran a centenares». Y si miramos la actividad formativa y reivindicativa de la Sociedad de Obreros Agrícolas de Yecla, en 1915, en su programa de mítines y conferencias de líderes y escritores populistas ya tienen en su programación a Eugenio Noel.

En estas pinceladas de la semblanza biográfica de Eugenio Noel, a vuela pluma, escrita al azar, me sorprende el origen humilde del escritor que luchó toda la vida por hacerse hueco en la vida y que murió en la más pura miseria en una cama alquilada en un hospital barcelonés, con la peripecia de que al enviar su cadáver a Madrid se extravió en Zaragoza, y al fin fue enterrado en el cementerio de Madrid. Al azar, con ese aspecto de bohemio y aires valleinclanescos, tendré que leer alguna obra de ese Noel que pasó por Murcia, Beniaján, Fortuna, Alcantarilla y Yecla, de la que una sucinta noticia en el periódico de entonces, decía: «Estuvo en Murcia con su gran melena descuidada». De su vida murciana escribe que se distrae visitando la ciudad: «he recorrido en paseos solitarios la magnífica huerta murciana».

Así sin más, aquí les dejó esta semblanza biográfica, como unas pinceladas también al azar.

Verne llegó primero

Antonio Rentero

Julio Verne publicó *De la Tierra a la Luna* en 1865. El hombre llegó a la Luna en 1969. 104 años separan la novela de la realidad. Pero si efectuamos una lectura detallada del texto encontraremos unos cuantos datos que podrían sorprendernos, más allá de por algunas curiosidades, por lo próximos que están a cómo sucedieron las cosas en ese momento para la Historia, que tuvo lugar el 20 de julio de 1969.

Comencemos por el concurso de ideas que organiza el elitista The Gun Club de Baltimore con el objetivo de orientar la industria armamentística en período de paz:

¿No dedicaremos los últimos años de nuestra existencia al perfeccionamiento de las armas de fuego? ¿No ha de presentarse una nueva ocasión de ensayar el alcance de nuestros proyectiles? [...] Es, pues, preciso tomar una resolución y

buscar en otro orden de ideas una salida al afán de actividad que nos devora.

Uno de sus destacados miembros y protagonista de la novela de Verne es Impey Barbicane, quien propone ir a la Luna:

«Acaso nos esté reservada la gloria de ser los colonos de este mundo desconocido».

El club decide apoyar la iniciativa y no tardan en consultar al Observatorio de Cambridge para conocer la posibilidad de enviar un proyectil a la Luna, obteniendo la siguiente respuesta:

Es posible enviar un proyectil a la Luna, si se llega a dar a este proyectil una velocidad inicial de doce mil yardas por segundo. El cálculo demuestra que esta velocidad es suficiente. A medida que se aleja de la Tierra, la acción del peso disminuirá en razón inversa del cuadrado de las distancias, es decir, que para una distancia tres veces mayor esta acción será nueve veces menor. En consecuencia, el peso de la bala disminuirá rápidamente, y se anulará del todo en el momento de quedar equilibrada la atracción de la Luna con la de la Tierra, es decir, a los $\frac{47}{58}$ del trayecto. En aquel momento el proyectil no tendrá peso alguno, y, si salva aquel punto, caerá sobre la Luna por el solo efecto de la atracción lunar. La posibilidad teórica del experimento queda, pues, absolutamente demostrada, dependiendo únicamente su éxito de la potencia de la máquina empleada.

La duración del viaje es minuciosamente calculada por el Observatorio de Cambridge:

«Convendrá, pues, dispararlo noventa y siete horas, trece minutos y veinte segundos antes de la llegada de la Luna al punto a que se haya dirigido el disparo».



Ilustración de Montaut (grabado de Pannemaker) extraída de De la terre à la lune, trajet direct en 97 heures 20 minutes, de Julio Verne. Edición de J. Hetzel, París, 1868. Fuente: Gallica. Licencia: dominio público.

Y aquí comienzan las asombrosas coincidencias. El Apolo XI, la nave con la que la NASA llevó al primer hombre a la Luna, despegó el 16 de julio a las 10:32 horas y aterrizó el 20 de julio a las 16:17 horas (hora de la Costa Este de EE.UU.). El tiempo total del viaje fue de 99 horas y 45 minutos. Verne se

«equivocó» por apenas un par de horas en un trayecto de cuatro días y 380 000 kilómetros.

Y ya que hablamos de nave, vamos con la que describe la novela, que realmente es más bien un proyectil, no una nave autopropulsada como en la realidad. Se trata de una especie de bala que tiene paredes de aluminio, con un diámetro de tres metros y un fuselaje de treinta centímetros de grosor. El LEM (*Lunar Excursion Module*), la cápsula en la que Armstrong y Aldrin descendieron a la superficie lunar, medía cuatro metros y medio de ancho y tenía un fuselaje con un grosor de treinta centímetros... y estaba construido principalmente de aluminio.

En el interior de la nave que imagina Verne hay tres tripulantes. Los mismos que componen las misiones lunares, aunque la NASA dispuso un sistema de nave orbital de recuperación del módulo de descenso donde permanecía uno de los astronautas, aguardando el regreso de sus compañeros.

Si estiramos mucho las ganas de ver coincidencias podemos encontrarlas hasta en los nombres de los miembros de la tripulación. En *De la Tierra a la Luna* tenemos a Impey Barbicane, Stuyvesant Nicholl y Michel Ardan. En el Apolo XI viajaron Neil Armstrong, Michael Collins y Edwin Buzz Aldrin.

Impey b-AR-bicane (Neil AR-mstrong)

Stuyvesant NI-CHOLL (Michael CO-LLINS)

Michel ARDAN (Edwin Buzz ALDRIN)

De acuerdo, lo de Barbicane y Armstrong es MUY rebuscado, pero invertir el orden de las sílabas en Nicholl-Collins y que haya una cierta semejanza en la pronunciación de Ardan-Aldrin casi podría indicarnos que alguien ha oído nombres y «le suenan». Casi como si hubiese sido real el argumento de una atracción que en su día deleitaba a los visitantes de Disneyland París en que Julio Verne viajaba en el tiempo hasta nuestra época, acompañado de un robot con nueve ojos y visión de trescientos sesenta grados, que facilitaba la excusa para una proyección en nueve pantallas de cine que rodeaban a los espectadores, y conocía el submarino, el helicóptero, los aviones... y, claro, las naves espaciales. A ver si vino, conoció los hechos y los nombres «se le quedaron» de aquella manera.

Vamos ahora con otra «casualidad» destacable, la relacionada con el emplazamiento del lugar de despegue de la misión lunar. Leamos las recomendaciones a tal efecto del Observatorio de Cambridge:

«El cañón deberá colocarse en un país situado entre 0° y 28° de latitud Norte o Sur».

A lo que responden desde The Gun Club:

Tenemos que buscar un sitio bastante cerca del ecuador, para que el experimento se haga en buenas condiciones [...]. Puesto que tenemos necesidad de ir a buscar más allá de los Estados Unidos este paralelo 28 que nos es tan preciso, se nos presenta un casus belli legítimo y pido que se declare la guerra a México.

—¡No! ¡No! —exclamaron muchas voces al unísono—. [...] Tenemos a nuestra disposición, sin salir de nuestro país, toda la parte meridional de Tejas y de Florida. ¿No lo somos tanto como vosotros? ¿Tejas y Florida no se incorporaron las dos a la Unión en 1845?

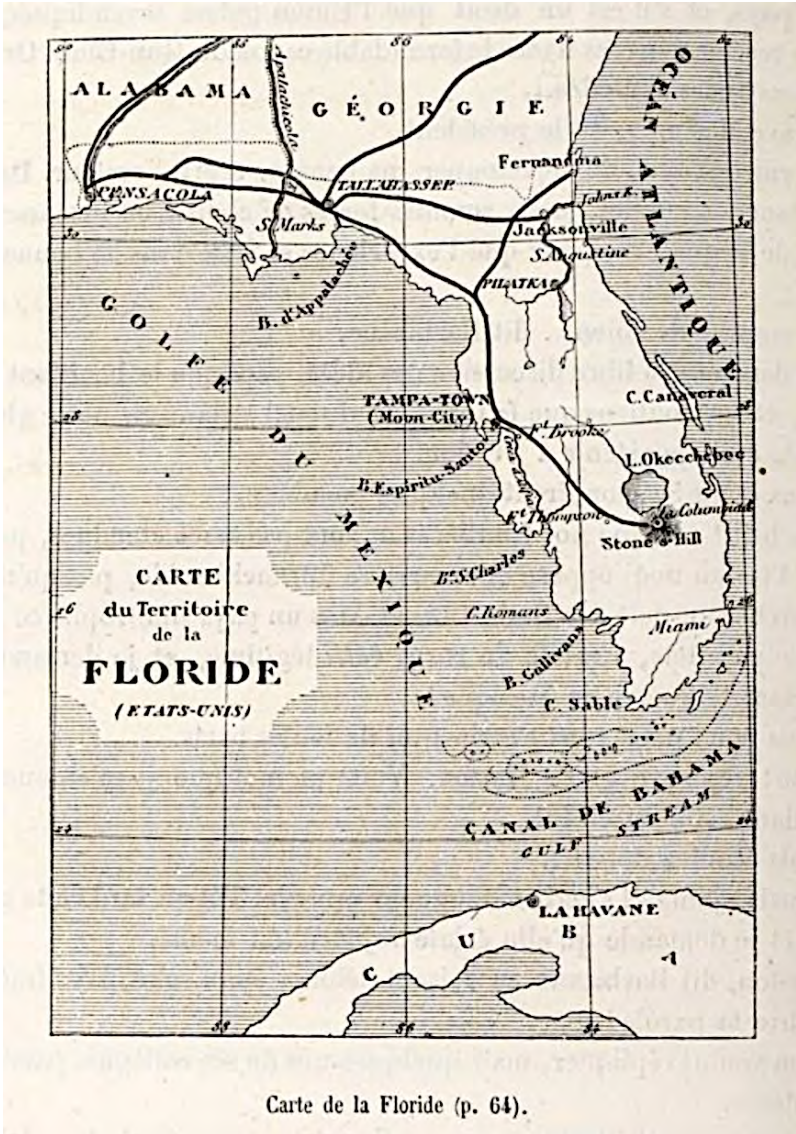
—Sin duda —respondió el Times—. ¡Después de haber sido españoles o ingleses por espacio de doscientos años, os vendieron a los Estados Unidos por cinco millones de dólares!

—¡Qué importa! —replicaron los floridenses—. ¿Debemos por ello avergonzarnos? En 1903, ¿no fue comprada la Luisiana a Napoleón por dieciséis millones de dólares?

—¡Qué vergüenza! —exclamaron entonces los diputados de Tejas—. ¡Un miserable pedazo de tierra como Florida ponerse en parangón con Tejas, que, en lugar de venderse, se hizo ella misma independiente, expulsó a los mexicanos el 2 de marzo de 1836 y se declaró república federal después de la victoria alcanzada por Samuel Houston en las márgenes del San Jacinto sobre las tropas de Santana! ¡Un país, en fin, que se anexionó voluntariamente a los Estados Unidos de América!

—¡Sí, por miedo a los mexicanos! —respondió Florida.

Verne eligió Tampa y la NASA eligió Cabo Cañaveral, ubicaciones separadas por doscientos kilómetros pero que están prácticamente a la misma altura de la península de Florida, con Tampa en el lado del golfo de México y Cabo Cañaveral en el lado del océano Atlántico.



Carte de la Floride (p. 64).

Ilustración de Montaut (grabado de Pannemaker) extraída de De la terre à la lune, trajet direct en 97 heures 20 minutes, de Julio Verne. Edición de J. Hetzel, París, 1868. Fuente: Gallica. Licencia: dominio público.

Y veamos qué nos cuenta Verne sobre el aterrizaje o alunizaje, aunque realmente «aterrizar» implica tomar tierra en el sentido de posarse sobre superficie sólida, a diferencia de «amerizar», que sería hacerlo sobre el mar:

—Pero ¿y vuestra caída en la Luna, suponiendo que lleguéis a ella?

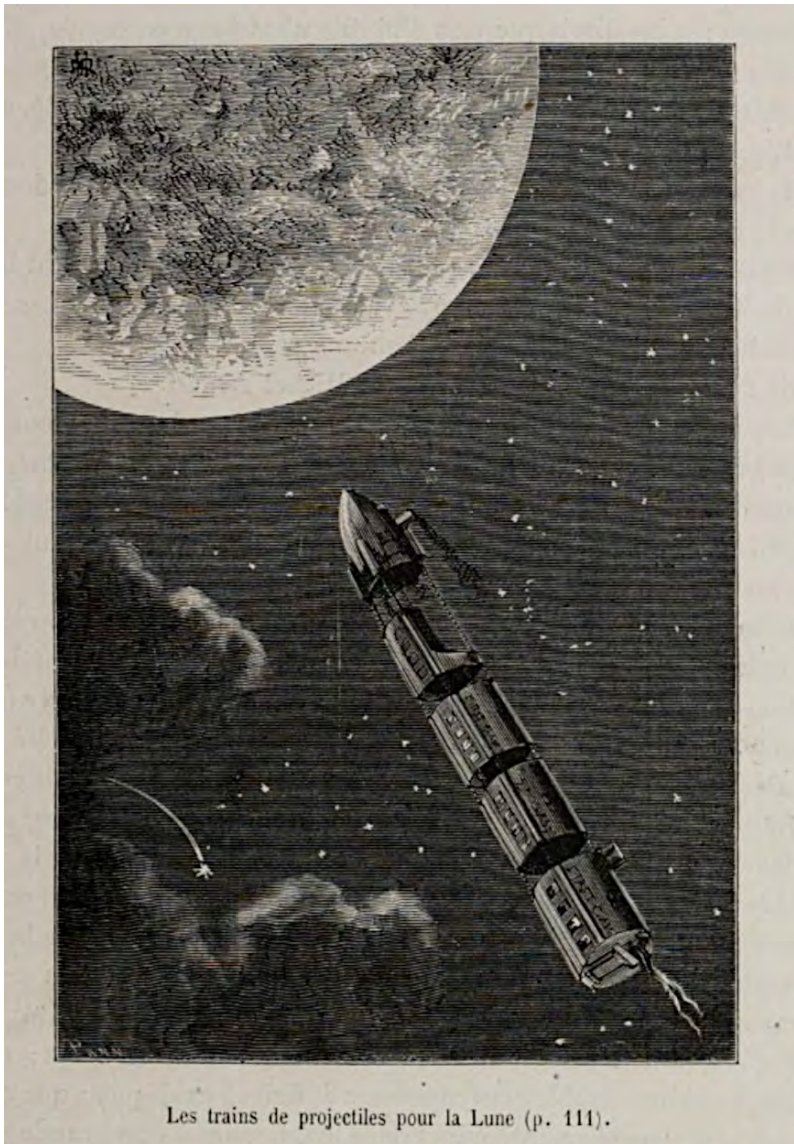
—Será seis veces menos rápida que una caída en la Tierra, porque el peso es seis veces menor en la superficie de la Luna.

—¡Pero aun así, será suficiente para romperos como un pedazo de vidrio!

—¿Y quién me impedirá retardar mi caída por medio de cohetes convenientemente dispuestos y disparados en ocasión oportuna?

Ha llegado ya el momento del lanzamiento. Verne lo sitúa en el 1 de diciembre, pero las fechas dependen de la posición relativa Tierra-Luna, que no tiene por qué ser idéntica todos los años. La hora del lanzamiento en la novela se estableció a las 10:46, cuando en la realidad fue a las 10:32, hora de Cabo Kennedy. También parece haber una diferencia mínima, de apenas catorce minutos, entre la imaginación del escritor francés y la realidad:

Si la partida del proyectil no se efectuaba aquella misma noche, a las diez y cuarenta y seis minutos y cuarenta segundos, más de dieciocho años tendrían que transcurrir antes de que la Luna se volviese a presentar en las mismas condiciones simultáneas de cenit y perigeo.



Les trains de projectiles pour la Lune (p. 111).

Ilustración de Montaut (grabado de Pannemaker) extraída de De la terre à la lune, trajet direct en 97 heures 20 minutes, de Julio Verne. Edición de J. Hetzel, París, 1868. Fuente: Gallica. Licencia: dominio público.

La parte más peliaguda en estos asuntos siempre es la de los «financistas», que decía Ricardo Darín en *Nueve reinas* (Fabián Bielinsky, 2000), o como se preguntaba Josep Plá al llegar en barco a Nueva York y ver encendidas tantas luces en los rascacielos del *skyline* nocturno de Manhattan: «Y esto, ¿quién lo paga?».

En la novela se nos ofrece la siguiente relación de contribuciones a la empresa por parte de diversos países, con un comentario digno de rescatar en cuanto a la participación de España en la gesta:

Suscripción de los Estados Unidos.. 4 000 000 dólares
Suscripciones extranjeras..... 1 446 675 dólares
Total.....5 446 675 dólares

[...] Respecto a España, no pudo reunir más que ciento diez reales. Dio como excusa que tenía que concluir sus ferrocarriles. La verdad es que la ciencia en aquel país no está muy considerada. Se halla aún aquel país algo atrasado. Y, además, ciertos españoles, y no de los menos instruidos, no sabían darse cuenta exacta del peso del proyectil, comparado con el de la Luna, y temían que la sacase de su órbita; que la turbase en sus funciones de satélite y provocase su caída sobre la superficie del globo terráqueo. Por lo que pudiera tronar, lo mejor era abstenerse. Así se hizo, salvo unos cuantos realejos.



Ilustración de Montaut (grabado de Pannemaker) extraída de *De la terre à la lune, trajet direct en 97 heures 20 minutes*, de Julio Verne. Edición de J. Hetzel, París, 1868. Fuente: Gallica. Licencia: dominio público.

Ferrocarriles por concluir, ciencia no muy considerada, país algo atrasado, escasa contribución a la carrera espacial... Si no he logrado convencerles de que Julio Verne pudo ver con inusitada precisión su futuro (nuestro presente) en las medidas y dimensiones de la nave espacial, duración del viaje, horario de salida del mismo, emplazamiento del despegue y hasta los nombres de los viajeros, seguro que con esta última consideración sobre España quedarán pocas dudas que despejar sobre quien quizá sea el mayor y más preciso visionario de la Historia.

Zinaída Serebriakova: color y nieve

Marisa López Soria

Confieso que recordar la obra de Zinaída Serebriakova ha removido recuerdos de un tiempo en que mi interés por la lejana Rusia provenía de una insólita experiencia vital, y de las adolescentes lecturas de ficción; concretamente Doctor Zhivago, la desgarradora obra del Nobel Pasternak que abriría mi camino a Tolstoi, Dostoyevski, Chejov, aunque tal vez fuera al contrario, para dar el salto a artistas como Maiakovski, Bulgákov, Einsenstein, Malévich.

Curiosamente no me había detenido en la pintura de Zinaída Serebriakova, o eso creía yo, hasta llegarme a ahondar estos días en la vida de tan extraordinaria pintora. Eso que Serebriakova, por sí sola, representa la tragedia de vivir de pleno la Revolución Rusa de 1917, y su indiscutible maestría exige atención a cualquier amante o no de la historia del arte, tanto por la fuerza de su obra como por el poder del talento frente a los que desean acallararlo o doblegarlo a mandatos.



Zinaída Serebriakova, Autorretrato (1922). Fuente: cortesía de Librarian.ru (Библиотекарь.Рy). Biblioteca en línea gratuita.

Zinaída Serebriakova, cuya ascendencia materna ya emigró huyendo de la Revolución francesa, pertenecía a la aristocracia intelectual rusa, por lo que se formó en el seno de una familia cultivada y en un ambiente refinado y artístico. Su vida, partida en dos por la tragedia, tuvo la dicha de vivir su plenitud

en una intensa y correspondida historia de amor con su primo hermano Boris (Lara enamorada), historia plagada de obstáculos que lograrían vencer salvando trabas de parentesco y religión para vivirla intensamente durante un estrecho periodo prerrevolucionario.

Es con la llegada de la Revolución Rusa de 1917, la deportación y la muerte temprana de fiebres tifoideas del jovencísimo Boris, padre de sus cuatro hijos, amen la ruina de sus acaudalados parientes, que la vida apacible que Zinaída gustaba en su hacienda del campo dará un vuelco fatal para verse arrastrada a un tiempo de pérdidas continuas, levantamientos e insurrecciones, lo que como pintora y como mujer la abate pero no la derrota sino que la llena de fuerza y la empuja a una vida que supera toda ficción.

Pero mi puzzle personal con Rusia y Zinaída, la que me revoluciona, se completa con otra historia.

En los veranos de mi juventud, tres días a la semana impartía clases de español a un matrimonio de «rusos blancos» (se comentaba *sotto voce*), o lo que es igual, partidarios de las fuerzas contrarrevolucionarias durante la guerra civil rusa. Un matrimonio de edad mediana y vida discreta en una naciente urbanización de playa, al que no creo haber aportado más que compañía. Añadir que, ignorando mi familia mi profesión de las siestas, tanto por lo furtivo como por lo exótico de los alumnos, escapar sigilosa cada tarde a la tarea me resultaba absolu-



Zinaída Serebriakova, Verde otoño (1908). Fuente: cortesía de Librarian.ru (Библиотекарь.Ру). Biblioteca en línea gratuita.

tamente fascinante...y peligroso. Tanto que ni lo suponía. Así fue que, cierto día, frente a su chalet de alquiler, encontré acordonado el camino: el matrimonio había sido hallado muerto.

Nunca supe más del misterioso suceso.

Ocurre que volver a este matrimonio afable, que en ocasiones rememoro, me resulta ahora imprescindible al retomar la figura de Zinaída Serebriakova, ya que en el salón de aquella vivienda impersonal se encontraba lo que supongo sería una reproducción (o no, vaya usted a saber) del lienzo, «Verde otoño», señoreando el espacio. Tropezarme ahora de nuevo con ese paisaje del que durante tanto tiempo he ignorado la autoría,

me ha devuelto de golpe a unas tardes en las que, mientras «daba clase», la mirada se iba hacia un plácido e inmenso campo arado y verde de líneas verticales y ondulantes que invitan al que mira a fijarse en tres blancos pequeños molinos al fondo.

Zhivago y aquel suceso de impacto, me llevaron siempre a una querencia de lo ruso-ucraniano, a pretender saber más de vicisitudes y acontecimientos de un tiempo y un país lleno de imposiciones, secretismo y frío.

En estas páginas, vuelta a la increíble figura de Zinaída Serebriakova, intento resucitar una vida plena. La de la mujer artista en su esplendor amoroso e intelectual, para inevitablemente saberla luego hundida en la desdicha y el dolor del ser humano acosado por guerras sinsentido. Su regalada pero también expuesta y dramática vida, sufridora de la experiencia totalitaria, me lleva al inevitable paralelismo, a las analogías, con otras fascinantes mujeres escritoras que admiro: Irene Nemyrowski, Clarice Linspector, e incluso Alejandra Pizarnik de orígenes similares y vidas tan trastocadas como terribles. A través de todas ellas, de las imágenes que ellas me provocan, aquella con sus lienzos, estas con sus palabras, pretendo condensar este breve retrato de Zinaída y su relación de los artistas con el poder.

Pero volvamos plenamente a la pintora.

Zinaída Serebriakova, es imposible, no puede pasar desapercibida ni como mujer ni como creadora. Por sus obras la conocemos. Y se nos antoja esforzada, efectiva y tangible frente a

la adversidad, artista libre de dogmas, independiente y adelantada a su época, una mujer que al ser despojada de todo, incluso de gran parte de la familia con la llegada de la Revolución Rusa, logra sacar adelante a los suyos y subsiste dignamente arrastrando el castigo de haber vivido entre privilegios, pero acechada y sujeta a las injusticias a las que se ve sometida.

Lo extraordinario de aquella mujer de infancia y juventud despreocupada, de enamorada y madre feliz, la que con sus pinceles había sabido representar todo el esplendor de una gozosa época, lo extraordinario es que pese a todo supo preservar y conservar una esperanzada luz atrapada en su interior para trasladarla a sus imágenes, incluso en las oscuras épocas del luto, la pobreza o la tristeza, para transformarla en ternura, delicadeza y primor en todo lo que su mirada alcanzaba, mostrando en sus lienzos la belleza exultante que conservaba en sí comopreciado legado.

Vida. Curiosamente esa palabra significa *zhivago* en ruso.

Solo contemplar los maravillosos autorretratos de Zinaída, la magnificencia de sus desnudos, el esplendor, la sensualidad e incluso el erotismo que desprenden los rostros de imágenes donde destaca su famosísimo autorretrato «En el tocador», (ella misma en plena juventud), o la serenidad de las escenas de género nos hablan, no solo de lo excelso de la vida de una persona en armonía interior, sino de lo innovador, de la modernidad de su obra, pues arraigada al ambiente avanzado en el que se había



Zinaída Serebriakova, En el tocador (1909). Fuente: cortesía de Librarian.ru (Библиотекарь.Ру). Biblioteca en línea gratuita.

criado y formado artística e intelectualmente, se alejó con naturalidad del realismo socialista soviético al que muchos hubieron de someterse.

Sus pinceladas nada tienen que ver con imposiciones, están llenas de vigor y de emoción. Su forma natural y su arrojo al pintar reconociblemente son superiores a otros afamados artistas de la época. Solo unos pocos oleos nos bastan para conocer el arte de su pintura y reponer su excelencia en el plantel de pintores rusos consagrados.

Pero pongamos un poco de orden en la historia. ¿Qué provocó la Revolución Rusa? Faulkner en una tentativa de síntesis que me apropio, afirma que la Revolución Rusa fue un intento de cambiar el mundo y crear el socialismo o el comunismo en su significado original. Lo cierto es que los bolcheviques llegaron al poder, el régimen evolucionó hacia el totalitarismo y las artes estuvieron al servicio de la causa. Era una máxima de la Revolución de Octubre.

No quisiera perderme en datos y fechas, solo lo preciso.

Zinaída Evgenievna Serebriakova, dicho queda, de familia noble y artística, nació en 1884, en una finca familiar, Nes-kuchnoe, (hoy Ucrania) cercana a Rusia, un paisaje de campo que ella amaba especialmente y que retratará a menudo.

En los años previos a la Revolución estudia en la Escuela de Arte con reputados maestros, marchando a completar su formación adolescente en Italia y Francia. A su vuelta se une al movimiento *Mir Iskusstva*, (Mundo del Arte), un grupo artístico formado en San Petersburgo, y cuyo objetivo era superar a otras escuelas obsoletas para promocionar el individualismo artístico y otros principios del *Art Nouveau*.

A pesar de su pertenencia al grupo, Zinaída Evgenievna Serebriakova persiste en alimentarse del entorno campestre que le proporciona otras escenas, temas populares pletóricos de naturaleza y armonía de su recóndito paraíso. Con los lienzos de la vida rural, hasta 1917, su trabajo de los campos de labranza,



Zinaída Serebriakova, Blanqueo del paño (1917). Fuente: cortesía de Librarian.ru (Библиотекарь.Ру). Biblioteca en línea gratuita.

de campesinas o gente sencilla, personalmente entendemos que su obra tiene un cenit increíblemente bello y original en el cuadro, «Bleaching Cloth».

«Blanqueo del paño» es una elegante y modernísima escena ocupada por cuatro campesinas, en la que ninguna es protagonista más que de sus escorzos y el torcido de los paños que se tienden sobre una cuerda al aire libre. Un cuadro hipnótico, tanto o más que los esplendentes autorretratos, o los retratos de los niños, tan aclamados entonces.

En cualquier caso, Serebriakova pronto se alejó de Mir Iskusstva, no le interesaba un grupo que en su proyección artística deriva a la admiración de carnavales, ensoñaciones y cuentos de hadas plasmados en los efectos ligeros de la acuarela y el gouache, frente a la naturaleza emocional del óleo que ella prefiere.

Pero llega la Revolución de Octubre, su amadísimo Boris encerrado en cárceles bolcheviques muere. Su hacienda es saqueada y quemada, y en 1920 se traslada a Petrogrado con su familia, donde convive con camaradas Artistas del Teatro del Arte en Moscú, que le facilitarán algunos trabajos. En lamentable situación, con cuatro hijos y una madre enferma, realiza obras más racionales y de encargo para escenografías teatrales que dibuja con materiales humildes.

Naturalmente su pintura colorista ya no encaja en el arte futurista, categórico e industrial soviético. El interés que ataño despertaba su pintura junto a sus raíces aristocráticas parecería que han acabado con su arte.

El colofón al desastre fue la posterior Guerra Civil de 1918- 1920.

Será en 1924 cuando su vida da otro giro inesperado: su familia materna huida a París la reclama, ha recibido el encargo de viajar para pintar un gran mural en la capital francesa.

Y lo que parece oportunidad y feliz acontecimiento deviene en desgracia ya que la burocracia bloquea su regreso y le deniegan la ciudadanía rusa, acusada de huir del país.

El nuevo revés que le impide volver a Moscú la separa de sus hijos ¡cuatro enormes décadas! Aunque en unos meses pudo recuperar a los dos más pequeños, desde la distancia del exilio en París, Serebriakova vive los terribles acontecimientos que azotan Rusia, donde han quedado sus dos hijos mayores.

A la espera en París, Zinaída vuelve al óleo. Como siempre sin modelos, pintando a los amigos, a la familia, o a exiliados de la nobleza rusa de los que recibe ayuda.

Y viaja. Buscando y escudriñando apacibles escenas de gente rural, tanto entre los pescadores bretones como en la etnia africana, donde plasma en lienzos lo excepcional de lo cotidiano.

Todavía vivió la Segunda Guerra Mundial en Europa.

Fue con el apoyo de sus hijos que, en 1965 el gobierno soviético se replantea su caso, y se celebran las primeras exposiciones individuales de Zinaída en Moscú, Leningrado y Kiev. Tenía 80 años cuando se le permitió asistir y pudo volver a reunirse con sus dos hijos mayores.

Murió en París dos años más tarde.

En conclusión: la democracia de la clase obrera fue destruida. Y, aunque la muerte de Stalin abrió camino a los artistas



Zinaída Serebriakova, Mujer joven con tocado blanco (1928). Fuente: cortesía de Librarian.ru (Библиотекарь.Ру). Biblioteca en línea gratuita.

sin el miedo a ser tachados de perversos, la tolerancia tuvo su flujo y reflujo antes de la caída final de la Unión Soviética en 1991.

Respecto a Zinaída, hoy su figura y su obra es cada vez más conocida en todo el mundo, sus desnudos o sus niños se multiplican en redes sociales. Su pincelada, los colores, la belleza y la frescura de sus lienzos hacen que siga viva. De hecho, persuadidos estamos, en aquella incipiente urbanización de mi juventud, plagada hoy de inversores rusos, en más de un ostentoso chalet brilla Serebriakova y preside salones en íntimo triunfo.

Zoológicos humanos y otras exhibiciones

Florentina Celdrán, Antonio Gómez Ribelles

Un barco acaba de atracar en un puerto de África. Así, sin especificar. África es un continente sin ciudades ni orden, un «*terramagnum*» sin más definición que las líneas que trazan las fronteras coloniales y sin diferencias donde habitan los negros con cara de niño, labios grandes, ojos asombrados, y piel absolutamente negra, que deben ser analfabetos según todas las noticias, pero que sin embargo se han enterado de la llegada de un periodista famoso en el mundo entero pero sobre todo en las colonias belgas. Todos los negros del Congo conocen a Tintín. Tintín y Milú bajan del barco y son recibidos por una masa enervorizada de indígenas, vestidos unos con ropas occidentales y otros con lanzas y tocados de gala, todos agradecidos de la visita del joven sabio blanco que lo puede solucionar todo, arreglar un tren, curar una enfermedad, matar los animales que haga falta o no y solucionar problemas serios con Al Capone. Lo

más demencial del asunto es la intención de mostrar en el nativo la aceptación sin condiciones del supremacismo blanco en el Congo Belga. La visión europea de Hergé en 1930, que es el año de la primera publicación de Tintín en el Congo, es la de la sociedad belga y europea de la época: «Menos mal que vinimos». Hergé explicó en varias ocasiones que lo único que hacía era adaptar los temas a la sociedad del momento. Una sociedad que no solo no veía con simpatía a los negros, sino que los aniquiló sin piedad en la época de Leopoldo, rey de los belgas, y con su aquiescencia. Uno de los mayores villanos conocidos. No importaban sus vidas porque eran salvajes, animales de una tierra dura y extraña lejos de casa, y se les podía hacer sufrir. «El horror, el horror».

1

Una niña vestida de blanco. Una niña negra vestida de blanco. Las fotografías en blanco y negro no nos permiten definir cómo serían exactamente los colores. Las ropas podrían ser rosa, o amarillo. Botas, calcetines. Un jersey, parece que no hace calor. Pero lo que queda claro es que la niña es de piel oscura, queda en la parte del negro de la foto. Parece que las películas fotográficas no se gradúan para la oscuridad de una piel negra y no hay forma de sacar los tonos medios, la realidad del color de piel. Mejor lo simplista del negro otra vez. La niña pasea dentro de un terreno cercado y sobre la cerca una multitud de hombres y mujeres bien vestidos, algunas de ellas con sombre-



*Niña y asistentes al zoo humano de la Exposición de Bruselas, 1958. Fuente: popularresistance.org a través de Yahoo noticias.
Licencia: sin restricciones conocidas.*

ros. Una de las mujeres, con gafas de sol (me recuerda a otra de Cartier Bresson), alarga la mano y sus pulseras para darle algo a la niña, que ya lo ha cogido. Una tribu africana, una muestra de ella al menos, vive en un terreno vallado, donde son observados por miles de personas a lo largo del día mientras viven, comen, danzan con sus ropas. Todos miran lo que no habían visto nunca, y si los puedes tocar, mejor. La fotografía se hizo en Bélgica, en Bruselas, en 1958. Los salvajes de Tintín habían viajado a

Bélgica, pero no por propia iniciativa para ver a su ídolo blanco, sino llevados a la fuerza o engañados para formar parte del último zoológico humano en Europa, para ser vistos como atracción de feria. En realidad fue el penúltimo ejemplo de zoológico humano que se celebró en el mundo, en las mismas fechas y exposición en que se inauguraba una de las construcciones que representaron y representan la modernidad, el Atomium. La paradoja de millones de personas admirando por igual los avances científicos y dejándose llevar por la curiosidad antigua y racista de mirar desde una verja a los negros del África colonial. En 1958.



*Africanos exhibidos en la exposición de 1914 en Oslo.
Fuente: Wikipedia, Museo de Oslo. Licencia: CC BY-SA.*

2

Un cartel anuncia el espectáculo: «Caníbales australianos raros, desfigurados, lo más brutal que se ha visto, combates sangrientos, costumbres subhumanas, pigmeos furiosos que atacan al visitante, gigantes de la Patagonia y niñas aztecas, negros desnudos de las colonias occidentales». Podría ser el cartel anunciador del Zoo humano de 1887 en el Parque del Retiro de Madrid, donde se pudieron ver sobre todo a los indios filipinos, instalado al lado de la Casa de Fieras. Estas muestras, que ofrecían como atractivo lo salvaje de las etnias de las colonias, potenciaban el carácter inferior de los no blancos, subhumanos, salvajes y violentos. Los contenidos culturales eran un mero atractivo más de los que no se habla.

Una *carte de visite*, con la firma del estudio Debas de la calle Alcalá 31 de Madrid (Hay ascensor) nos muestra a un grupo de indios igorotes de ese zoológico posando para la foto, firmes, estáticos, como todos en las fotos de época, vestidos con atributos indígenas de guerra. Delante de ellos, en una postura mucho más teatral, tendido en el suelo, camisa y traje oscuro, banda de honor y medalla al pecho, está su jefe, el único que se muestra orgulloso y con la cara de importancia y poder que seguro se esperaba de él. La foto es de estudio, que se ha tenido el gusto de ambientar poniendo una tela de fondo con la silueta de una palmera. El pie de foto nos dice que el jefe Ismael fue asesinado después en Filipinas por los mismos



Grupo de Igorrotes de Benguet-Tinguianes con su jefe Ismael Alzate, muerto después por estos igorrotes en Filipinas. Fuente: Museo Nacional de Antropología. Autor: Fernando Debás Pujant. Madrid, 1887. Licencia: dominio público.

indios. El cartel es español, podría ser de ese zoo o de otro que se hizo en Barcelona o de cualquiera de los que recorrieron Europa desde 1874. Todo un poco más allá de la casa de fieras. Pero poco.

3

En Estados Unidos tenemos ejemplos de una actuación circense, cercana a la del zoológico, que fundó en 1883 William Cody, el famoso *Buffalo Bill's Wild West*, y que llevó de gira por los Estados Unidos y también por Europa recalando en Barcelona. El espectáculo contaba con un muestrario de etnias que dominaban el arte del caballo, turcos, árabes, mongoles y, como no, indios y recreaciones de la conquista del salvaje oeste. Los indios eran ya los perdedores de todo en el Oeste ante los blancos, pero en el show participó durante unos meses Toro Sentado y veinte de sus guerreros que incluso vencían al propio Buffalo Bill en el papel del general Custer, concesión a la única victoria de los indios y un triste final para las legendarias tribus indias que en una metáfora trágica dejaron algunos de sus cuerpos enterrados en Montjuich, Marsella o Montmartre, como los africanos, filipinos o mapuches que murieron en Europa en las muestras zoológicas. Algunos de ellos fueron repatriados, como los mapuches a Chile, en fechas recientes. Toro Sentado, en un paralelismo triste con el Jefe Igorrote, también moriría asesinado poco después en las reservas a manos de indios de otra tribu que les vigilaban.

4

Pero el caso más sangrante y cercano, incluso en el tiempo, es el del Negro de Banyoles, repatriados sus restos en 2002 después de mucha polémica. Cualquiera que haya visitado un



El Betchuanas

«El Betchuanas». Guía del Gran Museo Darder de Historia Natural, de Antropología y de Anatomía Comparada Normal y Patológica, 1888. Fuente: Museo Darder de Banyoles. Licencia: dominio público.

museo de Ciencias Naturales sabe que va a ver animales disecados, lobos en actitud agresiva, cocodrilos, monos... Pero lo que no esperamos ver es un hombre disecado, concretamente un negro de Bostwana, vestido con un taparrabos, penacho, lanza en ristre y escudo dentro de una vitrina, en un estado lamentable, y su piel tintada con betún para recrear mejor la negritud. Y eso es lo que se encontraba como atracción principal del Museo

Darder de Banyoles. Darder era un coleccionista, fue el impulsor del zoológico de Barcelona, que dice encontró al negro disecado en un taxidermista de la Plaza de los Vosgos de París, y que donó toda su colección para crear el Museo. Antes de llegar a sus manos, el cuerpo del negro fue robado, desenterrado de su tumba y después desollado y disecado por los hermanos Verreaux, naturalistas y taxidermistas, en 1830. El bosquimano disecado fue expuesto en 1872 en la Feria Internacional de Economía Doméstica de París, y pudo estar en un escaparate de París hasta ser comprado por Darder que lo mostraba en su Museo de Historia Natural en Barcelona. Fue en 1992, tras la denuncia del médico Alphonse Arcelín cuando se inicia un proceso que pretende ser de desagravio y que fue de todo menos eso. Se retiró, se restauró, se estudió, se utilizó como símbolo nacionalista, «El negre es nostre» apareció en camisetas reivindicativas y contrarias a que se fuera del pueblo, y acabó finalmente siendo enterrado con honores en Bostwana en 2002. Al menos en parte, ya que sólo se envió el cráneo y unos huesos, la piel quedó en Madrid. Su tumba y el poste que explicaba su historia sirven de banderín de corner de un campo de fútbol infantil.

5

Lo último en materia de zoológicos humanos: en 2002 una ONG, Oasis Nature, se trajo 10 pigmeos de la tribu Baka a un Safari Park en Las Ardenas, límite entre Francia y Bélgica, de nuevo Bélgica, donde tenían que construir cabañas, cantar y

bailar. Les habían prometido que los beneficios irían a la construcción de cuatro escuelas, cuatro dispensarios y varios pozos de agua en Camerún. Pero no había contrato de ningún tipo, y aunque la ONG decía pretender sensibilizar sobre la situación de los pigmeos en Camerún, fueron denunciados por violación de los Derechos Humanos, cosa de la que al parecer no se habían dado cuenta. Los pigmeos volvieron vivos esta vez.

Y nos quedan los restos de esa tendencia nacida de los viajes del XVIII y XIX a considerar al otro algo salvaje, colorista y curioso en el mejor de los casos, pero esclavo e inferior. Ahí queda el arte para mostrarlo. Nos queda el racismo y el micro-racismo que no parece molestar pero que queda en Walt Disney, el cine, en las figuras de negros que sujetan un cenicero o un cepillo, el maniquí de un negro sentado hasta hace poco en un sillón en un escaparate de muebles de Valencia, los álbumes de cromos de *Vida y Color*, la canción del Cola Cao, y todo el lenguaje cargado de frases que provienen de esos tiempos. Y los Conguitos. La mención del Congo no es nada simpática si lo piensas.

Han escrito:

Juan Abenza Valverde

Nació en Campos del Río (Murcia) en 1944. Es autor, entre otras obras, de *Memorias de un emigrante* y *Campos del Río en tiempos de guerra*.

Jam Albarracín

Caravaca, 1960. Músico y periodista musical. Fue el líder del grupo Farmacia de Guardia en los años 80 y desde 1995 es redactor en la sección de Cultura del diario [La Verdad](#).

Bandinelli

Escritor e historiador. Ha publicado la novela *Cómo pilotar una nave espacial* y la antología *Escatología de andar por casa*, ambas combinando ciencia ficción, fantasía y humor. Con dos compañeros forma el grupo de divulgación histórica [Ad Absurdum](#), y

han publicado ensayos humorísticos como *Historia absurda de España* y *El pene perdido de Napoleón... y otras 333 preguntas de la Historia*.

Marina Beltrán

1980-¿? Estudió Filología Hispánica y Publicidad y Relaciones Públicas en la Universidad de Murcia. Su ascendente espiritual alemán le llevó a estudiar Gestión Cultural y de Medios de Comunicación en Hamburgo durante dos años, formación que completó con el máster en Derecho de la Cultura (Uned/Carlos III). Tras deambular por distintas ciudades colaborando en proyectos culturales, actualmente trabaja como coordinadora de un centro cultural del municipio de Murcia.

Manuela Caballero

Máster en Gestión Cultural y Patrimonio. Investigadora de Historia Cultural de la Ciencia, Tecnología y Medicina. Dirige la revista *Andelma* y desarrolla el proyecto «**Ingenio y Técnica en España 1878-1966**». Miembro del grupo de investigación de Historia de la Ciencia de la Universidad de Murcia y de la Asociación de Divulgación Científica.

Sacra Cantero

Nacida en Murcia, cosecha de 1974, historiadora por formación y trabajo, algo a lo que llegó por otra de sus pasiones: el cine. Sus papas preferidos son Silvestre II y Julio II.

Rubén Castillo

1966. Lector fervoroso y, ocasionalmente, autor de una veintena de libros, sobre todo novelas y cuentos. Bebe café y cerveza. Duerme mal.

José de Paco

Nacido un jueves de abril del siglo pasado, casi por casualidad, en Alcantarilla. Se traslada pronto a Espinardo donde se ponía en marcha una fábrica de cerveza. Probada la producción se trasladó al barrio de La Flota, entre limoneros. Se licenció, fundó un cine club universitario y participó en la creación de la primera Filmoteca Regional. Anda retirado obligadamente en la Biblioteca Regional de Murcia.

Florentina Celdrán

Cartagena 1965. Profesora de Geografía e Historia en el IES Isaac Peral de Cartagena y miembro del grupo promotor del premio Mandarache.

Tania Costa

La Habana, 1973. Periodista cubana radicada en España desde 1999. Ha sido jefa de redacción en *El Faro de Murcia*, gerente de la Fundación Casa Pintada, delegada de *20minutos* en Murcia, directora de *El Faro de Melilla* y asesora de Comunicación de la Vicepresidencia del Gobierno de Murcia. Actualmente trabaja en [*CiberCuba Noticias*](#).

Paco Fernández Mengual

Profesor de filosofía y **juntapalabras ocasional**. Nunca ha sabido qué enseña ni qué intenta comunicar cuando escribe. Se esfuerza lo indecible por descifrar en qué consiste exactamente su profesión y en lidiar con la certeza de que sus palabras son absolutamente prescindibles. En el ejercicio de ambas tareas, nunca se ha deprimido, aunque suele cabrearse día sí y día también.

Marta Ferrero Barberán

Obtuvo su licenciatura en Comunicación Audiovisual por la Universidad de Navarra y toda una vida de experiencia radiofónica en **Onda Regional de Murcia**. Interesada en todo lo que tiene que ver con la literatura, la educación y la divulgación de la ciencia.

José Antonio García Ayala

Profesor de secundaria. Aficionado a todo tipo de peculiaridades geográficas, las fronteras son su máxima curiosidad. Admite cierta excentricidad, pues este interés no viene totalmente justificado por el hecho de ser licenciado en Geografía. Colaborador de **Onda Regional de Murcia**. **Su blog**.

Aurora Gil Bohórquez

Nací en Ceuta, un miércoles de ceniza. Viví mi infancia en distintas ciudades españolas. Llegué a Murcia en la adolescencia y aquí sigo. Estudié Filología, me casé, tengo un hijo, tres nietos. Fui profesora de Lengua y Literatura. Creo en las Bibliotecas y en los viajes.

Antonio Gómez Ribelles

Valencia 1962. Artista visual y poeta, cuenta con una prestigiosa carrera artística. Colaborador habitual de la revista literaria *El Coloquio de los Perros* y de la *Mar de letras*.

Marisa López Soria

Escritora para todos los públicos especializada en Literatura Infantil y Juvenil. Vate de quindenio en quindenio. [Su web](#).

Juana María Madrid Marín

Bióloga, profesora de Biología y Geología de Educación Secundaria y Bachillerato, me gusta divulgar la ciencia que rige nuestras vidas y promover comportamientos saludables. Si educas no obligas. [Su blog](#).

Miguel Manzano García

Informático y apasionado de la fotografía. Disfruto aportando soluciones, creando sinergias y acercando la ciencia a la gente. En Twitter soy [@mmanzano](#).

Víctor Martínez López

Murcia, 1973. [Abogado en ejercicio](#). También fui creativo publicitario y guionista y dibujante de cómics. Ahora, cuando mis hijos y el trabajo me lo permiten, autor ocasional de literatura infantil y juvenil. Comprometido, por razones personales, con la inclusión y la discapacidad intelectual.

M^a Nieves Martínez-Hidalgo

La Gineta, Albacete. Doctora en Psicología clínica y social. Colaboradora en *Onda Regional*, es autora de varios cuentos publicados. Escribe también en el blog de la Fundación **Soy como tú**, que preside, una institución que promueve la sensibilización y alfabetización en salud mental y la inclusión y participación social de las personas con diversidad funcional.

Manuel Moyano

Córdoba, 1963. Vive en Molina de Segura y ha obtenido premios como el Tigre Juan (*El amigo de Kafka*), el Tristana (*La coartada del diablo*) o el Celsius (*El imperio de Yegorov*, también finalista del premio Herralde). Su último libro es *Cuadernos de tierra*.

Fuensanta Muñoz Clares

Catedrática jubilada de Lengua y Literatura Española. Actualmente, estudiosa de la cultura y de la lengua japonesa. Como quien cose, cose su vida, también me dedico a la costura. Creo recordar que escribí algunos libros. Fue pura vanidad.

Antonio Parra Sanz

Madrid 1965. Profesor de Literatura, escritor y crítico literario en diversos medios, uno de los responsables del **ELACT** (Encuentro Literario de Autores en Cartagena), y de las jornadas de **Cartagena Negra**. Creador del detective privado Sergio Gomes y apasionado del género negro.

Patricio Peñalver Ortega

Periodista y escritor. Ha publicado *La Muerte del Minotauro*, *Tiempo de Transición*, *El Murmullo de las Estaciones*, *Una novela sin nombre*, y *Crónicas del Festival del Cante de las Minas*. (1992-2007) entre otras obras.

Asensio Piqueras

Albacete, 1956. Enamorado de la vida. Curioso, tozudo y sensible hasta el extremo. Obras: *Cosas de mi cabeza* (Ed. Avance, 2011), *DENTRO. Intimidades* (2015), *50 Pensamientos. Poemas Íntimos* (Ediciones Dokusou, 2016) y *Juego de sexos* (Ed. Pluma Verde, 2019), escrito con su alter ego María Jesús Marín. Promotor y colaborador en numerosos proyectos culturales. Preside la **[Asociación Palin](#)**, que gestiona distintas ferias del Libro en la Región de Murcia.

Basilio Pujante

Profesor de Lengua y Literatura en el IES Sabina Mora y de Teoría de la Literatura en la Universidad de Murcia, donde se doctoró con una tesis sobre el microrrelato. Ha publicado los libros de relatos *Recetas para astronautas* (2016) y *El peso del hielo* (2020).

Pedro Pujante

Docente, coordinador de talleres de escritura creativa y Doctor en Literatura por la Universidad de Murcia. Autor de varios libros de relatos, ensayo, artículos y novelas. Crítico literario para medios como *Quimera*, *Culturamas*, *Revista de Letras* o el diario **[La Opinión de Murcia](#)**. No le gustan los gatos, le encanta el cine de terror y las novelas raras.

Pedro Quílez Simón

Gestor cultural o muñidor de proyectos (a sueldo y de balde), especialmente de los que llevan a alguna parte. Interesado en todo lo que tenga que ver con cualquier cosa porque desde que era un zagal busca explicarse el mundo. Ya sabe que se irá sin conseguirlo.

Elisa Reche

Periodista. Actualmente es directora de elDiario.es en la Región de Murcia y colabora con *Radio Murcia Cadena SER*. Ha sido corresponsal del diario *Público* en la India y Sureste Asiático. También ha dirigido el departamento de Prensa del Instituto Cervantes en Pekín y ha trabajado en la agencia de prensa china *Xinhua* y *Radio Internacional China*.

Antonio Rentero

Murcia, 1970. Jurista, consultor y auditor de protección de datos. Comunicador especializado en cine y tecnología. Colaborador en numerosos medios como [Onda Regional de Murcia](#), *Onda Cero*, [ROMradio](#), 7TV o *Gastrónomo*. Libros colectivos *El café en el cine*, *Arde el trópico* y *La brújula para tebeos*. Coautor de *Cuarentorr@s* y de *Lovecraft: la alargada sombra del tentáculo*.

Ángel Salcedo Santa

Yecla, 1967. Licenciado en Filología Hispánica, participó en el Teatro Universitario de Murcia. Director de la empresa cultural [El árbol rojo](#). Extensa formación en Teatro y experto en fomento de la lectura. Docente para numerosas instituciones: bibliotecas,

Teatro Circo de Murcia, Teatro Romea, proyecto europeo Grundtvig (Santoña, Cantabria), Centro andaluz de las letras y centros docentes. Director del Festival Internacional de Teatro de Títeres de la Región de Murcia ([Titeremurcia](#)).

María José Sevilla

Puerto Lumbreras, 1950. Lectora temprana, escritora tardía. Dos libros de clara intención histórica publicados en la editorial Raspabook: *Mi nombre es Ana* (2014), *Las lágrimas azules del escritor* (2016). A la espera de encontrar «novio» para el tercero *Querida princesa*.

Daniel Torregrosa

Murcia, 1969. Químico y divulgador científico. Autor del libro *Del mito al laboratorio* y coordinador del ciclo CIENZA. *Diálogos con la ciencia*, en la Biblioteca Regional de Murcia. Premio Tesla de Divulgación Científica en 2017. Su blog es [Ese punto azul pálido](#).

María José Villarroya Durá

1968. Profesora de Secundaria. Prestidigitadora de palabras y coleccionista de imágenes. Poemas y relatos en publicaciones diversas. Aprendiz de todo y maestra de casi nada. Mi vocación es vivir con la pasión que los días se merecen. [Su blog](#).

Esta obra terminó de maquetarse el 12 de agosto de 2020. Un día en el que cumplirían años Vitus Jonassen Bering (conocido por el estrecho -no como el estrecho-de Bering), Jacinto Benavente y Cantinflas (que ojalá siguieran vivos). Y, ejem, George Soros. Ahí lo dejamos.